

**WAVERLEY,**  
ó  
**AHORA SESENTA AÑOS.**

**NOVELA HISTÓRICA**

**POR**

**SIR GUALTERIO SCOTT.**

**TRADUCIDA DEL ORIGINAL INGLÉS**

**POR**

**D. JOSÉ MARÍA HEREDIA.**

**TOM. III.**

**MÉJICO**  
**IMPRESA DE GALVAN A CARGO DE MARIANO AREVALO.**

*Calle de Cadena número 2.*

\*\*\*\*\*

**1833.**



---

# WAVERLEY,

6

AHORA SESENTA AÑOS.



## CAPITULO PRIMERO.

*Un embarazo inesperado.*

**C**UANDO pasó la batalla, y empezaba á restablecerse algun tanto el orden, el Barón de Bradwardine volvió del campo, dejando colocados en sus puestos respectivos los dragones que mandaba, y solicitó al caudillo de Glennaquoch y á su amigo Eduardo Waverley. Encontró al primero muy ocupado en determinar las disputas de sus súbditos sobre preferencias y hazañas, y varias cuestiones graves y dudosas relativas al botin. La más importante de estas últimas versaba sobre la propiedad de un reloj de oro, que ántes habia pertenecido á algun pobre oficial inglés. El que perdió el pleito se consoló despues, observando que „él (es decir, el reloj, que era en su concepto un animal vivo,) se murió la misma noche que Vich Ian Vohr lo dió á Murdoc;” porque en efecto no tardó en pararse la máquina, no habiéndosele dado cuerda.

Precisamente acababa de decidirse aquella cues-

tion importante, cuando llegó el Barón de Bradwardine con un semblante en cuya expresion se combinaba con algun cuidado grave la alta opinion que tenia de sí mismo. Apeóse de su fatigado caballo; encomendándolo á uno de los asistentes que lo seguian. „Rara vez juro, señor mio, le dijo; pero si haces alguna de las tuyas, y te separas del pobre Berwick, éntes que lo hayas limpiado y echádole de cenar, para ir en pos del pillage, el diablo me lleve si no doy un buen apretón á tu pescuezo.” Entónces dió con mucha complacencia una palmada cariñosa al animal que habia aguantado con él las fatigas del dia, y habiéndose despedido afectuosamente de él, „Bien! dijo, mis buenos amiguitos, hemos ganado una victoria gloriosa y decisiva; pero esos píscaros dragones huyeron demasiado pronto. Yo hubiera querido haceros ver prácticamente los verdaderos puntos del *prælium equestre*, ó combate de caballería, al que cobardemente no dieron lugar, y que en mi concepto es lo mas glorioso y terrible de una batalla. Bien! he combatido todavía otra vez en esta antigua lucha, aunque debo confesar que no tanto como vosotros, muchachos, porque mi obligacion era conservar unidos nuestros pocos soldados de caballería. Además, ningun caballero debe jamas envidiar el honor que toca á sus compañeros de armas, aunque vayan á un puesto tres veces mas peligroso, que acaso podrá tocarle á él otra vez por la bendicion divina.—Pero, Glennaquoich, y vos Mr. Waverley, tened á bien aconsejarme en un asunto de mucha gravedad, y que afecta profunda-



mente el honor de la casa de Bradwardine.—Con vuestro permiso, alférez Maccombich, y el vuestro, Inveraughlin, y el vuestro Edderaishendrach, y el vuestro, señor mio.”

La última persona á quien se dirigió fué Ballenkeiroch, que recordando la muerte de su hijo, le lanzó una mirada feroz y amenazadora. El Baron que para resentirse era mas vivo que un relámpago, se armaba ya de igual ceño, cuando Glennaquoich quitó de allí á su mayor, cogiéndole del brazo, y en tono autoritativo de gefe le reprendió la locura de renovar una querrela en aquel momento.

„La tierra está cubierta de cadáveres, dijo el anciano montañés con tono fiero y sombrío; uno mas, ni se echára de ver en ella, y á no interponeros, Vich Ian Vohr, ese uno mas fué el de Bradwardine ó el mio.”

Despidiólo el caudillo, procurando templarlo, y luego volvió el Baron. „Ese es Ballenkeiroch, le dijo en voz baja y tono confidencial, padre del jóven que pereció en aquella infausta escaramuza de ahora ocho años.”

„Ah! dijo el Baron, deponiendo instantaneamente el ceño que nublaba su fisonomía, bien puedo aguantar impertinencias de un hombre á quien desgraciadamente causé tamaña pesadumbre. Hicisteis bien de advertírmelo, Glennaquoich, y bien puede parecer mas negro que la media noche por noviembre, sin que se dé por ofendido Cosme Comyne Bradwardine. Ah! yo no tengo prole masculina, y debo compadecer al que dejó sin hijos, aunque ya sabeis que esa muerte la

tenemos ya transigida á satisfaccion vuestra. Pues bien, como decia, no tengo sucesion masculina, y con todo, me hallo en obligacion de sostener el honor de mi casa, á cuyo efecto quisiera me prestáseis vuestra atencion peculiar y reservada."

Callaban los dos jóvenes suspensos en ansiosa curiosidad, y el Baron continuó diciendo: „Vuestra buena educacion me persuade, mancebos, que sabeis y entendeis la verdadera naturaleza de las tenencias feudales?"

Temeroso Fergus de una disertacion interminable, respondió luego, „Perfectamente, Baron," y dió codazo á Waverley para que no fuese á manifestar ignorancia.

„Y sin duda sabeis tambien que la Baronía de Bra wardine es de cierta naturaleza igualmente peculiar y honrosa, pues viene á ser una tendencia libre ó *blanch*, (palabra que en opinion de Craig se debe latinizar *blancum*, ó mejor dicho, *francum*) *pro servitio detrahendi, seu exuendi, caligas regis post batalliam*" Aquí Fergus volvió sus ojos de halcon á Eduardo, con una guiñada casi imperceptible, á que correspondieron sus hombros en igual grado de elevacion. „Ahora bien, me ocurren dos puntos que dudar en el caso. Primero: si este servicio ú homenaje feudal es debido en evento alguno á la persona del Príncipe, cuando *per expresum* dice el texto *caligas regis*, las botas del rey en persona; sobre lo que deseo saber vuestra opinion ántes que pasemos á otra cosa."

„Pero es Príncipe Regente, respondió Mac-Ivor, con laudable seriedad; y en la córte de Francia

se hacen á la persona del Regente los honores todos que se deben á la del Rey. Ademas, si yo tuviera que quitar las botas á uno de los dos, haria este servicio el jóven caballero diez veces mas gustoso que á su padre."

"Sí; pero yo no hablo de predilecciones personales. Sin embargo, vuestra autoridad sobre los usos de la corte de Francia es de mucho peso; y sin duda el Principe como *alter ego*, puede tener derecho á reclamar el *homagium* de los grandes feudatarios de la corona, puesto que en su despacho de Regente manda el rey á todos sus fieles vasallos que lo respeten como á su propia persona. Por lo mismo, léjos de mí la intencion de disminuir el brillo de su autoridad, negándole este acto de homenaje, tan propio para darle esplendor; pues dudo que un baron libre del imperio quite las botas al emperador de Alemania. Pero vamos á la segunda dificultad.—El Principe no usa botas, sino zapatos y botines."

Este último dilema casi llegó á perturbar la gravedad de Fergus.

"Qué importa! dijo, ya sabeis, Baron, lo que nos dijo el proverbio: „No hay que quitar los botines á un montañes;—de lo que se infiere con claridad que se halla en igual predicamento que las botas."

„Con todo, continuó el Baron, aunque la voz *culigas* por tradiciones familiares, y aun por nuestros documentos antiguos, se ha traducido en este caso: BOTAS, en su primitiva significacion: mas bien quiere decir *sandalias*; y Cayo César, sobrino no y sucesor de Tiberio, recibió el sobrenombre

de Caligula, & caligulis, sive caligis levioribus, quibus ad lescentior usus fuerat, in exercitu Germanici patris sui. Y tambien las caligæ eran propias de las corporaciones monásticas, pues en un *Glosarium* antiguo sobre la regla de San Benito, aparece que en la Abadía de San Amando se ataban las caligæ con agujetas."

"Eso conviene á nuestros zapatos, dijo Fergus."

"Sí, querido Glennaquoich, y las palabra no dejan duda: *Caligæ dictæ sunt quia ligantur; nam socci non ligantur, sed tantum intromittuntur*; esto es, se llaman caligæ por las ligaduras con que se amarran, pues los *socci*, (que pueden ser análogos á nuestras chinelas), solo se encajan en el pié. Tambien las palabras de la concesion son alternativas. *exuere* seu *detrahere*; es decir, *sacar*, como en el caso de los zapatos, y *estirar*, como decimos vulgarmente, respecto de las botas. Con todo, quisiera yo que el punto estuviese mas claro; pero temo que no sea fácil hallar aquí algun autor erudito *de re vestiaria*."

"Mucho lo dudo, respondió el caudillo mirando á los montañeses dispersos, que volvian cargados con los despojos de los muertos, aunque la *re vestiaria* en si misma parece estar ahora en considerable requisicion."

Como esta chanza convenia con el carácter del Baron, la honró con una sonrisa; pero inmediatamente volvió al asunto que le parecía muy serio.

"A la verdad, el Bailio Macwheeble opina que este servicio de honor, por su propia naturaleza se debe *si petatur tantum*; únicamente en el caso de que Su Alteza Real reclame al gran feudatario

rio de la corona el desempeño de este deber personal, y me ha enseñado el caso en las dudas y cuestiones de Dirleton, causa de Grippit *versus* Spicer, sobre la evicción de una finca *ob non solutum canonem*, esto es, por no haberse pagado el censo feudal, que no llegaba á un penique escocés al año, en la que el reo fué absuelto de la demanda. Pero con vuestro favor, creo mas seguro ponerme en disposicion de hacer este servicio al Principe, y aun ofrecerme á ello; y haré asistir al Bailío con un instrumento de protesta, que ya está aquí preparada, (sacando un papel) y en que se expresa, que si Su Alteza Real acepta los servicios de otro para que le quite las *caligæ*, (ya se entiendan botas ó zapatos,) que no sea el dicho Barón de Bradwardine que está presente, listo y pronto á verificarlo, en manera alguna perjudique tal substitucion al derecho que tiene el expresado Cosme Comyne Bradwardine á desempeñar dicho servicio en adelante; y que el escudero, ayuda de cámara ó page á quien Su Alteza Real guste de emplear en tal servicio, no tendrá por eso derecho, título ni fundamento alguno para reclamar á dicho Cosme Comyne Bradwardine las tierras y baronía de Bradwardine, y otras que obtiene en iguales términos con obligacion de cumplir debida y fielmente el servicio feudal ya mencionado.”

Fergus aplaudió mucho tal disposicion; y el Barón se dispidió amigablemente de ellos, llevando en su rostro una sonrisa magestuosa de satisfaccion é importancia.

„Viva nuestro querido amigo el Barón, ex-

clamó Fergus, luego que se alejó un poco, por ser el original mas absurdo que existe al norte del Tweed! ¿Por qué no le recomendaria yo que asistiera esta noche á la tertulia del Príncipe con un saca-botas bajo del brazo? Creo que á sugerírselo con la correspondiente gravedad, acaso lo hubiera hecho.”

„¿Y cómo podéis hallar diversion en hacer ridículo á un hombre de su mérito?

„Perdonadme, querido Waverley, pero vos sois tan ridiculo como el Barón. ¿Cómo no veis que esa dichosa ceremonia le absorve todas sus facultades? Desde su niñez ha oido hablar de ella y piensa en ella, como si fuera el privilegio mas noble y el acto mas augusto del universo; y sin duda que uno de sus principales motivos para tomar las armas ha sido lograr el honor y satisfaccion de desempeñarlo. Creedme, si yo hubiera intentado quitarle de la cabeza tal sandez, me habria tratado de ignorante, presumido y fatuo, ó quizá se le hubiera antojado cortarme el pescuezo; diversion que ya se propuso otra vez por un punto de etiqueta que á sus ojos no tenia la mitad de la importancia que este asunto de las botas ó zapatos, ó lo que quiera que signifiquen finalmente las *caliga*, cuya importantísima decision corresponde á los sabios.—Pero me voy al cuartel general, pues para tan extraordinaria escena debo preparar al Príncipe. Este aviso vendrá muy bien, pues lo hará reir mucho ahora, é impedirá que se ria luego, cuando su jovialidad vendria muy *mal-á-propos*. Conque así, *au revoir*, mi querido Waverley.”

## CAPITULO II.

*El Prisionero ingles.*

**L**A primera atención de Waverley, despues que se apartó del caudillo, fué ir en busca del oficial á quien habia salvado la vida. Hallólo encerrado en una casa inmediata al campo de batalla, con sus compañeros de infortunio, que eran muy numerosos.

Al entrar en la sala donde estaban todos amontonados, reconoció Waverley fácilmente al objeto de su visita, no solo por la dignidad peculiar de su aspecto, sino por la compañía de Dugald Mahony, que con su hacha al hombro se le habia pegado desde el momento de su cautiverio, como si se lo hubieran cosido al lado. En esto acaso llevaba por objeto asegurar la recompensa que Eduardo le habia prometido; pero sirvió para impedir que saquearan al ingles en la confusion general; pues Dugald habia calculado sagazmente que su indemnizacion seria proporcionada al estado en que se hallase el preso cuando lo entregara á Waverley. Apresuróse, pues, á asegurarle que „habia cuidado bien al *sidier roy*, y que este nada habia desmerecido, despues del momento en que Su merced le impidió pegarle una rasguñada con su hacha de Lochaber.”

Waverley repitió á Dugald su promesa de una recompensa liberal, y acercándose al oficial ingles, le manifestó su ferviente deseo de hacer quanto pudiese contribuir á su alivio en aquellas desagradables circunstancias.

„No soy yo soldado tan inexperto, respondió el inglés, que me queje de la fortuna de la guerra. Solo siento ver representar en nuestra isla escenas que en otras partes he presenciado con indiferencia comparativa.”

„Otro día como este, dijo Waverley, y espero que ya vuestro sentimiento carecerá de causa, y verémos ya restablecerse la paz y el orden.”

Sonriose el oficial y meneó la cabeza. Mi situación presente me veda refutar esa opinion; mas á pesar de vuestra victoria, y del valor que la ha conseguido, habeis acometido una empresa que parece muy superior á vuestras fuerzas y facultades.”

En este momento se apareció Fergus. „Venid, Eduardo, venid al instante. El Príncipe se ha ido á pasar la noche en Pinkie-house, y tenemos que seguirlo, so pena de perder toda la ceremonia de las *caligæ*. Vuestro amigo el Baron ha cometido un grave acto de crueldad, pues ha traído arrastrando al Bailío Macwheeble hasta el campo de batalla. Ya sabeis que los objetos de mas horror para el Bailío son un montañes con armas y un fusil cargado, y allí está el miserable oyendo las graves instrucciones del Baron sobre la protesta, y zambullendo la cabeza entre los hombros, como una gaviota, al estallido de los fusiles y pistolas que disparan nuestros muchachos por aquellos contornos, y cada vez que se agacha, le aplica su patron por via de penitencia un grave regaño, pues no admitiria como disculpa la descarga de una batería entera tratándose de aprender bien un discurso en que se interesa el honor de su familia.”



„¿Y cómo ha logrado Mr. Bradwardine coger al Bailío por estas alturas?”

„Tomal El creo que habia venido hasta Musselburgh con esperanzas de hacer algunos testamentos, y las órdenes perentorias del Baron lo arrastraron á Preston, luego que terminó la batalla. Se queja de que dos ó tres de nuestros tunos le han puesto en peligro de la vida, presentándole las bocas de sus fusiles; pero como limitaron su rescate á un penique ingles, no creo necesario dar que hacer al preboste militar sobre este asunto. Así, pues, venid Waverley.”

Waverley! dijo el oficial ingles con mucha emocion; el sobrino Sir Everardo Waverley, de Waverley-Honour? „El mismo, caballero, respondió nuestro héroe, algo sorprendido por el tono con que le hablaban.

„Me dais á la vez gozo y pesadumbre con vuestro encuentro,” dijo el cautivo.

„Ignoro, Señor mio, respondió Waverley, cómo he merecido tanto interes por vuestra parte.”

„¿Nunca oisteis hablar á vuestro tio de un amigo suyo nombrado Talbot?”

„Varias veces le oí hablar con mucho afecto de ese caballero. Creo es un coronel de ejército, y esposo de Lady Emilia Blandeville; pero yo tenia por seguro que el coronel Talbot se hallaba en Flandes.

„Acabo de volver, y hallándame en Escocia, creí de mi obligacion obrar donde podian ser útiles mis servicios. Sí, Mr. Waverley, yo soy ese coronel Talbot, esposo de la señora que habeis mentado; y confieso con satisfaccion que á vues-

tro magnánimo y generoso tío debo á la vez mi empleo militar y mi ventura doméstica. Buen Dios! y es posible que encuentre hoy á su sobrino en ese traje, y comprometido en semejante causa!"

„Señor mío, le dijo Fergus con altivez, el traje y la causa son de hombres nobles y de honor.

„Mi situacion no me permite disputároslo, y á no ser por ella, no fuera difícil probaros que ni el valor ni el orgullo de una cuna ilustre pueden dorar una mala causa. Mas con el permiso de Mr. Waverley, y con el vuestro, caballero, si es que tambien debo pedíroslo, quisiera decirle cuatro palabras sobre asuntos que interesan á su familia.

„Señor mío, Mr. Waverley es árbitro de sus acciones.—Supongo vendreis conmigo á Pinkie, dijo Fergus, volviéndose á Eduardo, cuando hayais despachado á este nuevo amigo?" Diciendo esto, el caudillo de Glennaquich se compuso la capa con mas que su aire acostumbrado de orgullo, y salió de aquella pieza.

El empeño de Waverley consiguió facilmente se permitiese al coronel Talbot pasearse en un vasto jardin, anexo á la casa en que lo custodiaban. Anduvieron algunos pasos en silencio, y parecia que el coronel Talbot dudaba cómo empezaria la conversacion. Hizolo al fin en estos términos.

„Mr. Waverley, acabais de salvarme la vida, y sin embargo, quisiera mas bien haberla perdido, que encontraros con la cucarda y uniforme de esta gente."

„Os perdono la reconvencion que me haceis, co-

ronel Talbot: os la dicta una buena intencion, y la hacen natural vuestra educacion y preocupaciones. Pero no podcis extrañar que un hombre cuyo honor ha sido atacado pública é injustamente, se halle en la situacion que puede proporcionarle venganza contra sus calumniadores.

„Mejor diriais, en la mas propia para confirmar los rumores que ellos han esparcido, dijo el coronel Talbot, pues habeis seguido la misma conducta que os atribuyeron. ¿Y habeis llegado á saber, Mr. Waverley, la grave afliccion y aun peligro que vuestra conducta presente ha causado á vuestros parientes mas inmediatos?

„¡Peligro!”

„Sí señor, peligro. Cuando yo salí de Inglaterra, vuestro tio y padre habian tenido que dar fianza de que comparecerian oportunamente á responder una acusacion de infidencia, y aun este fué favor que solo obtuvieron por la mediacion de empeños poderosísimos. Yo vine á Escocia con el solo objeto de salvaros del abismo en que os habeis precipitado; y no puedo calcular lo que sucederá á vuestra familia por haberos comprometido abiertamente en la rebelion, cuando les atraigo tanto peligro la sola sospecha de que intentais verificarlo. Aun siento mas profundamente no haberos encontrado ántes que incurrioseis en este último y fatal error.”

„Realmente ignoro los motivos que tenga el coronel Talbot para interesarse tanto en mi suerte.”

„Mr. Waverley, soy algo torpe en penetrar la ironía, cuando me hablan con ella, y por lo mismo responderé á vuestras palabras en la simple y

genuina significacion que debe dárselos. Soy deudor á vuestro tio de mayores beneficios que los que debe un hijo á su padre. Me ligan, pues, con él los deberes filiales; y como sé que no puedo pagar sus bondades mejor que sirviéndoos, os serviré, si me es posible, ya me lo permitais ó no. La obligacion personal que hoy me habeis impuesto, (aunque en el concepto comun es la mayor que un hombre puede imponer á otro,) en nada aumenta mi celo por vuestro bien; ni este puede tampoco minorarse por la frialdad con que recibiais mis ofertas.<sup>2</sup>

„Vuestras intenciones, caballero, pueden ser bondadosas; pero vuestro language es duro, ó por lo ménos, sobrado perentorio.”

„Cuando volví á Inglaterra, despues de una ausencia bien larga, encontré á Vuestro tio, Mr. Waverley, bajo la custodia de un mensajero real, á consecuencia de las sospechas que contra él excitó vuestra conducta. Es mi amigo mas antiguo, y, lo repetiré, mi excelente bienhechor! Sacrificó generosamente á mi felicidad los proyectos que habia formado para la suya, y jamas profirió una palabra, ni formó una idea, que la benevolencia personificada no pudiese adoptar por suyas. Encontré á este sujeto en una prision, que se le hacia mas dura por los hábitos de su vida, la dignidad natural de su carácter, y—perdonad, Mr. Waverley,— por la causa productora de aquella calamidad imprevista. No os negaré que mis sentimientos en tal ocasion os fueron muy desfavorables. Por el influjo de mi familia, que no es despreciable, conseguí sacar á Sir Everardo en libertad bajo de fianza, y en seguida marché para Es

cocia. Ví al coronel G,— hombre cuya suerte sola debe hacer execrable para siempre esta insurreccion. Conversando con él observé que por algunas circunstancias recientes, por las nuevas declaraciones tomadas á los comprendidos en el motin, y por el buen concepto en que siempre os tuvo, estaba en mejor disposicion respecto de vos; y no dudé que si la fortuna me permitia descubrirlos, todo podria componerse. Pero todo lo arruinó esta rebelion desnaturalizada. Por la primera vez, en el curso de una vida militar larga y activa, he visto á ingleses deshonorarse con una vil fuga, ante enemigos sin armas ni disciplina; y ahora encuentro al heredero de mi mayor amigo, al hijo de su afecto, participando en un triunfo de que deberia ser el primero en laborizarse. ¿Por qué he de lamentar el destino de G—? Sin duda fué feliz, comparado con el mío.

Los modales del coronel Talbot eran tan dignificados, su fisonomia expresaba tal mezcla de orgullo militar y pesadumbre varonil, y refirió la prision de Sir Everardo con tono de voz tan sentido, que Eduardo se veia mortificado, avergonzado, confundido, en presencia del prisionero á quien pocas horas ántes habia salvado la vida. No le pesó, pues, que Fergus volviese á interrumpir aquella conferencia.

„Su Alteza Real, dijo, manda por Mr. Waverley” El coronel Talbot echó á Eduardo una mirada severa, que no se escapó á los ojos penetrantes del caudillo montañés. „Y quiere verle al punto, repitió con énfasis notable.” Entónces Waverley volviéndose al coronel Talbot,

„Nos veremos otra vez, le dijo; entre tanto se os proporcionarán todas las comodidades posibles....”

„Ninguna quiero, dijo el coronel; dejadme pasarlo como el último de los valientes que en este día calamitoso han preferido las heridas y el cautiverio á la fuga. Casi trocaria gustoso mi suerte con uno de los que han perecido, por saber que mis palabras han hecho en vuestro animo la impresion debida.”

„Asegúrese cuidadosamente al coronel Talbot, dijo Fergus al oficial montañés que mandaba la guardia de los prisioneros; tal es la orden particular del Príncipe, por ser un prisionero de la mayor importancia.”

„Pero que no le falten las comodidades propias de su rango, dijo Waverley.”

„Siempre que sean compatibles con su segura custodia, añadió Fergus. El oficial significó su aquiescencia respecto de ambas órdenes, y Eduardo siguió á Fergus hasta la puerta del jardín en que los aguardaba Callum-Beg, con tres caballos ensillados. Al volver la cabeza, vió que unos cuantos montañeses conducian al coronel Talbot para su encierro; detúvose en el umbral de la puerta, é hizo á Waverley una seña con la mano, como se quisiera insistir en lo que ántes le habia dicho.

„Los caballos, dijo Fergus, andan ahora tan abundantes como las moras en un zarzal, y cualquiera puede hacerse de uno por solo el trabajo de cogerlo. Vamos, que os arregle Callum los estribos, y marchemos á Pinkie-house con toda la prontitud que permitan estos ex-caballos de dragones.

## CAPITULO III.

*Poco importante.*

„Un recado del Príncipe me hizo dar la vuelta; dijo Fergus á Eduardo.” Mas supongo sabéis la importancia que tiene como prisionero este nobilísimo coronel Talbot. Goza el concepto de ser uno de los mejores oficiales ingleses, y especial amigo y favorito del Elector, y de ese tremendo héroe, el Duque de Cumberland, á quien llaman de sus triunfos en Fontenoy, para que venga y nos trague vivos á todos los pobres montañeses. ¿Os ha estado contando como suenan las campanas de Westminster? Espero que no toque á voltereta. . . .

„Fergus!”

„En verdad, no sé que hacerme con vos, pues os dejais voltear como un cataviento, con todas las doctrinas que os inculcan. Acabamos de obtener un triunfo, sin igual en la historia; todos ensalzan vuestro valor hasta las estrellas; el Príncipe ansía por manifestaros personalmente su gratitud; todas nuestras hermosuras de la Rosa Blanca se disponen á festejaros, y vos, el *preux chevalier* de la jornada, os venis colgando sobre el pescuezo de vuestro caballo, como una mantequillera que va para el mercado, y traes una cara mas lúgubre que un entierro.”

„Sí, me aflige la muerte del pobre coronel G—; en otro tiempo fué muy bondadoso conmigo.”

„Toma! pues sentidlo cinco minutos, y luego vol-

ved á ponerlos alegre. Lo que hoy le ha sucedido, puede sucedérnos mañana. ¿Y qué significa eso? Despues de la victoria, no hay cosa mejor que una muerte gloriosa; pero al cabo es un *pisaller*, y siempre vale mas que le toque al enemigo."

„Pero el coronel Talbot me dice que mi padre y tio han sido presos por el gobierno, quien les hace responsables de mi conducta."

„Nosotros seremos sus fiadores, querido mio; el viejo Andres Ferrara otorgará su caucion, y me alegraré de que pronto pueda verificarlo en Westminster."

„No, ya están libres, bajo una fianza de naturaleza mas ordinaria y pacífica."

„Pues entónces, Eduardo, ¿por qué se abate así tu noble espíritu? ¿Imaginas tan necios á los ministros del Elector, que pusieran en libertad á sus enemigos, en estos críticos momentos, si pudiesen tenerlos presos ó castigarlos, ó se atreviesen á ello? Crée, pues, que no hallan motivo en que fundar la prision de tus parientes, ó temen á nuestros amigos los caballeros joviales de la vieja Inglaterra. En fin, no tienes que apurarte por ellos, y no faltarán arbitrios para informarlos de que te hallas bueno y seguro."

Estas razones hicieron callar á Eduardo sin satisfacerlo. Ya le habia chocado mas de una vez la poca simpatía que manifestaba Fergus, aun respecto de las personas que amaba, cuando sus sentimientos diferian de los suyos, y sobre todo cuando le servian de obstáculo en la prosecucion de algún proyecto favorito. A veces confesaba Fer-



gus que habia ofendido á Waverley, pero siempre ocupado en algun plan ó pretension, hacia por quisimo caso de su disgusto; por lo que la reiteracion de aquellas leves ofensas resfrió algo el extremo afecto que profesaba el voluntario á su caudillo.

„Recibió el Príncipe á Waverley con su favor acostumbrado, y le dirigió muchos cumplimientos por su distinguido valor. Apartóse luego con él, hizo muchas preguntas relativas al coronel Talbot; y cuando recibió todas las noticias que pudo dar Eduardo sobre su persona y conexiones, continuó diciendo: „No puedo ménos de pensar, Mr. Waverley, que cuando este caballero se halla tan estrechamente relacionado con nuestro digno y excelente amigo Sir Everardo Waverley, y cuando su esposa es de la casa de Blandeville, cuya decision por los principios verdaderos y leales de la iglesia anglicana es tan pública, los sentimientos del coronel no pueden sernos desfavorables, sea cual fuere la máscara que hayn tomado para acomodarse á las circunstancias del tiempo.”

„Si he de juzgar por lo que hoy me ha dicho, tengo que diferir mucho en opinion de V. A. R.”

„Bien; al ménos debe hacerse una tentativa. Os confio, pues, la custodia del coronel Talbot, facultándoos para que obreis con él segun mejor os parezca; y espero que no será difícil averiguar sus verdaderas disposiciones sobre la restauracion de nuestro Real Padre.”

„Creo, dijo inclinándose Waverley, que sí el coronel Talbot otorga su palabra, puede seguras

mente confiarse en ella; pero si la rehusa, espero que V. A. R. encargará la custodia necesaria de su persona á otro que al sobrino de su amigo."

"A nadie lo he de confiar sino á vos, dijo el Príncipe sonriéndose, al repetir perentoriamente su mandato; importa á mi servicio que ambos parezcáis estar en buena inteligencia, aunque desde luego no logreis ganar su confianza. Por lo mismo, lo llevareis á vuestro alojamiento, y si rehusa dar su palabra, pedireis la guardia correspondiente. Os agradeceré que vayais á disponerlo cuanto ántes, y mañana podremos vernos en Edimburgo."

Como por esta causa tuvo Waverley que restituirse á las inmediaciones de Preston, perdió el acto solemne de homenaje, que prestó el Barón de Bradwardine. Sin embargo, se hallaba tan cuidadoso en aquel momento, que casi habia olvidado la ceremonia, respecto de la cual se habia empeñado Fergus en excitar su curiosidad. Pero al otro dia circuló una gaceta, en que se hallaba un detall de la batalla de Gladsmuir, nombre que dieron á su victoria. Concluia refiriendo el besamanos que habia celebrado el Príncipe aquella noche en Pinkie-house, y entre otras descripciones alhagüeñas y exageradas, contonia el párrafo siguiente.

"Desde el tratado fatal que aniquiló á Escocia como nación independiente, no habiamos tenido la fortuna de ver á sus príncipes recibir de sus nobles los actos de homenaje feudal, que fundados en hazañas espléndidas del valor escoces, recuerdan nuestra historia antigua, con la varonil

y caballeresca sencillez que ligaba á la corona el homenaje de los guerreros, por quienes tantas veces fué sostenida y vindicada. Pero en la noche del 20, renovó nuestros recuerdos una de esas ceremonias que pertenecen á los dias antiguos de la gloria escocesa. Despues que se formó el círculo, se presentó á S. A. R. Cosme Comyne Bradwardine de Bradwardine, coronel en el servicio, &c. &c. &c., acompañado por el Báilío de su antigua baronía de Bradwardine, Mr. D. Macwheeble, (nombrado últimamente comisario); y bajo forma de instrumento, pidió permiso para hacer á la persona de S. A. R., como representante de su augusto padre, el servicio usado y acostumbrado, por el cual, y en virtud de una carta de Roberto Bruce, (cuyo original se presentó y examinó por el gefe accidental de la Chancilleria de S. A.) obtiene dicho sujeto la baronía de Bradwardine y tierras de Tully-Veolan. Admitido, pues, y registrado su título, y habiendo puesto S. A. R. el pié sobre un cojin, el Baron de Bradwardine, hincado sobre su rodilla derecha, pasó á desatar la cinta del zapato montañés que usa nuestro jóven héroe, en obsequio á sus valientes montañeses. Con esto S. A. R. declaró terminada la ceremonia; y abrazando al ilustre veterano, declaró que solo el respeto debido á la disposicion de Roberto Bruce, pudo haberle inducido á recibir aun el desempeño simbólico de su oficio bajo, por manos que tan valerosamente habian combatido para volver la corona á las sienes de su Real Padre. Entónces el Baron de Bradwardine hizo certificar por el comisario Macw-

heebie, qué todas las circunstancias y puntos del acto de homenaje habian sido *rite et solémniter acta et peracta*, y se hizo la correspondiente anotacion en el protocolo del Lord Gran Chambe- lan y en el libro de la chancillería. Entendemos que el Príncipe Regente ha propuesto á S. M. la promocion del coronel Bradwardine á la dignidad de Par, con el titulo de vizconde Bradwardine, de Bradwardine y Tully-Veolan; y que desde luego S. A. R., en el nombre y con la autoridad de su augusto padre, se ha dignado concederle un aumento honroso para su escudo paterno de armas, á saber un tirabotas ó sacabotas cruzado con un sable desnudo, que se ha de colocar en su ángulo derecho, llevando abajo por mote adicional estas palabras: *Estira y estira.*”

„Si no fuera por la burla de Fergus, dijo Waverley entre sí, cuando hubo leído este grave y largo documento, qué bien me sonaria tal narracion, y cuan poco habria yo pensado en ligarla con ninguna idea burlesca! Bien; por fin, no hay cosa que no tenga su lado bueno y malo; y en verdad, no veo porqué el sacabotas del Baron no pueda igualarse en el blason á los cubos, carros, ruedas, arados, candeleros y otras baratijas, que sin tener cosa alguna de caballeresco, figuran en las armas de algunos de nuestros caballeros mas antiguos.” Este, sin embargo, solo es un episodio respecto de la historia principal.

Cuando volvió Waverley á Preston, halló al coronel Talbot ya libre de la emoción fuerte y manifiesta que le habian causado los desagradables sucesos del dia anterior. Habia recobrado ya

su modo natural, que era el de un caballero y soldado inglés, varonil, franco y generoso, aunque susceptible de preocupaciones contra los de otro país, ó que disientan de sus opiniones políticas. Cuando le comunicó Waverley el objeto que llevaba el Príncipe al encargarle su custodia, „No creí, dijo Talbot, haber debido tanto favor á ese caballero, como el que implican sus disposiciones. A lo ménos, puedo adherirme á la oración del honrado clérigo presbiteriano, de que pues ha venido á este país en busca de una corona terrenal, le recompense pronto sus afanes una celestial. Daré gustoso mi palabra de no emprender fuga sin vuestro conocimiento, puesto que solo por buscaros vine á Escocia; y me alegro de haberlo conseguido, aun en las circunstancias presentes. Mas supongo que poco tiempo estaremos juntos, pues presumo que vuestro caballero, (nombre que ambos podemos darle,) seguirá su cruzada para el Sur, con todos sus capotes de barragan y gorras azules?

„Entiendo que no; pues segun he oído, el ejército se detendrá en Edimburgo, para reunir refuerzos.

„¿Y sitiar el castillo? continuó Talbot, con sarcástica sonrisa. Muy bien; pero si mi antiguo comandante, el general Guest, no falta á sus deberes, ó el castillo no se hunde en el North-Loch, cosas que juzgo igualmente probables, creo que tendremos tiempo de tratarnos y conocernos mejor. Imagino que este caballero valeroso tiene sus barruntos de que yo sea prosélito vuestro, y como yo deseo que lo seais mio, no puede haber jue-

no mas igual en el mundo. Mas hoy os he hablado bajo el influjo de afectos á que rara vez me abandono, por lo que espero me permitais no entrar de nuevo en esa cuestion, hasta que nos háyamos comunicado algo mas.”

## CAPITULO IV.

### *Intrigas amatorias y políticas.*

**N**o es necesario que recordemos en estas páginas la entrada triunfal de Cárlos Eduardo en Edimburgo, despues de la victoria decisiva de Preston. Con todo, podemos citar una circunstancia, porque ilustra la magnanimidad de Flora Mac-Ivor. Los montañeses que rodeaban al Príncipe, en la extravagante alegría de aquel momento, descargaban repetidamente sus fusiles, y como por casualidad estuviese uno de ellos cargado con bala, esta le raspó la sien á Flora, que los saludaba ondeando su pañuelo desde un balcon. Fergus notó aquel accidente, y voló á socorrerla; mas viendo que la herida solo era un rasguño, sacó su sable, y ya se precipitaba sobre el hombre cuya imprudencia la habia puesto en tanto peligro; mas ella, cogiéndole de la capa, „No ofendas á ese pobre, le gritó; ¡por Dios, no le ofendas! sino da gracias al cielo, como yo, de que este accidente sucediese á Flora Mac-Ivor; pues si la persona herida fuese de opinion contraria, dirian que el tiro se disparó de intento.”

Ahorróse Eduardo el susto que le habria causado este accidente, pues cuando ocurrió, estaba

él detenido inevitablemente por la necesidad de acompañar al coronel Talbot á Edimburgo.

Los dos vinieron á caballo, y por algun tiempo solo hablaron sobre asuntos generales y ordinarios, como si quisieran sondear sus respectivos sentimientos.

Cuando Waverley volvió á tocar el punto que le interesaba mas, es decir, la situacion de su padre y tio, el coronel Talbot se manifestó mas descoso de minorar sus inquietudes que de agravarlas. Esta disposicion se aumentó mas, luego que oyó la historia de Waverley, pues este no temió confiársela.

„De manera, dijo el coronel, ¿qué en el paso imprudente que habeis dado, no ha habido premeditacion maliciosa, como dicen los curiales; y este caballero andante italiano os ha pastoreado á su servicio con unas cuantas cortesias, y el auxilio de uno ó dos de sus enganchadores montañeses? Es triste locura ciertamente, pero ménos malo de lo que yo creia. Sin embargo, en este momento parece imposible que os marcheis. Mas no dado que las disensiones indispensables que han de ocurrir en esta masa heterogénea de hombres incultos y feroces, os presenten ocasion de prescindir honrosamente de vuestro infausto compromiso, ántes que la bombilla reviente. Si esto se logra, os enviaré á un punto seguro de Flandes, y creo que pasados unos cuantos meses, podré conseguir un indulto del gobierno.”

„Coronel Talbot, no puedo permitir os hablarme de plan alguno que tenga por objeto hacerme

abandonar una empresa, en que puedo haberme comprometido con precipitacion, pero sin duda lo hice libre y voluntariamente, y con resolucion de correr su destino."

„Bien está, dijo sonriéndose Talbot; dejadme libres mis pensamientos y esperanzas, ya que no la lengua.—Pero ¿no habeis examinado vuestro paquete misterioso?"

„Está entre mi ropa, respondió Waverley, y lo hallaremos en Edimburgo."

Pronto llegaron á esta capital. Por disposicion expresa del Príncipe estaba prevenido para Waverley un alojamiento cómodo, en que habia cuarto para el coronel Talbot. Lo primero que hizo nuestro héroe fué registrar su maleta, y á pocas vueltas cayó de ella el envoltorio solicitado, que abrió ansiosamente. Bajo un sobrescrito dirigido simplemente á E. Waverley, Escudero, halló varias cartas abiertas. Las primeras que aparecian eran dos del coronel G.—dirigidas á él mismo. La de fecha mas atrasada contenia un reclamo bondadoso y suave, por no haber hecho caso del consejo que le habia dado su autor, sobre el modo con que habia pasado el tiempo durante su licencia, recordando al capitán Waverley que esta debia espirar muy pronto. „Ciertamente, continuaba la carta, que á no ser así, las noticias que recibo y las instrucciones que tengo del ministerio de la guerra, me obligarian á llamaros, pues los desastres últimos de Flandes nos ponen en grave peligro de una invasion extranjera y de insurreccion entre los desafectos del pais. Os ruego por lo mismo, que á la mayor



posible brevedad os presenteis en la mayoría del regimiento; y siento añadir que este paso es aun mas necesario, porque se nota algun descontento en vuestra compañía, y difiero la averiguacion correspondiente hasta que pueda verificarla con vuestro auxilio."

La segunda carta, ocho dias posterior en fecha, estaba en el estilo que debia esperarse del coronel, cuando no habia recibido contestacion á la antecedente. Recordaba á Eduardo sus deberes como hombre de honor, como oficial y como ingles; anunciábale los progresos alarmantes del disgusto que se advertia entre sus soldados; y que algunos de ellos indicaban que su capitán sabia y aprobaba su conducta sediciosa; y le expresaba en conclusion el mayor sentimiento y sorpresa, al ver que no habia obedecido sus órdenes para que se reuniese al regimiento, advirtiéndole que su licencia estaba ya revocada, y conjurándole con tono en que se mezclaban la reconvenccion paterna y la autoridad militar, á que reparara su yerro, presentándosele sin demora alguna. „Para asegurarme, concluia la carta, de que recibis la presente, os la dirijo con el cabo Tims, previniéndole que la ponga en vuestra propia mano."

„Cuando Waverley hubo leído estas cartas, tuvo que hacer justicia con grave amargura á la memoria de su valiente y virtuoso autor, pues como el coronel G.— debia estar muy persuadido de que ambas habian llegado á manos de nuestro héroe, el silencio de este hizo indispensable la órden tercera y última que Waverley recibió

en Glennaquoich, aunque ya muy tarde para obsequiarla. Por lo mismo su destitucion en consecuencia de su aparente desprecio á esta última orden, léjos de ser un procedimiento duro y precipitado, fué sin duda un paso inevitable. La carta que leyó en seguida era del Mayor de su regimiento, anunciándole haberse generalizado en el pais una especie muy desfavorable á su reputacion, y era que un tal Mr. Falconer de Ballihopple, ú otro nombre semejante, habia propuesto en su presencia un brindis subversivo, que él dejó pasar en silencio, aunque era tan torpemente injurioso á la familia real, que un caballero presente, poco recomendable por su afecto al gobierno, lo habia reclamado, y que el capitán Waverley habia sufrido por consiguiente que otra persona mucho ménos interesada en el caso, resintiese una afrenta, dirigida contra él personalmente como oficial, y se batiese con el agresor. El Mayor concluía diciendo, que todos los oficiales compañeros del capitán Waverley rehusaban dar crédito á tan escandaloso chisme; pero que su propio honor y el del regimiento exigian que al punto lo contradijera positivamente él mismo &c. &c.

„¿Qué pensais de todo esto? dijo el coronel Tulbot á quien presentó Waverley las cartas cuando ya las hubo leído.

„Pensarl me es imposible. Esto basta para volverme loco.”

„Seronaos, mi jóven amigo: Veamos esos papeles puercos que siguen.”

El sobrescrito del primero decía, „A Mr. W. Ruffen, en manó propia.” — „Mi querido Señor;

algunos de nuestros pescaditos no quieren morder el anzuelo, aunque les tengo dicho que yo mismo ví con mis ojos el sello del amo, que me enseñasteis. Pero Tims entregará la carta según convenimos, y dirá al viejo Addem que las puso en manos del amito en persona, pues seguramente es lo mismo que os las entregue á vos, y estaré listo á la primera orden, y vivan la iglesia grande y Sachefrel, como canta mi padre en casa por tiempo de cosecha.

Siempre vuestro.—H. H.

„Posdata. Decid al amito que ansiamos por saber de él, y nos enredamos por no ver letras suyas, y que el Teniente Botler nos muelle.”

—„Parece que este Ruffien, dijo Talbot, es vuestro Donald el de la Caverna, que ha interceptado vuestras cartas, y fingiéndose autorizado por vos, ha mantenido correspondencia con el pobre Houghton.”

„Así parece. Pero ¿quién puede ser ese Addem?”

„Acaso queria decir Adam, que era el nombre del infeliz G—.”

Las otras cartas versaban sobre el mismo asunto, y presto recibieron mayor luz sobre las maquinaciones de Donald Beau Lean.

Juan Hodges, uno de los asistentes de Waverley, que se habia quedado con el regimiento, y cayó prisionero en Preston, vino á presentárselo, con el objeto de volver á su servicio.

Por él supieron que algunos dias despues de haberse apartado Waverley de su cuerpo, se habia presentado con frecuencia en la villa de un buhonero llamado Ruthven, Ruffien ó Riva-

ne, conocido entre los soldados por el nombre de Wily Will. Parecia tener mucho dinero, vendia sus efectos muy baratos, gustaba de convidar á sus amigos á la cervecería, y se congregó fácilmente con muchos individuos de la compañía de Waverley, en particular con el sargento Houghton y el cabo de escuadra Tims. A estos dos propuso en nombre de Waverley que se desertaran, y fuesen á unírsele en las montañas, donde se decia que muchos clanes poderosos habian tomado ya las armas. Los soldados, que eran Jacobitas por educacion, en cuanto estaba á su alcance, y sabian por la opinion general que su patron Sir Everardo tambien lo era, cayeron fácilmente en el lazo. Persuadiéronles que Eduardo no les escribia con el bubonero, por la distancia del punto en que se hallaba; y la vista de su sello bien conocido parecia dar autenticidad á las negociaciones entabladas en nombre suyo, cuando podia ser peligroso proseguirlas por escrito. Empero aquella trama empezó á descubrirse por el language sedicioso que prematuramente usaron los comprendidos en ella. En cuanto comenzaron las sospechas, desapareció Wily Will, y no volvió á vérselo. Cuando se publicó la gaceta en que constaba la destitucion de Waverley, la mayor parte de su compañía rompió en formal motin, pero el resto del regimiento la cercó y desarmó. El consejo de guerra condenó á Houghton y Tims á ser pasados por las armas, pero luego les permitieron echar suertes para ver qual de los dos sufría esta pena. Houghton, que escapó, mos

tró mucho arrepentimiento. habiéndole convencido el coronel G— de la odiosa gravedad de su delito. Debe notarse que apénas se desengañó en este punto, se convenció también el infeliz de que su instigador habia procedido sin conocimiento de Eduardo, y dijo que „Si era cosa deshonrosa y contra la vieja Inglaterra, era imposible que el amo tuviese parte en ella, pues jamas habia hecho ni pensado hacer accion alguna deshonrosa, ni tampoco ser Everardo, como todos sus antecesores; y que él viviria y moriria persuadido de que Ruffez habia hecho todo aquello por si solo.”

La fuerte conviccion que manifestaba Houghton en este particular, y sus protestas de que las cartas dirigidas á Waverley se habian entregado á Ruthven, produjeron en el ánimo del coronel G—la revolucion favorable á nuestro héroe, de que hablaba Talbot.

El lector habrá conocido ya de antemano que Donald Bean lean fué el tentador de aquellos infelices, y solo falta explicar brevemente los motivos que para ello tuvo. Como era de genio intrigante y activo, los confidentes de Carlos, Eduardo lo empleaban como agente subalterno y espia, ba una esfera mas vasta de lo que podia sospechar aun Fergus Mac-Ivor, á quien Donald miraba con tentor y desafecto, sin embargo de la proteccion que le dispensaba. Aspiró naturalmente á progresar en su nueva carrera política, dando un golpe atrevido y superior á las empresas precatias y peligrosas de rapiña, en que ordinariamente se ocupaba. Dedicose particularmente á saber la fuerza de los regimientos acuartelados

en Escocia, las circunstancias de sus oficiales &c., y ya de antemano habia juzgado susceptible de seduccion á la compañía de Waverley. Aun creia Donald que Eduardo era partidario secreto de los Estuardos, lo que pareció confirmarse con su larga visita al Barón de Bradwardine, jacobita conocidísimo. Por eso, cuando le vió llegar á su caverna con un satélite de Glennaquich; el ladron, que no podia apreciar su verdadero motivo, ni creer que le guiasen una mera curiosidad, llegó á esperar que se emplearían sus talentos en alguna intriga importante, bajo los auspicios del rico jóven ingles. Ni aun se desengañó por la indiferencia con que Waverley recibió sus insinuaciones. Su conducta pasó por reserva prudente, y picó algo á Donald Bean, quien suponiendo que se le ocultaba algun secreto, cuyo conocimiento prometia serle ventajoso, resolvió tomar parte en el drama, ya le diesen papel ó no. Con tal objeto robó su sello á Waverley mientras dormia, pensando presentarlo como contraseña á cualquiera de sus soldados que resultara ser confidente de nuestro héroe. Su primer viaje al punto en que se hallaba el regimiento, lo desengañó de su primer concepto, pero le presentó un campo nuevo en que operar. Bien sabia que ningún servicio pagarian mejor los amigos de Carlos Eduardo, que la seduccion de una parte del ejército permanente. Para lograr este fin tramó las maquinaciones que sabe ya el lector, y forman una clave, por cuyo medio se descifran las oscuridades de la narracion, ántes que Waverley saliese de Glennaquich.

El coronel Talbot aconsejó á Eduardo que no conservara consigo al mozo cuyas explicaciones habian descubierto aquellas intrigas. Hízole ver que le causaba un perjuicio, comprometiéndolo en una empresa desesperada, y que en cualquier evento, la deposicion de aquel hombre contribuiria por lo ménos á explicar las circunstancias en que se vió Waverley al decidirse por ella. Por lo mismo, Eduardo escribió á su padre y tío una breve relacion de lo que le habia pasado, advirtiéndoles que en aquellas circunstancias no debian tratar de contestarle. Talbot dió al mozo una carta para el comandante de un buque de guerra inglés que cruzaba en el frith, suplicándole desembácase en Berwick al dador, y le diera pasaporte para—shire. Habilitáronle con dinero á fin de que pudiese viajar con rapidez, y le previnieron que sobornase á un pescador para que en su bote lo llevase al buque: todo se verificó felizmente, segun supieron despues.

Disgustado Waverley con el servicio de Callum Beg que le pareció inclinado á espiar todos sus movimientos, ajustó en clase de criado á un pobre muchacho de Edimburgo, que se habia puesto la escarapela blanca en un raptó de mal humor y celos, porque Juana-Jop bailó toda una noche con el señor Bullock, cabo de fusileros.

## CAPITULO V.

### *Intrigas de sociedad y amor.*

**L**A confianza que dispensó Waverley al coronel Talbot disminuyó la severidad con que este

de había juzgado al principio; y como necesariamente se comunicaban mucho, formó Eduardo el mas alto concepto del coronel. A primera vista parecía su carácter áspero, por la energía con que expresaba su reprobacion ó censura, aunque era el hombre mas dócil y accesible á una conviccion racional. El hábito del mando daba tambien á sus modales cierta dureza perentoria, sin embargo de la noble urbanidad que le habia prestado su trato íntimo con personas del mas alto rango. Como muestra del carácter militar, diferia Talbot de cuantas personas habia conocido Waverley hasta entónces. La marcialidad del Baron de Bradwardine era sobrado pedantesca; la del Mayor Melville se hacia desagradable por una especie de atencion mecánica á los pormenores técnicos de la disciplina, mas propios para hacer maniobrar un batallon, que para dirigir y mandar un ejército; el espíritu militar de Fergus estaba tan identificado con sus planes y miras políticas, que mas bien que soldado parecia un soberanuelo. Pero el coronel Talbot era un modelo perfecto del soldado inglés. Tenia consagrada su alma entera al servicio de su monarca y de su patria, sin tener vanidad porque poseia bien la teoria de su arte, como el Baron, ni porque sabia como el Mayor sus minuciosidades prácticas, ni en aplicar su ciencia á la consecucion de proyectos particulares ambiciosos, como el caudillo de Glennaquoich. Ademas, poseia grande instruccion y delicado gusto, aunque segun hemos observado ya, le afectaban fuertemente algunas preocupaciones peculiares á los ingleses.



Waverley fué conociendo gradualmente el carácter del coronel Talbot, pues los montañeses ocuparon algunas semanas en sitiarse sin fruto el castillo de Edimburgo, y en este intervalo se hallaba Eduardo sin ocupaciones formales, y tuvo que buscar alguna distracción en el trato social. Intentó relacionar á su nuevo amigo con sus conocidos anteriores; mas á las dos ó tres visitas meneó Talbot la cabeza, y ya no quiso continuar el experimento. Aun hizo mas, y fué caracterizar al Barón como el pedante mas insufrible que habia tenido la desgracia de conocer, y al caudillo de Glennaquoich como un escocés afrancesado, que poseía toda la astucia y zalamería de la nación en que se educó, unidas al humor altanero, vengativo y turbulento, propio de su país nativo. „Si de intento, decía, hubiera buscado un agente el mismo demonio para trastornar este miserable país, no pudiera encontrarlo mejor que este hombre, cuyo genio parece igualmente activo, embrollon y perverso, y á quien sigue y obedece implícitamente una turba de esos asesinos, á quienes tanto admirais.”

Ni las señoras evitaron su amarga censura. Confesaba que Flora Mac-Ivor era una dama hermosa, y Rosa Bradwardine una muchacha bonita. Mas añadía que la primera destruía el efecto de su hermosura con afectar el gran tono que probablemente habia visto practicar al Pretendiente y su familia, en la corte burlesca de San German. En cuanto á Rosa Bradwardine, decía ser imposible que ningún mortal admirase á tan simple mocosuela, cuya corta educación era tan

impropia de su edad ó sexo, como lo seria el que ella se presentase sin mas vestido que una de las casacas viejas de su padre. En tales juicios influian mucho el mal humor y las preocupaciones del buen coronel, que hubiera convertido á un ángel en diablo, si se le presentara con la escarapela blanca en el pecho, la rosa blanca en el pelo y un Mac al principio del apellido; pues aun él confesaba con mucha gracia, que ni á la misma Vénus podria tolerar, si la anunciaran en una concurrencia con el nombre de Miss Mac-Júpiter.

„Facilmente creerá el lector que Waverley miraba con muy distintos ojos á las dos señoritas. Mientras duró el sitio, las visitaba casi diariamente, aunque veia con dolor que sus obsequios hacian tan poca impresion en el ánimo de Flora, como las armas de Carlos Eduardo en la fortaleza. Sostenia ella con rigor la regla que se habia impuesto de tratarlo con indiferencia, sin afectar huirle, ni repugnar su trato. Todas sus acciones, palabras y miradas, correspondian estrictamente á tal sistema, y ni el abatimiento de Waverley, ni la cólera que Fergus reprimia con dificultad, podian obtener que Flora extendiera sus atenciones con Eduardo mas allá de lo que demandaba la mas ordinaria cortesía. Por otra parte, Rosa Bradwardine progresaba gradualmente en su opinion. En varias ocasiones pudo observar, que segun iba deponiendo su extrema timidez, tomaban sus modales un carácter mas distinguido; que las circunstancias de aquella época borrascosa parecian excitar en ella cierta dignidad de afectos y expresion que ántes no le habia

notado; y que no dejaban perder cuantas oportunidades se la presentaban para extender su instrucción y refinar su gusto.

Flora Mac-Ivor daba á Rosa el nombre de discípula, y cuidaba de auxiliarla en sus estudios, y de rectificar su gusto y entendimiento. Un observador cuidadoso pudiera haber notado, que en presencia de Waverley tomaba mas empeño en hacer brillar las excelencias de su amiga, que las suyas propias. Pero el lector debe suponer que Flora ocultaba su noble y desinteresado objeto con la delicadeza mas cauta, evitando con estudio aun las apariencias mas remotas de afectacion. De aquí resultaba que se conocia el efecto, y apenas podia observarse la causa. Cada una de las dos señoritas, como dos excelentes actrices, era perfecta en su papel, y lo desempeñaba á satisfaccion del auditorio; por lo que era casi imposible conocer que la mayor cedia constantemente á su amiga el que era mas análogo á sus talentos.

Mas Rosa Bradwardine poseia para Waverley una atraccion á que pocos hombres pueden resistir, y era el interes visible que tomaba en todo lo relativo á su persona. Ella era demasiado jóven é inexperta para calcular toda la fuerza de la atencion constante que le consagraba. Su padre estaba demasiado abstraído en discusiones literarias y militares para observar aquella inclinacion de Rosa, y Flora Mac-Ivor no quiso advertírselo, porque en tal conducta veia la probabilidad de que Waverley correspondiese por fin al afecto de su amiga. Lo cierto es que en la primera conversacion que tuvieron despues de su reunion

había descubierto Rosa el estado de su corazón á su inteligente amiga, sin embargo de que ella misma no lo penetraba. Desde entónces no solo determinó Flora desechar finalmente los obsequios de Waverley, sino que deseaba hacerlos transferir á su amiga, si esto era posible. No disminuyeron su interes en este plan las indicaciones que entre chanzas y veras la hacia su hermano, sobre que trataba de pretender á Miss Bradwardine. Bien sabia que Fergus pensaba á la francesa en cuanto á la institucion del matrimonio, y que no habria dado su mano á un ángel, como no fuese con el objeto de aumentar sus relaciones, influjo y riqueza. Por lo mismo, parecia que el capricho del Baron en transferir su herencia á un deudo lejano, en lugar de su hija, debia ser un obstáculo insuperable para que el caudillo pensara seriamente en unirse con Rosa Bradwardine. A la verdad, la cabeza de Fergus era un laboratorio continuo de planes é intrigas de todas clases; y semejante á muchos artesanos, mas hábiles que trabajadores, solia muchas veces, sin ningun motivo aparente, abandonar un proyecto y emprender con empeno algun otro, que ó bien acababa de producir la fragua de su imaginacion, ó que se le habia quedado por concluir en algun periodo anterior. Por lo mismo, solia ser difícil adivinar cuál seria su conducta en un caso dado.

Aunque Flora amaba sinceramente á su hermano, cuyas altas cualidades merecian sin duda su admiracion, aun cuando no hubiesen existido los vínculos que los unian, no desconocia sus faltas, y las consideraba peligrosas á las esperanzas de

cualquiera muger que fundara sus ideas de un matrimonio feliz en el tranquilo goce de la sociedad doméstica, y la dulce correspondencia de un afecto mútuo. Por otra parte, la disposicion de Waverley parecia exclusivamente doméstica, sin embargo de la exaltacion momentánea que entónces le hacia soñar en batallas y honores militares. Ni tomaba parte ni la pretendia en los embrollos que constantemente le rodeaban; y le causaban fastidio en lugar de interes, las disputas sobre pretensiones y derechos contrarios que solian ocurrir en su presencia. Por todo esto, parecia el hombre mas capaz de labrar la ventura de Rosa, cuyo genio convenia perfectamente con el suyo.

Flora mencionaba este rasgo del carácter de Waverley en una conversacion que tenia con Miss Bradwardine. „Su genio superior y gusto elegante, respondió Rosa, no le permiten interesarse en discusiones tan fútiles. Por ejemplo, ¿podrá importarles que el caudillo de los Macindallaghers, que solo ha traído cincuenta hombres, sea coronel ó capitán? ¿Y cómo pudiera suponerse que Mr. Waverley tomase interes en la violenta disputa que hubo entre vuestro hermano y el jóven Corrinaschian, sobre si tocaba el puesto mas honroso á los voluntarios mas antiguos de un clan, ó á los mas modernos?

„Si él, querida Rosa, fuera el héroe que suponéis, se interesaria en esos asuntos, no por su importancia intrínseca, sino para mediar entre los genios fogosos, que los hacen motivos de discordia. Ya visteis que cuando Corrinaschian levantó la voz lleno de ira, y agarró el puño de su es-

pada, Waverley alzó la cabeza como si despertara de un sueño, y preguntó muy serio ¿de qué se trataba?

„Bien; ¡y la risa que excitó en ambos su distraccion no fué mas eficaz para cortar la disputa, que cualquiera otra mediacion de su parte?

„Si; pero habria sido mas honroso á Waverley el convencerlos y acallarlos con razones.”

„¿Querriais, pues, constituirlo pacificador universal entre todos los montañeses quimeristas que hay en el ejército? Perdonadme, Flora; ya sabéis que no comprendo á vuestro hermano, quien tiene mas juicio que la mitad de todos ellos juntos. Pero ¿podeis pensar que esos hombres ardientes y furiosos, de cuyas quimeras vemos mucho, y mas oímos, y que dia por dia me llenan de terror, merezcan ser comparados en manera alguna con Waverley?”

„No le comparo yo con esos hombres sin educacion, querida Rosa. Solo me es sensible que con los talentos que posée no tome en la sociedad el lugar que por ellos le corresponde, ni consagre todo su impulso á promover la noble causa en que se ha comprometido. ¿No están ahí Lochiel, y P—, y M—, y G—, todos hombres de la educacion mas selecta y de los talentos mas distinguidos? ¿Por qué no trata de obrar y de ser útil como ellos?—Muchas veces me figuro que ese ingles altivo é intratable con quien vive ahora, resfria su entusiasmo y celo.”

„Hablais del coronel Talbot—sin duda es hombre muy desagradable. Parece creer que ninguna dama de Escocia merece que él se digne ser-

viria una taza de té. Pero Waverley es tan amable, tan instruido....”

„¡Oh sí; sabe admirar la luna y citar estancias del Taso.”

„Ademas, ¿ya sabéis cómo peleó?”

„En cuanto a pelear, contestó Flora, creo que todos los hombres (es decir, los que merecen este nombre,) son casi lo mismo; y generalmente se necesita mas ánimo para huir. Ademas, cuando los ponen al frente unos de otros, tienen cierto instinto de pelear, como el que vemos en los perros, toros y otros animales. Pero el fuerte de Waverley no consiste en empresas altas y peligrosas. Jamas hubiera él sido Sir Nigel su abuelo, sino el panegirista y poeta de Sir Nigel. Voy á deciros, querida mia, donde lo pasará él perfectamente, y se hallará en su esfera,— en el círculo tranquilo de la ventura doméstica, indolencia literaria y goces elegantes de Waverley Honour. Reparará la biblioteca antigua al estilo gótico mas exquisito, y llenará sus estantes con los libros mas raros y preciosos; y dibujará planos y paisages, y escribirá versos, y erigirá templos, y cavará grutas; y por las noches claras de luna en verano se parará en la galería exterior de la quinta, y se divertirá en ver los venados que vagan á la luz de la luna, ó yacen cubiertos con la sombra de encinas gigantescas y venerables; y repetirá versos á su bella esposa, que se colgará de su brazo;— y será un hombre feliz.”

„Y ella será tambien una muger feliz, dijo interiormente la pobre Rosa. Pero se limitó a suspirar, y cortó la conversacion.

## CAPITULO VI.

*Fergus pretendiente.*

**M**IENTRAS más de cerca observaba Eduardo la corte del Príncipe, se disgustaba más con ella. Al modo que una bellota, según dicen, contiene todas las ramificaciones de la encina futura, así encerraba ella tantas semillas de intrigas y tramas, cuantas pudieran hacer honor á la corte de un vasto imperio. Cada persona de importancia tenía su fin particular, y trabajaba por él con una furia que Waverley creía desproporcionadísima á su importancia. Casi todos tenían sus motivos de disgusto, aunque el más legítimo de todos era el que manifestaba el digno y anciano Baron, quien solo se afligia por el perjuicio de la causa común.

„No es fácil, dijo á Waverley una mañana que habian estado mirando el castillo, no es fácil que ganemos la corona obsidional, que sabeis muy bien se formaba con las raices ó yerbas que habia en la plaza sitiada, ó acaso de madre selva ó *parietaria*; no la ganaremos, repito, en este bloqueo del castillo de Edimburgo.” Para fundar este concepto dió las razones más eruditas y satisfactorias, cuya repetición omitimos, porque no pueden interesar mucho á los lectores.

Habiéndose escapado Waverley del buen caballero, pasó al alojamiento de Fergus á esperar que volviera del palacio de Holyrood. „Mañana debo tener una audiencia particular, habia dicho Fergus á Eduardo la noche anterior, y os aguar-



do para que me deis el parabien por la fortuna que voy á conseguir seguramente."

Al cumplir Eduardo con esta cita, halló en el cuarto del caudillo al alférez Maccombich, que venia á darle parte de la guardia que habia hecho en una especie de zanja, cabada por los montañeses frente al castillo, y á la que denominaban trinchera. Poco tardó en resonar al pié de la escalera la voz del caudillo, con tono impaciente y furibundo. „Callum, Callum Beg, *Diaoull*! Entró con todo el aspecto de un hombre agitado por una pasion furiosa; y en pocos semblantes producía la cólera un efecto mas violento que en el suyo. En aquel estado se le hinchaban las venas de la frente, se le dilataba su nariz, se le inflamaban los ojos y mejillas, y sus miradas eran de un energúmeno.

Estos síntomas de rabia medio comprimida eran mas pavorosos, porque visiblemente los causaba un esfuerzo extraordinario para templar con discrecion un paroxismo irresistible de furor, y provenian de un terrible conflicto interno que agitaba toda su máquina.

Al entrar se quitó el sable, y lo tiró con tal violencia, que la arma fué rodando hasta el otro extremo del cuarto. „No sé, exclamó, quien me contiene, para no jurar solemnemente que no he de volver á desonrarlo en su servicio.—Carga mis pistolas, Callum, y tráemelas aquí al instante.—al instante, digo!" Callum, que por nada se abatia ni descomentaba, obedeció con la mayor frescura. Evan Dhu, cuyo frente habia rublado ya la sospecha de que hubieran insultado á su cau-

dillo, guardaba un silencio feroz, esperando saber el objeto sobre quien debía fulminar la venganza.

„Con que estáis aquí, Waverley, dijo al fin el caudillo, despues de haber reflexionado un instante.— Sí, ya recuerdo que os convidé á participar de mi triunfo, y venis á presenciarme— chasco lo da maremos.” Entónces Evan le presentó el parte que tenia en la mano, y Fergus lo arrojó de sí con furia. „Ojalá, exclamó, que ese castillo viejo se desplomara sobre las cabezas de los factuos que lo sitian, y de los píscaros que lo defendén! Ya veo, Eduardo, que me juzgáis loco.— Déjanos solos, Evan; pero no te alejes mucho.”

„El coronel está enojado, dijo Mrs. Flockhart á Evan cuando bajaba. Quera Dios que esto no le perjudique.— Tiene hinchadas las venas de la frente y tiesas como cuerdas.—?No querrá tomar algo?”

„En estos arrebatos acostumbra sacar sangre, contestó el montañés con mucha formalidad.”

Cuando se hubo retirado el alférez, Fergus fué recobrando gradualmente alguna calma. „Bien sé, Waverley, le dijo, que el coronel Talbot os hace maldecir diez veces al dia el compromiso que tenéis con nosotros;— no, no lo negueis, pues aun yo en este momento, me hallo tentado á maldecir al mio. ¿Lo creereis? Esta mañana hice al Príncipe dos solicitudes, y ambas me ha denegado. ¿Qué decís de esto?”

„¿Qué puedo yo pensar, miéntras no sepa cuáles etar vuestras pretensiones?”

„Cómo! ¿qué importa lo que fueran? Os digo que yo las hice; yo, á quien debe mas que á los

tres mejores que han abrazado su causa; pues yo negocié todo este embrollo, y levanté á todo Perthshire, cuando nadie osaba moverse. Creo no habia de pedirle ningun disparate, y aun cuando lo pidiese, no hubiera hecho mal en alargarse un poco:— Bien, todo lo subreis, ahora que ya puedo respirar con alguna libertad. Ya recordais mi patente de conde: tiene algunos años de fecha, por servicios que hice entónces, y mi conducta posterior no ha disminuido ciertamente mis méritos. Ahora bien, ese condado lo miro con tan poco aprecio como vos, ó cualquier filósofo del mundo; pues tengo para mí que el caudillo de un clab como el Sliochd nan Ivor, es superior á cualquier conde de Escocia. Mas tenia una razon particular para querer ese título maldito. Supe casualmente que el Príncipe habia estado instando á ese viejo inentecato, el Baron de Bradwardine, para que desherede á su primo décimo nono ó vigésimo, que ha tomado las armas por el Elector de Hannover, y deje sus bienes hereditarios á vuestra linda amiga Rosa; en lo que parece inclinado á convenir el buen caballero, por ser un mandato de su rey y señor, que puede alterar á su gusto el destino y condiciones del feudo.”

„Y entónces ¿qué será del homage?”

„Maldito sea el homage! Creo que Rosa le quitará el zapato á la reina el dia de su coronacion, ó no sé qué otra fatuidad semejante.—Mas como Rosa Bradwardine siempre me hubiera convenido para esposa, á no ser por esta predileccion necia de su padre al heredero inásculino, me pareció no tener ya obstáculo á

mi proyecto, á no ser que el Baron exigiese que su yerno tomara el nombre de Bradwardine, (lo que bien sabéis serme imposible,) y que esto podia salvarse con que tomara yo el titulo superior, á que tengo tan justo derecho. Si despues que muera su padre, toma ella el titulo de Vizcondesa Bradwardine, tanto mejor para su marido."

"Pero, Fergus, dijo Waverley, no imaginaba yo que tuvieseis afecto á Miss Bradwardine, y continuamente estais haciendo burla de su padre."

"Pues mi buen amigo, tengo á Miss Bradwardine el afecto que juzgo necesario tener á la señora futura de mi familia y á la madre de mis hijos.

Es una muchacha muy viva y agraciada, y es ciertamente de las primeras familias de los lainos, y con algunas instrucciones que Flora le dé, hará en la sociedad un papel distinguido. En cuanto á su padre, es un original, no hay duda, y bastante ridiculo; pero ha dado lecciones tan duras á Sir Hew Halbert, á nuestro caro difunto el Laird de Balmawhapple, y á otros, que nadie osa reirse de él en su cara, y así nada importan sus ridiculeces. Os repito que no podia presentarseme obstáculo alguno, y ya lo tenia todo arreglado."

"¿Pero habiais solicitado el consentimiento del Baron ó el de Rosa?"

"¿Para qué? El hablar al Baron ántes de haber tomado mi título, habria provocado una discusion irritante y preparura sobre el cambio de nombre, cuando en la clase de conde de Glenaquoich solo me restaba proponerle que usara su oso maldito y su tira-botas en un escudo aparte, donde no mancillasen mis nobles armas. En

cuanto á Rosa, no sé qué pudiera objetar, estando anente su padre."

„Quizá lo mismo que me objeta vuestra hermana, estando vos satisfecho conmigo."

Alterose Fergus con tal respuesta; pero contentándose omitió la réplica dura en que ya casi prorrumplia. „Oh! Todo eso lo hubiéramos arreglado fácilmente.—Adelante pues. Con tal objeto pedi al Príncipe una audiencia particular, me citó para esta mañana, y yo hice lo mismo con vos, creyendo neciamente poder necesitaros para que fueseis mi padrino. Bien; manifiesto mis pretensiones, y no se me niegan— las promesas que tanto se me han repetido, y la patente que obtengo.—Conviene en todo. Mas propongo como una consecuencia natural tomar el rango que me da la patente, y se me repite la eterna canción de que pueden reseptirse M y C—. Digo que nó, y ofrezco presentar una constancia por escrito de su aquiescencia, en virtud de que la fecha de mi patente es anterior á sus necias pretensiones. Os aseguro que yo les hubiera sacado ese consentimiento, aunque fuese con la punta de la espada.—Entónces tiene que salir la verdad pura, y ese buen señor se atreve á decirme en mi cara que mi patente se debe suprimir por ahora, por no disgustar á ese pícaro, cobarde, holgazán (nombrando al caudillo rival de su tribu), que tiene tanto derecho á gobernar un clan, como yo á ser emperador de China, y finge estar sentido por el afecto que el Príncipe me tiene, para disimular su bastarda repugnancia á levantarse, conforme á la palabra que nos ha dado veinte veces. Y para

quitar toda disculpa á la cobardía de ese maromero miserable, me pide el Príncipe como un favor personal, que suspenda por ahora mi justa sollicitud. Fiaos de principes con este ejemplo!"

„¿Y en eso terminó vuestra audiencia?"

„¿Terminar? Oh! no: yo estaba determinado á no dejar pretexto alguno á su ingratitud, y por lo mismo, con toda la compostura que pude imponerme, (pues os protesto que temblaba de cólera,) le manifesté las razones particulares que tenia para desear que S. A. impusiera cualquier otro deber á mi celo y obediencia, pues lo que en otro caso nada importaria, era para mí un sacrificio durísimo, por circunstancias particulares; y en seguida le descubrí todos mis proyectos."

„¿Y qué dijo el Príncipe?"

„¿Qué?—Ah! Si no estuviera escrito, „No maldigas al rey, ni aun de pensamiento. . . . .” — Vaya!—me respondió, que celebraba mucho mi confianza, para poderme evitar un desengaño muy doloroso; pues me aseguraba á fe de Príncipe que Miss Bradwardine estaba decidida por otro individuo, y que él se habia comprometido á favorecer estos amores. Así, pues, querido Fergus, me dijo con la sonrisa mas benigna y alhagüena, como ese matrimonio es imposible, no teneis que apresurar lo del condado. Y dando la vuelta, me dejó *planté la.*"

„¿Y qué hicisteis?"

„Os diré lo que pude haber hecho en aquel momento— venderme al Elector ó al demonio, á cualquiera que me prometiese venganza. Sin embargo, ya estoy mas sereno. Sé que trata de ca-

arla con alguno de sus tunantes franceses ó de sus oficiales irlandeses; pero yo estaré muy á la mira, y guárdese bien el que pretenda suplantarme! *Bisogna coprirsi, Signor.*"

Despues de alguna conversacion ulterior, que no es necesario pormenorizar, se despidió Waverley del caudillo; cuya furia se habia concentrado ya en un profundo y fuerte deseo de venganza, y volvió á su alojamiento, sin poder analizar los efectos encontrados que habian despertado en su pecho las revelaciones de Fergus.

## CAPITULO VII.

*„Inconstante siempre."*

**S**oy ciertamente hijo del capricho, decia Waverley entre sí, al cerrar la puerta de su aposento y recorrerlo con pasos apresurados. ¿Qué me importa el que Fergus Mac Ivor se quiera casar con Rosa Bradwardine? Yo no la amo. Ella pudiera tal vez amarme; pero yo he rechazado su inclinación sencilla y natural, en vez de fomentarla y convertirla en ternura, y me he dedicado á otra muger que jamas amaré, á ningun mortal, á ménos que salga de la sepultura el viejo Warrwick, el Hacedor de reyes. Luego el Baron.... — Pero sus bienes me importarian un bledo, y así no hubiéramos tropezado en el nombre. El diablo pudo muy bien cargar con sus tierras estériles, y quitar al rey las *caligæ*, sin que yo me acordara de ello. Pero habiendo nacido para las dulzuras del afecto doméstico, para dar y recibir todas las

atenciones tranquilas y cariñosas que endulzan la vida á los que han de pasarla juntos, la pretende hoy Fergus Mac-Ivor....! Estoy seguro de que no la dará mal trato, pues en él no cabe tal villanía; pero al mes no hará caso de ella; y estará sobradamente ocupado en sojuzgar á algun otro caudillo rival, ó suplantar en la corte á algun favorito, ó en adquirir algun lago y cerro brezoso, ó en añadir á su gente alguna cuadrilla nueva de ladrones, para preguntar qué hace Rosa, ó cómo se divierte.

Fiero pesar, cual cáncer pavoroso,  
devorará su juventud florida,  
desterrando las rosas de su frente;  
y abandonada, pálida, llorosa,  
en genitor espectro convertida,  
la triste morirá.

„Y esta catástrofe que amenaza á la mas interesante de las criaturas, se habria evitado á tener ojos en la cara Mr. Eduardo Waverley!—No comprendo, á fe mia, cómo he juzgado tan superior, tan *excesivamente* superior el mérito de Flora al de Rosa. Flora es mas alta, y sus modales son mas libres sin duda; pero muchos reputan mas naturales é ingeniosos los de Miss Bradwardine, y ciertamente es mucho mas jóven.—Creo que Flora me lleva dos años.—Esta noche las examinaré con mas atencion.”

Con esta resolucion marchó Waverley a tomar el té en casa de una gran señora, partidaria de Carlos Eduardo, y allí encontró á las dos



señoritas, como esperaba. Levantáronse todas cuando él entró; pero Flora volvió inmediatamente al lugar que ocupaba, y continuó la conversacion que habia suspendido. Al contrario Rosa, casi imperceptiblemente hizo un lugarcito a nuestro héroe en el círculo que se habia formado, para que arrimara un ángulo de su silla. „Sin duda es mas atenta y amable, dijo entre sí Waverley.”

Ofricióse una disputa sobre cual de los dos idiomas, italiano y gaélico, era mas fluido y mas propio para la poesia. La opinion á favor del gaélico, que en otro caso es probable no hallase defensor alguno, fué sostenida con furia por siete señoras montañesas, que agotaban la fuerza de sus pulmones, y ensordecian á la concurrencia con ejemplos de eufonia céltica. Flora observó que las damas llaneras se burlaban de tal comparacion, y produjo algunas razones para ipostrar que no era tan completamente absurda; pero Rosa, cuando la preguntaron su opinion, la dió con viveza en favor del italiano, que habia estudiado bajo la direccion de Waverley. „Tiene mejor oido que Flora, aunque no sabe tan bien la música,” pensó Eduardo. „Supurgo que ahora Miss Mac-Ivor querrá compararnos á Mac Murroughnan Fonn con Aristotol

Por último, se discutió en la tertulia si Fergus habia de tocar la flauta, cuya habilidad poseia, ó harian que Waverley leyese un drama de Shakspeare; y la señora de la casa se prestó á recoger los votos de la concurrencia en favor de la poesia ó de la música, bajo la condicion de que

el caballero cuyos talentos no se ocupasen aquella noche, contribuiría con ellos en la siguiente, para la recreación de la tertulia. Por casualidad tocó á Rosa el voto decisivo. Flora que parecía haberse propuesto no dispensar á Waverley ni el mas leve favor, había votado por la música, con tal que el Baron acompañara con su violín á Fergus. „Celebro tan buen gusto, Miss Mac-Ivor, dijo entre sí Eduardo mientras le buscaban el libro. Creí que lo teniais mejor cuando estábamos en Glennaquoich; pero á la verdad, el Baron no es gran profesor, y Shakspeare vale muy bien la pena de ser oido.”

Eligieron la tragedia de *Rómeo y Julieta*, y Eduardo leyó varias escenas con gusto y calor. Toda la concurrencia aplaudía con palmadas, y muchas personas con sus lagrimas. Flora, que había leído ya el drama, fué de las primeras; Rosa, para quien era nuevo, fué de las segundas. También tiene mas sensibilidad, dijo entre sí Waverley.”

Rodó luego la conversacion sobre los incidentes del drama y sus caracteres, y Fergus dijo que el de Mersucio era el único notable. „No pude, añadió, comprender bien todas sus agudezas anticuadas; pero debió ser un hombre de mundo muy amable, segun las ideas de su tiempo.”

„Y fué grande infamia, dijo el alférez Maccómbich, que acostumbraba seguir por todas partes á su coronel, la de ese Tibbert ó Taggart, ó como quiera que sea su nombre, en pegarle bajo el brazo del otro caballero, mientras este apaciguaba la pendencia.”

Por supuesto, las damas se declararon altamente en favor de Romeo, aunque no sin alguna oposicion. La dueña de la casa y otras varias señoras reprobaban severamente la ligereza con que el héroe transfiere su amor de Rosalinda á Julieta. Flora permaneció callada, hasta que la preguntaron repetidas veces su opinion, y entónces dijo, que en su concepto la circunstancia criticada no solo era compatible con el corazon humano, sino tan conforme á él, que acreditaba la profunda penetracion del poeta. „Romeo, continuó, es un jóven sumamente sensible; al principio fija su amor en una muger que no puede correspondersele, segun él mismo nos dice:

Jamas la hirió de Amor el débil arco.

y luego,

Está contra el amor juramentada.

Como suponiendo racional á Romeo, es imposible que pueda continuar amando sin esperanza, el poeta elige con mucho arte el momento en que está ya reducido á la desesperacion, para presentarle un objeto mas perfecto que su desdenosa, y dispuesto á pagar su cariño. Apénas puedo concebir una situacion mas calculada para acrecentar el amor de Romeo á Julieta, que la de verse levantado por ella del estado de languidez melancólica en que aparece primero sobre la escena, al extásis de ventura en que exclama:

**Apure su rigor el infortunio;  
equivaler no puede al gozo inmenso**

con que un fugaz instante á vista suya hinche mi corazon.”

„Bueno está, Miss Mac-Ivor, dijo una señorita: ¿conque pretendéis quitarnos nuestras prerrogativas? ¿Nos persuadireis que el amor no puede subsistir sin esperanza, y que cuando la dama sea cruel, debe el galán ser inconstante? Vaya! no esperaba yo una conclusion tan poco sentimental.”

„En mi concepto, querida Lady Betty, un amante puede perseverar en su pretension bajo circunstancias muy desalentadoras. A veces puede aguantar el amor tempestades muy recias de rigor y desden; pero siempre cede á un largo yelo polar de indiferencia absoluta. Por lo mismo, si apreciáis la fe de algun amante, guardaos de probarla así, á pesar de vuestros atractivos. El amor puede sustentarse con poquísima esperanza, mas no absolutamente sin ella.”

„Pues será como la yegua de Duncan Mac-Girdie, dijo Evan, con permiso de vuestras señorías; quiso enseñarla á vivir sin comer, y cuando la redujo á una sola paja diaria, se fué muriendo la pobre bestia.”

Riose toda la tertulia con el ejemplo de Evan, y la conversacion tomó diferente giro. Disolviese poco despues la reunion, y Eduardo volvió á su casa meditando sobre lo que habia dicho Flora. „No amaré mas á mi Rosalinda, exclamó; bien claro me lo aconseja: hablaré con su hermano, y abandonaré mi galanteo.—En quanto á

Julietta . . . ¿Seria decoroso para mí contrariar las pretensiones de Fergus? Ello es imposible que tengan buen éxito: y en tal caso, ¿qué debo hacer? — Tomad entónces, *alors comme alors.*” Y con esta resolución de abandonarse á las circunstancias, se entregó al reposo nuestro héroe.

## CAPITULO VIII.

### *Un valiente asfijido.*

**S**us más bellas lectoras juzgan del todo imperdonable la inconstancia de mi héroe en sus amores, debo recordarles que no todas sus penas y aflicciones tenían ese origen sentimental. Aun el poeta lírico, que tan sentidamente se queja de los tormentos del amor, no puede olvidar que á la vez se hallaba „endrogado y bebido,” circunstancias que agravaban notablemente sus penas. Solian pasar dias enteros sin que pensase Waverley en Flora ni en Rosa Bradwardine, absorto en conjeturas melancólicas sobre el estado probable de las cosas en Waverley-Honour, y el éxito dudoso de la guerra civil en que estaba comprometido. Tambien el coronel Talbot solia empeñarlo en discusiones sobre la justicia de su causa. „No, decia, porque podais abandonarla en este momento, pues sea cual fuere el resultado, deheis cumplir vuestro imprudente compromiso. Mas deseo persuadirlos que no tenéis razon; que estais combatiendo contra los verdaderos intereses de vuestro pais; y que como ingles y patriota debeis abandonar esta infausta empresa, en la

primera oportunidad favorable, ántes que se derri-  
ta la bola de nieve."

Contestábale Waverley con los argumentos ordi-  
narios de su partido, con los cuales fuera im-  
prudencia cansar á mis lectores. Mas cuando el  
coronel comparaba la fuerza de los que habian  
emprendido subvertir el gobierno, con la que es-  
te juntaba rápidamente para su defensa, la so-  
la respuesta de Waverle era: „Por lo mismo que  
la causa que defiende es peligrosa, seria mayor  
afrenta el abandonarla. Con esto imponia silencio  
al coronel, y lograba mudar de conversacion."

Una noche, despues que tuvieron una disputa  
muy larga de esta naturaleza, se despidieron los  
dos amigos, y Eduardo estaba entregado al sue-  
ño, cuando á media noche le despertó un gemi-  
do profundo. Incorporóse, y aplicando el oido,  
conoció que salia del aposento del coronel Tal-  
bot, al que solo dividia del suyo un tabique de  
madera, en que habia una puerta de comunica-  
cion. Acercóse á ella Waverley, y oyó perfec-  
tamente dos tiernísimos suspiros. ¿Cuál podia ser  
la causa de ellos? Cuando se retiró el coronel á  
su alcoba, parecia tener el ánimo tranquilo. De-  
bia, pues, haberse enfermado repentinamente. En  
tal concepto, abrió Eduardo con mucha suavidad  
la puerta de comunicacion, y percibió al coro-  
nel en gorro y bata de dormir, sentado junto á  
la mesa, en que tenia una carta y un retrato.  
Mientras Waverley dudaba si debia entrar ó re-  
tirarse, Talbot levantó de repente la cabeza, y  
Eduardo le vió las mejillas cubiertas de lágrimas.

Levantóse el coronel Talbot con evidente disgus-

to, cual si se avergonzase de que lo viéran en aquel estado. „Creen, Mr. Waverley, que mi aposento y la hora podían habermie asegurado, aun estando prisionero, contra tal. . . .”

„No digais *imprudencia*, coronel Talbot; os of suspirar, y temí que os hallaseis indispuesto: solo por tal causa me hubiera decidido á entrar aqui.”

„Estoy bueno, dijo el coronel, perfectamente bueno.”

„Pero estais afligido: ¿puedo servir de algo?

„No, Mr. Waverley: solo estaba pensando en nuestro pais, y en algunas ocurrencias desagradables de allá que he sabido.

„Buen Dio! Mi tio acaso. . . !

„No, es pesadumbre mia exclusivamente. Me avergüenzo de que me háyais visto en tal abatimiento por ella; pero debo ceder á su impulso algunos ratos, para poderla soportar con decencia en otros. Quisó ocultárosla, pues creo que os affigirá, y no podeis proporcionarla con-uelo. Pero me habeis sorprendido, veo que tambien lo estais; y aborrezco los misterios. Leed esa carta.”

Dirigiasela su hermana en estos términos:

„Hodges me entregó la vuestra, hermano amadísimo. Sir E. W. y Mr. R. aun están libres; pero no se les permite salir de Lóndres. Ojalá pudiera daros razon igualmente satisfactoria de casual: Pero las noticias de la desgracia de Preston nos llegaron intempestivamente, con la terrible adición de que habiais perecido. Ya sabeis el estado de salud en que se hallaba Lady Emilia quando vuestra amistad con Sir E. os indujo á separaros de ella. Afectáronla mucho las tris-

tes noticias de que habia estallado la rebelion de Escocia; pero las sobrellevó con firmeza, ó segun dijo, como correspondia á vuestra esposa y en consideracion al heredero futuro, esperado en vano por tanto tiempo. ¡Ay, querido hermano! estas esperanzas ya se han desvanecido. A pesar de mi vigilante cuidado, la llegó repentinamente esa infau- ta noticia. Inmediatamente cayó mala, y la pobre criatura sobrevivió pocos instantes á su nacimiento. Ojalá que parasen aquí las desventuras! Pero aunque vuestra carta, que desmiente ese horrible rumor, la ha reanimado mucho, el médico teme consecuencias muy sérias y aun peligrosas, especialmente por la incertidumbre en que algun tiempo estará sobre vuestra suerte, y que se agrava por las ideas que ha formado sobre la ferocidad de esos hombres que os tienen prisionero.

„Por lo mismo, querido hermano, al punto que recibais esta, procurad obtener que os dejen libre bajo vuestra palabra, por rescate, ó de cualquier otro modo posible. No os exagero la situacion de Lady Emilia, pero no debo—ni oso—disimularos la verdad.

„Siempre, mi querido Felipe, soy vuestra afectuosa hermana,

*Lucía Talbot.*

Quedóse Eduardo inmóvil cuando hubo leído aquella carta, pues era inevitable la conclusion de que el coronel habia sufrido tan grave calamidad por venir á buscarlo. Aun su parte irremediable era bastante dura; pues el coronel Talbot y Lady Emilia, que habian pasado muchos



años sin tener hijos, cifraban su ventura en las esperanzas que estaban ya desvanecidas. Mas esto parecia de ninguna consideracion respecto del mal que amenazaba, y Eduardo consideraba con horror que él era la causa original de ambas desventuras.

Antes que se repusiera lo bastante para hablar, ya el coronel Talbot habia recobrado su ordinaria compostura, aunque la turbacion de sus ojos revelaba la agonía de su ánimo.

„Oh amigo mio! Se trata de una muger que puede justificar aun las lágrimas de un soldado.” Y le entregó el retrato, cuyas facciones justificaban plenamente su elogio; „Y Dios sabe que la que veis aquí de ella, es la parte ménos preciosa del mérito que posee—poseia, debo acaso decir.... —Mas hágase la voluntad del cielo.”

„Debeis volar, sí, volar inmediatamente á socorrerla. No es—no será muy tarde.”

„Huir! ¿cómo es posible!— Yo soy un prisionero, y he dado mi palabra....”

„Estais á mi cargo.— Yo os la restituyo, y responderé por vos.”

„Con eso faltariais á vuestro deber, y yo no puedo aceptar un permiso vuestro sin faltar á mi honor. Os hariais responsable....”

„Y responderia con mi cabeza en caso necesario. He sido la infausta causa de que hayais perdido un hijo; no me hagais ser asesino de vuestra esposa!”

„No, querido amigo, dijo Talbot, cogiéndole afectuosamente la mano, nadie puede culparos, y si no callé por dos dias este infortunio doméstico, fué te-

miendo que vuestra sensibilidad os inspirase tales ideas. Cuando yo salí de Inglaterra en busca vuestra vos no podiais pensar en mí, y apenas sabiais de mi existencia. Sobrada responsabilidad gravita sobre los míseros mortales con que debemos responder por los resultados previstos y directos de nuestras acciones. El Ser grande y bondadoso, que solo puede prever la dependencia mútua de los acontecimientos humanos, no ha sujetado á mas responsabilidad á sus frágiles criaturas.”

„Pero que dejaseis á Lady Emilia en la situación mas interesante para un esposo, por buscar á un....”

„En eso cumplí mi deber, y no me arrepiento, ni debo arrepentirme de haberlo hecho. Si el sendero de la gratitud y el honor fuera siempre llano y cómodo, habria poco mérito en seguirlo. Pero muchas veces corre en direccion contraria á la de nuestros intereses y pasiones, y aun á la de nuestros afectos mas legítimos. Estas son las pruebas de la vida, y ésta aunque no la ménos amarga, (llenándosele de lágrimas los ojos,) no es la primera que me ocurre. Pero mañana seguiremos la conversacion, añadió apretando las manos de Waverley entre las suyas. Buenas noches: procurad olvidarlo todo por algunas horas. Creo que á las seis amanece, y son ya mas de las dos. Buenas noches.”

Retiróse Eduardo agitado por afectos que no le permitieron responderle.

## CAPITULO IX.

*Empaño.*

**C**UANDO á la mañana siguiente entró el coronel Talbot al comedor, le dijo el criado de Waverley que este habia salido muy temprano, y aun estaba fuera. Era ya cerca de medio día cuando se presentó sofocado, pero lleno de una alegría que sorprendió al coronel Talbot.

„Aquí está mi obra de la mañana, dijo, arrojando un papel sobre la mesa. Alick, empaquetó la ropa del coronel. Presto, presto.”

Talbot examinó el papel con asombro. Era un pasaporte del Príncipe al coronel Talbot, para que pasase á Leith, ó á otro puerto que ocuparan las tropas de S. A. R., y allí se embarcase para Inglaterra, ó cualquiera otro país que gustara; debiendo solo dar su palabra de honor de no tomar las armas contra la casa de Stuart por espacio de un año.

„En nombre de Dios, dijo el coronel centellándole en los ojos la ansiedad y el júbilo, decid cómo habeis obtenido este documento?”

„Fuí á buscar al Príncipe á la hora que se levanta ordinariamente. Habia marchado al campamento que tenemos en Duddingston. Fuí allá tras él, pedí una audiencia, y la obtuve....—Pero no he de contaros una palabra mas, mientras no vea que disponeis la maleta.”

„Antes de saber si puedo usar de este pasaporte, ó cómo lo habeis obtenido?”

„Oh! si no os acomodare, será bien fácil desempaquetar la topa.—Ahora que ya empezais, continuaré.—Cuando pronuncié vuestro nombre, brillaron sus ojos casi tanto como los vuestros ahora dos minutos. Preguntóme al punto si os mostrábais inclinado á su causa? Respondíle que no, y que ni esperaba lo hicierais. Tomó un aspecto grave, y sin embargo, le pedí vuestra libertad. Negómela, expresando que vuestra importancia como amigo y confidente de ciertos personajes, hacia del todo absurda mi pretension. Le conté mi historia y la vuestra, y le pedí que juzgara de mis sentimientos por los suyos. Decid lo que gustéis, coronel Talbot, pero su corazon es sensible y generoso. Tomó un pliego de papel y escribió el pasaporte de su propio puño. No me fio de mis consejeros, dijo, pues me confundirán con argumentos. No permitiré que un amigo tan estimado como vos, se halle cargado con las reflexiones dolorosas que debeu asigirós, en caso de que ocurra otra desgracia á la familia del coronel Talbot, ni en tales circunstancias puedo retener preso á un enemigo valiente. Además, continuó, creo podermé disculpar con mis prudentes consejeros, alegandoles el buen efecto que debe producir esta ley en los ánimos de las grandes familias inglesas con quienes se halla relacionado el coronel Talbot.”

„Aquí osomó el politico, dijo el coronel.”

„Bien; pero sin duda concluyó como hijo de un rey. Tomad el pasaporte, me dijo; le he puesto una condicion por pura forma; pero si la repugna el coronel, decidle que parta sin dar palabra algu

na. Yo he venido á guerrear con hombres y no á poner en afliccion ó peligro á las mugeres!"

„Jamás creí haber tenido que agradecer tanto al Pretend—."

„Al Príncipe, dijo Waverley sonriéndose."

„Al caballero, dijo Talbot; ese es un buen nombre de viajar, y que ambos lo podemos dar libremente. ¿Os dijo algo más?

„Solo preguntó si podía servirme en alguna otra cosa; y cuando le respondí negativamente; me cogió la mano, diciendo que ojalá todos sus acompañantes fueran igualmente moderados, pues algunos amigos míos no solamente le pedían cuanto pudiera darles, sino cosas que no estaban á su alcance, ni al del mayor soberano de la tierra. Añadió que ningún príncipe se parecía á la Divinidad tanto como él, según las pretensiones extravagantes que diariamente se le hacían."

„Pobre jóven! dijo el Coronel, supongo que ya empieza á conocer los embarazos de la situación en que se halla. Bien, querido Waverley, esto es más que bondad, y no lo olvidará Felipe Tallot mientras tenga memoria. Mi viuda— ¡ah! Emilia debe daros las gracias por ella: esto es un favor que vale por mil vidas. En tales circunstancias no puedo vacilar en daros la palabra que exigís; aquí está. (La escribió en toda forma.) Y ahora ¿cómo debo marchar?

„Todo eso está ya dispuesto: vuestra maleta se halla lista, mis caballos nos esperan, y con permiso del Príncipe se ha tomado un bote que os lleve á la fragata inglesa Fox.—Con este objeto he despachado ya un correo á Leith."

„Perfectamente me sale, pues el capitán Beaver es mi grande amigo: me desembarcará en Berwick ó Shields, y de allí podré tomar la posta para Lóndres.— Es preciso que me deis los papeles recobrados por medio de vuestra Miss Bean, Lean, pues podré tener ocasion de usarlos con provecho vuestro.—Mas ahí viene vuestro amigo montañés Glen— ¡Cómo pronunciais su bárbaro nombre?—Y su asistente tras él.—Vedle como camina, tan finchado cual si todo el mundo fuera suyo, con la gorra de medio lado, y terciada la capa sobre el pecho! Me alegrana de encontrar á ese mozo donde no tuviera yo las manos atadas, y le bajaría la soberbia, ó él lo hiciera conmigo.”

„Vaya, Coronel Talbot! os enfurece la vista del barragan, como á los toros la de un lienzo colorado. A fe que vos y Mac-Ivor no dejais de pareceros en ciertas preocupaciones nacionales.”

La última parte de esta conversacion pasó ya en la calle. Pasaron junto al caudillo, y este y Talbot se saludaron con sequedad y altivez, como dos duelistas al partirse el campo. Era evidente su desafecto recíproco. „Nunca veo á ese bribon que le sigue los pasos, dijo el coronel montado ya en su caballo, sin acordarme de unos versos que creo haber oido en el teatro:

Tras él sombrío,  
como demonio familiar de un mago,  
marcha Bertran, ocupacion pidiendo.”

„Os aseguro, Coronel, que juzgais muy ásperamente á los montañeses.”

„No tal, no tal. Nada me es posible rebajarles. Estense norabuena en sus montañas estériles, hínchense allá y echen borbozadas, y cuelguen sus gorras en los cuernos de la luna, si así les parece bien. Mas ¿qué buscan entre gentes que usan calzones, y hablan una lengua inteligible? Digo inteligible respecto de su gerigonza infernal, pues aún los llaneros hablan una especie de inglés parecido al que usan los negros de Jamaica. Compadezco al Pret—, quiero decir, al caballero, porque le rodean tantos desalmados. Y temprano aprenden su oficio. Por ejemplo, ahí anda un diablillo de pecho, á quien ese vuestro amigo Glena—Glenamuck suele traer en su comitiva. Al verlo parece tener apenas quince años; pero es ya decrepito y consumado en perversidad y villanía. Anteayer estaba jugando á los herrones en la plazuela; pasó un caballero muy decente, y habiéndole dado un herron en la espinita, levantó su baston; pero mi baladroncillo sacó una pistola, y si un grito de *Agua va*, que salió de una ventana inmediata, no hubiera hecho que ambos huyesen de sus inevitables consecuencias, habria perecido el pobre caballero á manos de ese basilisco.”

„Buena descripción hareis de Escocia en Inglaterra, coronel Tallbot.

„Oh! El Juez Shallow me aborrrará ese trabajo. Es éril, estéril, todos mendigos, todos mendigos—; y esto solo cuando se sale de Edimburgo, no cuando llega hasta Leith, como nosotros ahora.”

Muy pronto llegaron al puerto donde los aguardaba el bote. „A Dios, Coronel, dijo Waverley, que todo lo encontréis como deseáis. Acaso nosa

veremos pronto, pues hablan de marchar cuanto antes á Inglaterra.

„No me habéis de eso, dijo Talbot; yo no quiero llevar noticias de vuestros planes y movimientos.”

„Pues á Dios solamente. Dad mil expresiones de mi respeto y cariño á Sir Everardo y á mi tia Raquel. Pensad de mí lo mejor que podais, hablad de mí del modo mas indulgente que vuestra conciencia os permita, y á Dios otra vez.”

„A Dios, mi querido Waverley: mil gracias y mil por vuestros favores. Quitaos el barragan lo mas pronto posible. Toda mi vida os recordaré con gratitud, y mi mas agria censura será, *Que diable alloit il faire dans cette galere!*”

Con esto se despidieron, embarcóse el coronel Talbot, y Waverley se volvió á Edimburgo.

## CAPITULO X.

### *La Marcha.*

**N**o tratamos de introducirnos en los límites de la historia. Por lo mismo, solo recordaremos á nuestros lectores que á principios de noviembre, el jóven Carlos Eduardo, á la cabeza de unos seis mil hombres cuando mas, resolvió arriesgar su causa en una tentativa para penetrar al centro de Inglaterra, aunque no ignoraba los grandes preparativos hechos allí para recibirlo. Empezaron esta cruzada en una estacion que habria imposibilitado de moverse á cualesquiera otros soldados, pero que en realidad hacia superiores á los montañeses, respecto de un enemigo ménos robusto. A pesar de que en las fronteras se ha-



laba campado un ejército superior que mandaba el Feld Mariscal Wade, sitiaron y tomaron á Carlisle, y poco despues continuaron su atrevida marcha para el Sur.

Como el regimiento del coronel Mac-Ivor marchaba á la vanguardia de los clanes, él y Waverley, que ya igualaba á cualquier montañes en aguantar fatigas, é iba entendiendo algo su idioma, estaban perpetuamente á su cabeza. Sin embargo, veian aquella marcha del ejército con ojos muy diferentes. Fergus, lleno de fuego, y juzgando que todo el mundo armado era poco para él, solo pensaba que cada paso era una vara mas hácia Lóndres. Ni solicitaba, ni esperaba, ni apetecia mas auxilio que el de los clanes, para restablecer á los Estuardos en el trono; y cuando por casualidad se unian algunos al estandarte de Carlos Eduardo, mas bien los veia como nuevos aspirantes á los favores del monarca futuro, quien deberia substraer para ellos parte de las recompensas debidas á sus defensores montañeses.

Eduardo pensaba de otro modo. No podia ménos de observar que en las poblaciones donde proclamaban á Jacobo Tercero, nadie gritaba „Dios le bendiga.” La plebe los miraba y los escuchaba con silencio estúpido; pero daba pocas muestras aun del espíritu alborotador que la induce á gritar con cualquier motivo, para el mereo ejercicio de sus dulcísimas voces. Habíase persuadido á los jacobitas que los condados del noroeste abundaban en caballeros ricos y fornidos labradores, decididamente afectos á la causa de la Rosa Blanca. Pero poquísimos parecieron de los

primeros. Algunos huyeron de sus casas, otros se fingieron enfermos, y otros se presentaron a disposición del gobierno, como personas sospechosas. Entre los que se quedaron, los ignorantes miraban entre asombro, aversión y horror el aspecto bárbaro, idioma desconocido y traje singular de los clanes escoceses. Respecto de los más prudentes, su corto número, falta de disciplina y pobreza de equipo, parecían síntomas evidentes de la terminación calamitosa que debía tener su arrojada empresa. Así las pocas personas que se les unían, eran de aquellas que cegadas por el fanatismo político, no calculan los resultados, ó bien ostigadas por la miseria, todo lo envidan en el azar más peligroso.

Cuando preguntaron al Barón de Bradwardine lo que pensaba de estos reclutas, tomó un polvo muy largo, y respondió secamente que „no podía ménos de tenerlos en muy buena opinión, pues se parecían precisamente á los partidarios que se juntaban al buen rey David en la cueva de Adullam: *videlicet*, todos los perseguidos, todos los entrampados, y todos los descontentos; que la Vulgata expresa por amargos del alma; y sin duda, continuaba, resultarán soldados de gran provecho, y es necesario que tales resulten; pues he visto á muchos que nos miran con muy malos ojos.

Pero ninguna de estas consideraciones hacia mella en Fergus, que solo pensaba en admirar la hermosura del país y la situación de muchas quintas inmediatas al camino. ¡Es Waverley-Honour como esta casa, Eduardo!

„Es doblemente mayor.“

„¿Y el parque de vuestro tío es tan hermoso como aquel?”

„Tiene triplicada extension, y parece un bosque, mas bien que mero parque.”

„Flora será una muger muy feliz.”

„Espero que Miss Mac-Ivor tenga muchas razones para serlo, independientes de Waverley-Honour.”

„Yo espero lo mismo; pero el ser dueña de tan soberbia quinta, no será mala adición á la suma total.”

„Adición cuya falta confío que pueda suplirse con otros medios.”

„¿Cómo! dijo Fergus parándose, y mirando fijamente á Waverley; ¿Qué significa eso, Mr. Waverley? ¿He tenido la satisfaccion de entenderos bien?”

„Perfectamente bien, Fergus.”

„Eso quiere decir que ya no deseais aliaros conmigo, ni obtener la mano de mi hermana?”

„Vuestra hermana ha rehusado aceptar la mia directamente, y por cuantos medios acostumbran usar las señoras para repeler obsequios que no les agradan.”

„Yo no concibo que una dama despidá á un caballero, ni que este prescindá de sus pretensiones, aprobadas ya por el protector legal de ella, sin darle ántes ocasion de que la habilite sobre el particular. Supongo no habreis imaginado que mi hermana se os debiese caer en la boca, como una ciruela madura, al punto que gustaseis de abrirla?”

„En cuanto al derecho de la dama para des-

pedir á su galan, Coronel ese es punto que debéis discutir con ella, pues yo ignoro las costumbres de las montañas en el particular. Mas en cuanto al mio para convenir en su repulsa formal, sin apelar á vuestra intercesion, os diré francamente, (sin rebajar por esto el alto mérito y belleza que distinguen á Miss Mac-Ivor) que yo no tomaria la mano de un ángel, con un imperio por dote, si su consentimiento fuese arrancado por la importunidad de sus amigos y deudos, y no hijo de su libre inclinacion á mi persona.'

„Un ángel con un imperio por dote! repitió Fergus en tono de amarguísima ironía. Ese fuera bocado muy exquisito, y no es probable que rogase con él á un hidalguillo de— shire Mas, caballero, añalió mudando tono, si Flora Mac-Ivor no tiene por dote un imperio, es mi hermana, y esto basta por lo ménos para que ni por asomo se la pueda tratar con ligereza ó desprecio.”

„Señor mio, es Flora Mac-Ivor, y si fuera yo capaz de tratar á una señora como decís, esto la protegeria mas eficazmente.”

La frente del castillo estaba ya completamente nublada; pero Eduardo se habia irritado mucho con la arrogancia de su tono, para querer prevenir con la menor concesion la tormenta que amenazaba. Quedáronse los dos parados durante aquel corto dialogo, y Fergus parecia próximo á prorumpir en expresiones aun mas violentas; pero suprimió su colera con un grande esfuerzo, y dando la vuelta echó á andar silenciosamente. Como hasta entonces habian caminado siempre juntos, Waverley continuó su marcha en la misma direccion; sin

decir una palabra, resuelto á dejar que el caudillo recobrase cuando quisiera el buen humor de que tan irracionalmente habia prescindido, y firme en su determinacion de no ceder una pulgada sola de su dignidad.

Despues que anduvieron como una milla de esta manera, continuó Fergus la conversacion con tono muy diferente. „Cren que os hablé con demasiada calor, querido Eduardo, pero vos me provocais con vuestro poco mundo. Flora os alborotó con alguna de sus gazmoñerías ó exaltaciones de lealtad, y como si fuérais un niño, os enojais con el juguete que deseabais, y conmigo, vuestro fiel agente, porque ni brazo no puede alcanzar de aquí á Edimburgo. y ponerlo en la mano. Si me exalté, estoy seguro de que la mortificacion de perder el parentesco de tal amigo, despues que en las montañas y llanos se ha charlado tanto sobre vuestra union, y esto sin saber siquiera el motivo, pudiera muy bien alborotar cabezas ménos calientes que la mia. Escribiré á Edimburgo y todo se arreglará; esto es, si lo deseais; pues en verdad, no puedo suponer que prescindais tan pronto de la buena opinion que teniais de Flora, si esta era tal como repetidas veces me habeis manifestado.”

„Coronel Mac Ivor, dijo Eduardo, qué no queria volver á enredarse en un asunto que ya consideraba concluido, agradezco la oferta que me haceis de vuestros buenos officios, y aprecio el alto honor que me dispensais con ella. Pero Miss Mac-Ivor ha tomado su resolucion libre y voluntariamente, y como en Edimburgo recibió todos

mis obsequios con mas que indiferencia y frialdad, no puedo consentir sin faltar á la delicadeza, que la molesten mas sobre este asunto. Tiempo ha que os hubiera dicho esto; pero ya veiais como nos tratábamos, y debisteis preveer las resultas. A no creerlo yo así, me hubiera explicado ántes con vos; pero sentia natural repugnancia á tratar de un asunto que tanto á vos como á mí debe sernos desagradable.

„Oh! muy bien, Mr. Waverley, este es punto concluido, y yo no estoy en el caso de rogar á nadie con mi hermana.”

„Ni yo estoy en el caso de sufrir nuevos desaires suyos.”

Sin embargo, continuó el caudillo, como si no hubiera oido estas últimas palabras, haré la correspondiente averiguacion, y sabré qué piensa de esto mi hermana: entónces veremos si se ha de quedar así.”

„Respecto de esas averiguaciones, por supuesto hareis lo que os parezca. Creo imposible que se auda Miss Mac Ivor de intencion, y aun cuando lo hiciera, yo no mudaré la mia. Solamente os hago esta advertencia para evitar en lo sucesivo toda equivocacion posible.”

Sin duda Mac-Ivor en aquel momento habria terminado la cuestion con mucho gusto en un desafio. Sus ojos brotaban fuego, y recorrían á Waverley de piés á cabeza, como si buscaran el mejor sitio para inferirle una herida mortal. Mas aunque hoy no peleamos ya conforme á los modos y figuras de Carranza ó Vicente Saviola, ninguno sabia mejor que Fergus que un desafio ne-

cesita de algun pretexto decente. Por ejemplo, podemos desafiar á otro por habernos pisado un callo entre alguna concurrencia numerosa, ó por habernos empujado, ó tomádose nuestro asiento en el teatro; pero el código moderno del honor no permite fundar pependencias en el derecho de compeler á un hombre á continuar obsequiando á una muger que le ha dado calabazas. Por lo mismo tuvo Fergus que tragarse aquella supuesta injuria, hasta que el curso del tiempo, del que pensaba estar muy pendiente, le presentase alguna oportunidad para vengarse.

El asistente de Waverley le llevaba siempre un caballo ensillado á retaguardia del batallon Mac-Ivor, aunque muy rara vez lo usaba. Mas entonces irritado por la conducta imprudente y orgullosa del que habia sido su amigo, hizo alto, dejó pasar la columna, y montó en su caballo; resuelto á ir en busca del Baron de Bradwardine, y ofrecérsele como voluntario separandose de los Mac Ivors.

„Buen negocio hubiera yo hecho, dijo entre sí despues que montó, emparentando con este gran modelo de soberbia, presuncion y furia! Coronel! Toma! debiera ser generalísimo. . Un triste gefe de trescientos ó cuatrocientos hombres! Su orgullo bastaria para el Kan de Tartaria, para el Gran señor, ó el Gran Mogol en persona! En buena hora estoy libre de él; aunque Florenza fuese un ángel, me traeria por cuñado un nuevo Lucifer de ambicion y de ira.

El Baron de Bradwardine cuya erudicion (conoce las gracias de Sancho en la Sierra-Morena)

parecía enmohecerse por falta de ejercicio, aceptó gustoso la propuesta de nuestro héroe, con el objeto de ponerla en acción. Con todo, procuró el buen anciano reconciliar á los dos *quondam* amigos. Fergus le oyó con respetuosa frialdad, y Waverley no creyó deber dar los primeros pasos para la renovación de una amistad, que tan irracionalmente había quebrantado el caudilla. En seguida el Baron habló de este asunto con el Príncipe, quien deseoso de impedir quimeras en su pequeño ejército, dijo que él reclamaria personalmente á Mac-Ivor la injusticia de su conducta. Pero en la agitación de la marcha, pasaron dos ó tres dias sin que tuviera ocasion de verificarlo.

Entre tanto Waverley hizo algun uso de la instruccion que habia recibido en el regimiento de G—, y servia de ayudante al Baron. *Un tuerco es rey entre los ciegos*, dice el proverbio frances; y la caballería del Baron compuesta principalmente de hidalgos llaneros y de sus dependientes y criados, formó alto concepto de la pericia militar de Waverley, y tomó gran afecto á su persona. Tambien esto provino en parte del gusto con que vieron que el distinguido voluntario ingles se apartaba de los montañeses para servir con ellos; porque existia su emulacion secreta entre la infantería y caballería, no solo por la diferencia de sus servicios respectivos, sino porque casi todos los hidalgos de la última vivian cerca de las montañas, los mas habian tenido sus pendencias con las tribus inmediatas, y todos miraban con enfado las pretensiones ju-



acimsas de los montañeses, quienes se vanagloriaban de superarlos en valor, y de ser mas útiles que ellos al servicio del Principe.

## CAPITULO XI.

### *La confusion del campo de Agramante.*

**S**OLIA Waverley marchar algo separado del ejército, para detenerse á ver los objetos curiosos que se presentaban en el camino. Iban ya por Lancashire, cuando le llamó la atencion una quinta antigua que parecia castillo, y se apartó del escuadron por media hora para examinarla mas de cerca, y sacar un ligero bosquejo de ella. Cuando ya volvía se encontró con el Alférez Maccombich. Este hombre le habia tomado cierto afecto desde que le conoció por primera vez en Tully-veolan, y le introdujo á las montañas. Parecia ir deteniendo el paso, á fin de juntarse con nuestro héroe, y cuando llegaron á emparejar, se le acercó al estribo, pronunció la sola palabra „Cuidado!”, y al punto pasó de largo rapidamente, evitando cualquiera otra comunicacion.

Eduardo, algo sorprendido, siguió con los ojos á Evan, que presto desapareció entre los árboles. Su criado Alick Polwarth, que le acompañaba, se quedó tambien mirando al montañés, y cuando lo perdió de vista se acercó á su amo.

„El diablo me lleve, señor, si os creo seguro entre estos montañeses perdona-vidas.”

„¿Qué quieres decir, Alick?”

„Señor, á los Mac-Ivors se les ha metido en

la cabeza que habeis desairado á su señorita **Miss Flora**, y he oido decir á mas de uno, que no tendrán escrúpulo en cazaros como á gallo silvestre; y ya sabeis que á muchos de ellos no se les daría un pito de pegarle un balazo aun al mismo Príncipe, si su caudillo les guiñara el ojo, y aun sin guiñárselo, si creyesen que con ello lo complacian.

Aunque **Waverley** juzgaba incapaz de una traicion á **Fergus Mac-Ivor**, no tenia igual confianza en sus subalternos. Sabia que cuando los montañeses reputaban atacado el honor del caudillo ó de su familia, se juzgaria por mas feliz entre ellos el primero que fuese ministro de la venganza; y muchas veces les habia oido repetir el proverbio de que „la mejor venganza era la mas pronta y segura.” Combinándolo todo con la indicacion de **Evan**, juzgó prudente aplicar las espuelas á su caballo y correr á unirse con el escuadron. Pero ántes que llegase al fin de la calle de árboles en que estaba, pasó una bala elevando junto á él, y se oyó el tiro de una pistola.

„Ese espolon del diablo ha sido, ese **Callum Beg**, dijo **Alick**; allá corrió por entre los matorrales.”

**Eduardo**, irritado justamente con este acto de traicion, salió á galope de la calle de árboles, y observó que el batallon de **Mac-Ivor** iba marchando á alguna distancia por el llano en que terminaba. Al mismo tiempo vió que un individuo iba corriendo muy aprisa para unirse; é infirió fuese el asesino, que saltando una cerca pudo llegar á la columna mucho ántes que él á caballo. Incapaz de contener su justa indigna-

cion, mandó que Alick fuese en busca del Barón de Bradwardine, que iba á la cabeza de su regimiento, como media milla mas adelante, y le contara lo que habia sucedido. En seguida se dirigió al regimiento de Fergus, al que tambien iba llegando este á caballo, pues venia de saludar al Príncipe. Al ver que llegaba Eduardo, enderezó su caballo hácia él.

„Coronel Mac-Ivor, dijo Waverley, sin otra salutacion, vengo á deciros que uno de vuestros súbditos acaba de hacerme fuego desde un escondrijo.”

„Exceptuando la circunstancia del escondrijo, ese es un gusto que voy á tener ahora mismo yo, por lo que me alegraria saber cual de mis subalternos ha tenido el atrevimiento de anticipárseme.”

„Estaré ciertamente á vuestra disposicion siempre que gustéis: el caballero que tomó la mano por vos fué vuestro page, Callum Beg. Allí está.”

„Sal de las filas, Callum! ¿Hiciste fuego á Mr. Waverley?

„No, respondió Callum sin alterarse.

„Tú fuiste, dijo Alick Polwarth que estaba ya de vuelta, habiendo encontrado un dragon, con quien despachó el recado al Barón de Bradwardine, y él volvió á escape en busca de su señor. „Tú fuiste, y te ví tan claramente, como he visto en toda mi vida la iglesia vieja de Coudingham.”

„Mientes, replicó Callum, con su impenetrable obstinacion ordinaria. Los escuderos se hubieran agarrado ántes que los caballeros, como

en los tiempos de la caballería, pues Alick era un moceton valiente, que temia mucho mas las flechas de Cupido, que el claymore ó daga de un montañés. Pero Fergus, con su decision acortumbrada, pidió á Callum su pistola. El gatillo estaba caido, la cazoleta y boca estaban ennegrecidas con el humo: era evidente que acababa de dispararse.

„Toma, dijo Fergus dándole con toda su fuerza en la cabeza con la pistola, toma por obrar sin órdenes mias, y mentir despues para ocultarlo.” Callum recibió el golpe sin moverse para evitarlo, y cayó sin sentido.

„Estaos quietos, so pena de la vida, gritó Fergus al resto del clan: volaré la tapa de los sesos al primero que ose intervenir entre Mr. Waverley y yo ” Quedáronse todos inmóviles, y solo Evan Dhu dió muestras de inquietud y enfado. Callum yacia en el suelo desangrándose, pero ninguno se atrevió á socorrerlo. Parecia tener ya recibido su golpe mortal.

„Ahora seguis vos, Mr. Waverley; tened la complacencia de apartaros conmigo á veinte varas de aquí.” Hizolo Waverley, y parándose Fergus suando estuvieron algo separados de la línea de marcha, le dijo con afectada frialdad: „No pudo ménos de admirarme, caballero, la inconstancia de gusto que os servisteis manifestarme el otro dia. Pero dijisteis muy bien que no os contentaria un ángel, si no traia por dote un imperio. Ahora ya tengo un comentario excelente para explicar ese texto obscuro.

„No entiendo lo que decís, Coronel Mac-Ivor,

y solo me parece claro que buscais pñdencia conmigo.”

„No os serviré la ignorancia que afectais, señor mio. El Príncipe, sí, el Príncipe me ha: revelado vuestras intrigas. No imaginaba yo que vuestros compromisos con Miss Bradwardine eran la causa de que prescindieseis de la union que solicitabais con mi hermano. Supongo que el haber alterado el Baron el destino de su hacienda, ha sido suficiente razon para hacer que desaireis á la hermana de vuestro amigo, y le expleis á este la dama.”

„El Príncipe os ha dicho que yo estoy comprometido con Miss Bradwardine?—Eso es imposible.”

„No es sino evidente; conque sacad el sable, y defendeos, ó renunciad vuestras pretensiones á Rosa.”

„Esta es locura declarada, exclamó: Waverley, ó alguna extrañísima equivocacion.”

„Oh! no perdamos tiempo! desenvainad el sable! dijo el caudillo furioso, teniendo ya en la mano el suyo.”

„¿Y he de pelear por complacer á un frenético?”

„Pues si no quereis, abandonad ahora y para siempre toda pretension á la mano de Miss Bradwardine.”

„¿Qué derecho tenéis vos, prorrumpió Waverley sin poderse ya reportar, qué derecho tenéis vos ni hombre alguno de la tierra para imponerme semejantes condiciones?” Y desenvainó tambien su sable.

En este momento crítico llegó á escape el Ba-  
Tom. III. 6

ron de Bradwardine, y tras él varios de sus dragones, que lo habían seguido, unos por curiosidad y otros para tomar parte en la riña que entendieron confusamente había estallado entre los Mac-Ivors y su cuerpo. El clan viéndolos acercar, se puso en movimiento para proteger á su caudillo, y empezó una escena de confusion, que parecia deber terminar en derramamiento de sangre. Cien lenguas estaban en movimiento á la vez. El Baron predicaba, rugia Fergus, los montañeses gritaban en gaélico, y los dragones maldecian y juraban en escoces. Al fin llegaron las cosas á tal extremo, que el Baron amenazó cargar á los Mac-Ivors, si no volvian á su formacion, y muchos de ellos en represalia le encararon sus fusiles á él, y á los otros de á caballo. El anciano Ballenkeiroch, creyendo haber llegado el dia de su venganza, atizaba el tumulto, cuando se oyó el grito de „Abrañ campo! Apártense! *Place á Monseigneur! Place á Monseigneur!*”

Esto anunciaba la llegada del Príncipe, que apareció con una compañía de los dragones extranjeros de Fitz James, que formaba su escolta. Con su venida se restableció un poco el orden. Los montañeses volvieron á sus filas, la caballería se replegó y formó en batalla, y el Baron y el caudillo se quedaron en silencio.

Llamólos el Príncipe ante sí á los dos y á Waverley; y cuando este le contó la villanía de Callum Beg, mandó que lo entregasen al prehoste militar, para que fuese ejecutado inmediatamente si habia sobrevivido á la correccion que le impuso el caudillo. Pero Fergus, con un tono en que

se mezclaban la reclamacion de un derecho y la súplica de un favor, pidió lo dejasen á su disposicion, prometiendo que lo castigaria ejemplarmente. Como la denegacion de tal solicitud podia parecer ofensiva á la autoridad patriarcal de los caudillos montañeses, que tanto estimaban y no era prudencia disgustarlos, quedó Callum sujeto á la justicia de su propia tribu.

En seguida preguntó el Príncipe el otro motivo de pendencia entre el Coronel Mac-Ivor y Waverley. Ambos callaron, pues en la presencia del Baron de Bradwardine veian un obstáculo insuperable á una explicacion en que necesariamente habia de figurar el nombre de su hija. Apartaron, pues, los ojos, fijándolos en el suelo, con semblantes en que se combinaban el embarazo y el enojo. El Príncipe que se habia educado entre los espíritus inquietos y descontentos de la corte de S. German, donde el soberano destronado tenia que ocuparse diariamente en apaciguar disputas y quimeras de todas clases, tenia ya concluido su aprendizaje de rey, como hubiera dicho el viejo Federico de Prusia. Era indispensable promover ó restablecer la concordia entre sus partidarios, y tomó sus medidas al efecto.

„Monsieur de Beaujeau!”

„Monseigneur!” dijo un gallardo oficial frances de caballería que estaba con la escolta.

„Ayez la bonté d'alligner ces montagnards la, ainsi que la cavalerie, s'il vous plait, et de les remettre á la marche. Vous parler si bien l'Anglais, cela ne vous donneroit pas beaucoup de peine?”

„Ah! pas de tout, Monstigneur, respondió el Sr. Conde de Beaujeau, inclinando su cabeza hasta el cuello del precioso caballito que montaba. En consecuencia corrió lleno de satisfacción y confianza á ponerse á la cabeza del regimiento de Fergus, aunque no entendia una palabra del gaélico, y sí poquisimas del inglés.

„Messieurs les sauvages ecossais, — quiere decir — caballeros salvajes, tené la bontá d'arranger vous!”

El clan comprendió la orden mas bien por el gesto que por las palabras del ayudante, y viéndose ante el Príncipe, se apresuraron á formarse.

„Ah! mucho bien! Partamentel dijo el conde de Beaujeau. . . „Caballeres salvages, — mais, tres bien! — Eh bien! ¿Qu'est ce que vous appelez visage, Monsieur? (á un dragon que estaba junto á él). Ah! ouil *frentel*! — Je vous remercie, Monsieur. — Gentils hommes! tené la bontá de bace el frente por fila. — March! — Mais, tres bien! — Encore, Messieurs, il faut vous mettre á la marche. . . . Marchez donc, au nom de Dieu, parce que j'ai oublié le mot anglais. Mais vous etes des braves gens, et me comprenez tres bien.”

Inmediatamente pasó el conde á poner en movimiento la caballería. „Caballeres cabalerías! Forma en columna! — Ah par ma foi! Yo soucho temer al chico gordite caballere estar lastiárido. — Ah, mon Dieu! C'est le Commissaire qui nous a apporté les premieres nouvelles de ce maudit fracas. — Je suis trop fáché, Monsieur!”

Tratábase del Bailio Macwhibble, que con una espada entre las piernas, y una cucarda blanca igual



en dimensiones á una tortilla, andaba figurando en clase de comisario, cuando lo atropellaron los dragones al mudar tumultuariamente su formacion. Levantóse el pobre derrengado y despa- vorido, y se refugió en la retaguardia, entre las grandes carcajadas que no se tomaron la mo- lestia de reprimir los espectadores.

„Eh bien, Messieurs, por la derrecha!—Ah! mu- cho bien!— Eh, Monsieur de Bradwardine, ayez la bonté de vous mettre á la tete de votre re- giment, car, par Dieu, je n'en puis plus!

El Baron de Bradwardine tuvo que ocurrir al auxilio de Monsieur de Beajeau, que habia ya gastado sus pocas frases militares inglesas. A-í logró el Príncipe uno de sus objetos. El otro que se propuso fué llamar la atencion de las tropas á órdenes dadas por un medio tan indis- tinto en su presencia, para distraerlas de los impulsos de cólera que manifestaban.

Apénas quedó solo Cárlos Eduardo con el cau- dillo y Waverley, por haberse apartado el res- to de su comitiva, les dijo: „Si tuviera yo mé- nos que agradecer á vuestra generosa amistad, deberia indignarme seriamente con los dos por es- ta quimera insensata que formais en momentos en que el servicio de mi padre exige la mas per- fecta unanimidad en sus fieles súbditos. Mas lo peor de mi situacion es, que mis mejores ami- gos se creen libres para arruinarse á sí propios y á la causa que defienden, por el capricho mas infundado.”

Ambos jóvenes le protestaron estar resueltos á someter toda cuestion á su arbitramento. „Cier-

tamente, dijo Eduardo, ignoro lo que se me imputa. Busqué al coronel Mac-Ivor tan solo para decirle que acababa de escaparme por casualidad de ser asesinado por uno de sus dependientes mas inmediatos, venganza vil y bastarda, que me consta es incapaz de autorizar. En cuanto á la causa por que parece resuelto á buscar-pendencia conmigo, la ignoro, á ménos que sea por acusarme injustísimamente de haber obtenido el afecto de una señorita, en perjuicio de sus pretensiones."

"Si en esto me equivoco, dijo el caudillo, es por una conversacion que tuve esta mañana con S. A. R."

"Conmigo? dijo el Príncipe; ¿cómo pudo entenderme tan mal el coronel Mac-Ivor?"

Apartóse con Fergus, y despues de una conversacion muy viva, que duró unos cinco minutos, volvió su caballo hácia Eduardo. „¿Es posible?— Venid Coronel, pues no gusto de reservas.— „¿Es posible, Mr. Waverley, que me haya engañado yo, al suponeros amante favorecido de Miss Bradwardine? Estaba tan convencido de ello por varias circunstancias, aunque no por comunicacion vuestra, tan absolutamente convencido, que esta mañana lo dije á Vich Ian Vohr, como una razon para que renunciaseis una alianza, que respecto de una persona libre, tiene demasiados atractivos para que se abandone ligeramente, aun á pesar de las primeras repulsas."

"V. A. R., dijo Waverley, debe haberse fundado en circunstancias que absolutamente ignoro, cuando me hizo el distinguido honor de su-

ponerme amante favorecido de Miss Bradwardine. Conozco el favor que se me dispensa en tal suposicion; pero ciertamente no lo merezco. Por lo demas, confio muy poco en mi mérito para conservar otras esperanzas, cuando mis obsequios han sido rechazados positivamente."

El Príncipe se quedó pensativo un instante, miró fijamente á los dos, y luego dijo: „A fe de Príncipe, Mr. Waverley, que sois ménos feliz de lo que yo os reputaba, con bastante fundamento.— Ahora bien, caballeros, permitidme que medie en este asunto, no como Príncipe Regente, sino como Carlos Estuardo, vuestro compañero de aventuras en la misma causa gloriosa. Olvidad mis pretensiones, y pensad en vuestro propio honor, y en si es conveniente ó decoroso dar á nuestros enemigos la satisfaccion, y á nuestros amigos el escándalo, de mostrar que aun siendo tan pocos no estamos unidos. Y perdonadme si añado, que los nombres de las damas que se han mencionado en esta cuestion, deben merecernos demasiado respeto, para que las hagamos asuntos de discordia."

Apartóse otra vez con Fergus, y le habló muy empeñosamente dos ó tres minutos, y volviéndose luego á Waverley, dijo: „Creo haber satisfecho al Coronel Mac-Ivor de que su resentimiento provino de una equivocacion en que solo yo soy culpable; y confio que Mr. Waverley es demasiado generoso para abrigar recuerdo alguno de lo pasado, cuando yo le aseguro esto. Vos, Vich Ian Vohr, explicad á vuestro clan lo que hubo, para prevenir algun otro

acto de violencia por parte suya." Inclínose Ferguson. "Y ahora, caballeros, tenga yo la satisfacción de veros dar las manos."

Adelantáronse los dos friamente y con pasos medidos, pues ninguno queria parecer el primero en hacer concesiones al otro. Sin embargo, se dieron las manos, y marcharon á sus puestos respectivos, despidiéndose respetuosamente del caballero.

Entónces Carlos Eduardo se puso á la cabeza de los Mac-Ivors, se apeó de su caballo, pidió al viejo Ballenkeiroch un trago de su cantina, y caminó con ellos cerca de media milla, informándose de la historia y conexiones de Sliochd nan Ivor, usando con destreza las pocas palabras del gaélico que sabia, y afectando un gran deseo de aprender bien este idioma. En seguida volvió á montar, alcanzó la caballería del Barón que iba en la vanguardia, la mandó hacer alto, y examinó su equipo y estado de disciplina; habló á los oficiales y aun á los cadetes, les preguntó por sus señoras, y les alabó sus caballos; anduvo con el Barón de Bradwardine cerca de una hora, y le aguantó tres cuentos bien largos del Mariscal Duque de Berwick.

"Ah, Beaujeau, mon cher ami, dijo cuando volvió á su puesto acostumbrado en la línea de marcha, que mon métier de Prince errant est ennuyant; par fois! Mais, courage! c'est le grand jeu, après tout."

## CAPITULO XII.

*Una escaramuza.*

**P**ARECERA tal vez inútil recordar á mis lectores ingleses, que despues de una junta de guerra celebrada en Derby el 5 de diciembre, abandonaron los montañeses su desesperada tentativa de penetrar mas adelante en Inglaterra, y resolvieron positivamente contramarchar hácia el Norte, con grave disgusto de su jóven y atrevido gefe. En consecuencia comenzaron su retirada, y con la extraordinaria celeridad de sus movimientos burlaron las maniobras del Duque de Cumberland, quien ya los iba persiguiendo con un cuerpo formidable de caballería.

Esta retirada fué una renuncia virtual de sus esperanzas orgullosas. Ningunas habian sido mas altas que las de Fergus Mac-Ivor, y por consiguiente á ninguno mortificó mas cruelmente aquella mudanza. En la junta de guerra la contradijo con el empeño mas vehemente, y cuando al fin se desaprobó su parecer, prorrumpió en lágrimas de indignacion y sentimiento. Desde aquel punto se alteró tanto su carácter, que no habria sido fácil reconocerle por el mismo espíritu audaz y fogoso, para quien solo una semana ántes parecia demasiado estrecha la tierra. Llevaban ya algunos dias de ir en retirada, cuando el 12 de diciembre muy de mañana, se sorprendió Eduardo al recibir una visita del cuatillo en su alojamiento, que era un caserío situado entre Shap y Penrith.

Como Waverley no habia vuelto á ver á Fergus en particular desde su rompimiento, aguardaba con alguna inquietud la explicacion de aquella visita inesperada; y no pudo ménos de sorprenderle y aun chocarle la mudanza que se notaba en el aspecto de Fergus. Sus ojos habian perdido mucho de su fuego; sus mejillas estaban pálidas y hundidas, su voz lánguida, aun sus pasos parecia n ménos elásticos y firmes que de ordinario; y su traje, de cuya elegancia solia cuidar particularmente, parecia mal puesto y desaliñado. Invitó á Eduardo á dar un paseo con él por la márgen del pequeño rio inmediato, y se sonrió melancolicamente al notar que tomaba su sable y se lo ceñia.

Cuando entraron en una vereda solitaria que seguia la márgen del riachuelo, dijo el caudillo: —Waverley, nuestra bella aventura está completamente arruinada, y deseo saber el rumbo que pensais tomar ahora.—No os sorprendais. Ayer tuve carta de mi hermana, y si ántes la hubiera recibido, no habria tenido con vos una quimera, cuya memoria me avergüenza y aflige. La escribí nuestra disputa y su causa, y me contesta que jamas pensó en admitir vuestros obsequios; de modo que segun parece, obré yo como un insensato.—Pobre Flora, me escribe llena de satisfaccion; ¡qué mudanza producirán en su ánimo las noticias de esta retirada infausta!

Waverley, que realmente se afectó mucho por el tono de melancolia profunda con que hablaba Fergus, le rogó amistosamente que olvidase las diferencias ocurridas entre ellos; y volvieron

á darse las manos, aunque esta vez con la cordialidad mas sincera. Fergus volvió á preguntar á Waverley qué partido pensaba tomar. „No os estaria mejor abandonar este desdichado ejército, iros por delante á Escocia, y embarcaros para el continente en alguno de los puertos orientales que todavía conservamos? Cuando esteis ya fuera del reino, será fácil á vuestros amigos negociaros un indulto, y para deciros la verdad, deseo que os lleveis á Rosa Bradwardine como esposa vuestra, y que los dos tomeis á Flora bajo vuestra proteccion.” Eduardo se mostró sorprendido. „Ella os ama, y yo creo que la amais, aunque acaso ni vos mismo lo sabeis, pues teneis fama de no saber muy bien el estado de vuestro ánimo.” Esto último lo dijo con una especie de sonrisa.

„¿Cómo, dijo Eduardo, podeis aconsejarme que abandone una expedicion en que todos nos hemos embarcado?”

„¿Embarcado? El buque se está deshaciendo, y es tiempo ya de que le abandonen cuantos puedan meterse en la lancha.”

„Y qué harán los demas, qué harán los caudillos montañeses, y por qué han convenido en esta retirada si es tan ruinosa?”

„Oh! ellos creen que, como otras veces, las decapitadas, ahorcadas y confiscadas tocarán principalmente á los hidalgos llaneros, y que á ellos se les dejará quietos en su pobreza y guaridas, para que allí segun su proverbio, „escuchen el viento sobre el collado, hasta que bajen las aguas;” pero llevarán terrible chasco. Han dado que hacer con

demasiada frecuencia, para que con tanta repeticion se les disimule, y esta vez ha llevado Juan Bull un susto muy fuerte para que en mucho tiempo recobre su buen humor. Los ministros hanoverianos han merecido siempre ser colgados por bribones; mas ahora, si se hacen del poder, como deben hacerse tarde ó temprano, pues ni hay movimiento en Inglaterra, ni Francia nos auxilia, merecerán la horca por zoquetes, si dejan en las montañas un solo clan en estado de volver á inquietar al gobierno. Oh! yo les aseguro que arrancarán y podarán alegremente."

„Y cuando me recomendais la fuga (consejo que moriré ántes que abrazarlo) ¿qué partido pensais tomar vos?"

„Oh! mi suerte se halla decidida. Antes de mañana estaré muerto ó cautivo."

„¿Qué me quereis decir? El enemigo aun dista una marcha de nuestra retaguardia, y aun cuando nos alcance, todavía tenemos bastante fuerza para contenerlo. Acordaos de Gladsmuir."

„Sin embargo, lo que os digo es cierto, en lo que me toca individualmente."

„Y en qué autoridad fundais una prediccion tan melancólica?"

„En una que jamas engañó á los de mi casa. He visto, añadió bajando la voz, he visto al Bodach Glas."

„¿Bodach Glas?"

„Sí: habeis estado tanto tiempo en Glennaquoich, y nunca oísteis hablar del Espectro Pardo? aunque es verdad que todos tenemos cierta repugnancia en mencionarlo."



„No; jamás supe tal cosa.”

„Ah! era cuento digno de que os lo refiriese la pobre Flora. Si aquel cerro fuera Benmore, y ese lago azul que veis ir onduando hacía esas montañas, fuera Loch Tay, ó mi Loch an Ri, el paisaje presente convendría mejor con la narracion. Sin embargo, sentémonos en esta colina; aun Saddleback y Ulawater correspondrán á lo que voy á deciros mejor que las empalizadas, cercas y granjas inglesas. Debeis, pues, saber que cuando mi antecesor Ian nan Chais-tel desoló á Northumberland, se le asoció en aquella expedicion una especie de caudillo Suriano, ó capitán de una partida de llaneros, nombrado Halbert Hall. A su vuelta se pelearon sobre la particion del gran botin que habian adquirido, y pasaron de injurias á golpes. Los llaneros fueron todos pasados á cuchillo, y su gefe pareció el último, cubierto de heridas por la espada de mi antecesor. Desde entónces, su espectro se aparece a cada Vich Ian Vohr, cuando le amenaza algun grave infortunio, y especialmente cuando se acerca su muerte. Mi padre lo vió dos ocasiones; una ántes que lo hicieran prisionero en Sheriff Muir, y otra en la mañana del dia en que murió.”

„¿Es posible, querido Fergus, que me conteis con seriedad tales sandeces?”

„No os exijo que las creais; pero os digo la verdad; probada por una experiencia de trescientos años al ménos, y anoche por mis propios ojos.”

„Explicaos, en nombre del cielo!”

„Lo haré, si me prometeis no chancearos en

tal asunto.—Desde que empezó esta retirada infausta, apénas me ha sido posible dormir, pensando en mi clan y en este pobre Príncipe, á quien se llevan consigo á querer ó no, como perro atraillado, y en la ruina de mi familia. Me sentí anoche tan acalenturado, que me salí de mi alojamiento, esperando que el aire frio me entonara los nervios. No os diré cuanto me enfada el caminar, porque no habeis de creérmelo. Sin embargo, atravesé un puentecillo, y me estuve paseando de un lado á otro, cuando observé con sorpresa á la clara luz de la luna, una figura gigantesca, envuelta en un capote pardo, como el que usan los pastores en el sur de Escocia, que ya contuviera yo el paso, ya lo alargara, iba siempre delante de mí como á cuatro varas de distancia.”

„Probablemente era algun labrador de Cumberland, vestido en su traje ordinario.”

„No: así lo pensé yo al principio, y me asombró la audacia con que se habia propuesto acompañarme. Le hablé, y no respondió. Palpitóme el corazón ansiosamente, y para asegurarme de lo que temia, hice alto, y parado en el mismo lugar, me volví sucesivamente á los cuatro vientos.—Por Dios, Eduardo, adonde quiera que me volvía, tenia la figura ante mis ojos, y precisamente á la misma distancia! Entónces me convencí de que era el Bodach Glas. Erizáronseme los cabellos, y me temblaron las rodillas. Sin embargo, hice un esfuerzo para sobreponerme al terror, y determiné volver á mi alojamiento. La fantasma se deslizó delante de mí (pues no po-

dré decirnos que andaba), hasta que llegó al puentecillo: allí se detuvo, y me esperó de frente. Estaba yo en el caso de vadear el río, ó de parar tan inmediato al espectro, como lo estoy ahora de vos. Un valor desesperado, fundado en la creencia de que mi muerte estaba próxima, me hizo resolver á abrirme paso á despecho suyo. Hice la señal de la cruz, saqué mi espada, y le dije: ¡ En nombre de Dios, espíritu maligno, aparta!— „Vich Ian Vohr, dijo con un acento que me cuajó la sangre, ¡guárdate de mañana!” En aquel momento parecia no distar media vara de la punta de mi espada; mas apenas dijo aquellas palabras, desapareció, y el paso me quedó libre. Volví á mi alojamiento, y me arrojé en la cama, donde pasé algunas horas bien desagradables; y esta mañana viendo que no habia novedad, monté á caballo y vine á daros satisfaccion. No quisiera morir ántes de haberme reconciliado con un amigo á quien hice injusta ofensa.”

Waverley no dudó que este fantasma fuese hijo del abatimiento físico y moral de Fergus, unido á la creencia en tales supersticiones, que era comua á todos los montañeses. No por esto dejó de comparecer á Mac-Ivor, respecto del cual sintió renacer en aquellas circunstancias todo su afecto antiguo. Con el objeto de disiparle aquellas funebres ideas, le ofreció quedarse allí con él, (no dudando que el Barón se lo permitiera), hasta que llegase el cuerpo de Fergus, y seguir la marcha con él, como ántes acostumbraba. Agradeciósele el caudillo, pero vaciló en aceptar la oferta.

„Ya sabéis que llevamos la retaguardia: en una retirada es el puesto de mas peligro.”

„Y por lo mismo el de mas honor.”

„Pues bien, que Alick os tenga listo el caballo por si nos arrollaren, y me será muy grato volver á disfrutar vuestra compañía.”

La retaguardia tardó en llegar, porque la dilataron varios accidentes y el mal estado de los caminos. Presentóse al fin, y cuando Waverley se juntó á los Mac-Ivors, yendo de brazo con Fergus, pareció disiparse al momento el rencor que le habian tenido. Recibiólo Evan Dhu con un gesto de congratulacion; y aun Callum, que andaba por allí tan activo como siempre, aunque muy pálido y con un gran parche en la cabeza, se mostró alegrísimo al verle.

„El cráneo de ese pájaro de horca, dijo Fergus, debe ser mas duro que mármol: pues le rompi encima el gatillo de la pistola.”

„¿Cómo pudisteis dar tan duro á un muchacho tan tierno?”

„¡Toma! si á veces no les pegara así, pronto se propasarían los bribones.”

Pusiéronse en marcha, tomando todas las precauciones oportunas para impedir éna sorpresa. La gente de Fergus, y un hermosa regimiento montanes, anadado por Cluny Macpherson, llevaban la retaguardia. Habian pasado un vasto llano abierto, y estaban ya entrando en las cercas que rodean al pequeño pueblo de Clifton. Habíase puesto el sol, y Eduardo empezó á burlarse de Fergus por las predicciones falsas del Espectro Pardo. Aun no han pasado los idus de

marzo," dijo el caudillo sonriéndose; cuando volviendo sus ojos al llano, vió distintamente agitarse en su parda superficie un cuerpo considerable de caballería. En un instante se cubrieron las cercas inmediatas al llano, y el camino que debía tomar el enemigo para atacar el pueblo. Entretanto, cerró la noche obscura y triste, aunque era luna llena. Con todo, en algunos intervalos destellaba una dudosa luz sobre aquella escena.

Los montañeses no permanecieron tranquilos mucho tiempo en la posición defensiva que habían tomado. Un gran cuerpo de dragones desmontados, favorecido por la obscuridad, intentó forzar las cercas, mientras otro de igual fuerza trató de penetrar por el camino. Ambos recibieron un fuego tan vivo, que desconcertó sus filas, obligándolos á detenerse. No satisfecho con esta ventaja Fergus, cuyo espíritu ardiente cobraba toda su elasticidad en presencia del peligro, desenvainó su espada, y gritando ¡Claymore!, animó á los suyos con la voz y el ejemplo á precipitarse sobre el enemigo. Mezcláronse con los dragones desmontados, y al arma blanca los hicieron huir hasta el llano, donde muchos fueron acuchillados. Pero la luna que repentinamente salió de las nubes, descubrió á los ingleses el corto número de sus perseguidores, y el desorden que en ellos había producido su efímera ventaja. Avanzaron dos escuadrones de caballería en auxilio de sus compañeros, y los montañeses trataron de replegarse á las cercas. Pero ántes que pudiesen lograrlo, fueron cortados y rodea-

dos varios de ellos, y entre otros su valiente caudillo. Waverley se habia separado entre la obscuridad y el tumulto de los montañeses que se retiraban, y buscando ansiosamente á Fergus, lo vió con Evan Dhu y Callum, defendiéndose desesperadamente contra una docena de dragones que los acuchillaban con sus sables. En aquel momento se volvió á nublar completamente la luna, y Eduardo entre la obscuridad ni pudo auxiliar á sus amigos, ni supo qué direccion tomar para reunirse á la retaguardia. Despues de escapar con mucha dificultad dos ó tres veces de que lo mataran ó prendieran las partidas de caballería con que se encontraba en aquellas tinieblas, llegó por fin á una cerca, y salvándola, se reputó ya seguro, y en camino hácia las fuerzas montañesas, cuyas gaitas se oian á alguna distancia. En cuanto á Fergus, no le quedó mas esperanza que la de que hubiese caido prisionero. Cavilando Eduardo en su destino con ansiedad y pesadumbre, le vino á la memoria la supersticion del Bodach Glas, y dijo entre sí con sorpresa: „¡Qué! ¿diria verdad el demonio?“

### CAPITULO XIII.

#### *Capítulo de casualidades.*

**E**DUARDO se hallaba en la situacion mas desagradable y peligrosa. Pronto dejó de oir el sonido de las gaitas, y lo que todavia fué peor, cuando despues de dar vueltas largas é inútiles, y de saltar muchas cercas, se aproximó por

En el camino real, el sordo ingrato de los umbales y trompetas le anunció que la caballería inglesa lo ocupaba ya, y por consiguiente estaba entre él y los montañeses. Imposibilitado pues de avanzar en una dirección recta, resolvió evitar el encuentro de las fuerzas inglesas, y procurar unirse á los suyos, haciendo un rodeo á la izquierda, cuyo plan parecia facilitarle una vereda que se desviaba del camino real por aquella direccion. La vereda estaba pantanosa, y la noche oscura y fría; pero estos inconvenientes eran de poca monta, comparados con las consecuencias que podian seguirse á nuestro héroe, si caia en manos de las tropas del rey, cuyo temor lo agitaba justamente.

Despues que anduvo como tres millas, se halló cerca de una pequeña aldea. Sabiendo que el pueblo bajo era generalmente desafecto á la causa de los Estuardos, y á la vez desenso de procurarse un caballo y un guia para Penrith, donde esperaba alcanzar la retaguardia del ejército montañés, se acercó á la taberna del lugar. Oyó en ella mucho alboroto, y se paró á escuchar. Dos ó tres juramentos ingleses y una canción militar que oyó, le convencieron de que tambien lá aldea estaba ocupada por la tropa del Duque de Cumberland. Procurando alejarse de allí con el mayor silencio que pudierá, y bendiciéndola la obscuridad que ántes habia inalderado, fué Waverley escurriéndose lo mejor que pudo junto á una empalizada, que parecia cercar el jardín de alguna casita. Cuando á tientas llegó á la puerta de aquel rústico cercado, le agarró la mano una

muger, diciéndole al mismo tiempo: ¿Eres tú Eduardo?

Esta es alguna equivocacion maldita, dijo Eduardo entre sí, procurando con suavidad zafarse

Mira, déjate de burlas, ó te cogerán las casacas coloradas: allí han estado agarrando y moliendo á cuantos han pasado esta noche por la puerta de la taberna, para hacerlos arrear sus carros y cargas. Ven compadre, ó te sucederá un trabajo.

Buen aviso, pensó Waverley, siguiendo á la muchacha por el jardincito, hasta una cocina enladrillada, donde ella se puso á encender una pajueta en el espirante fogon, y con la pajueta encendió una luz. Mas apenas miró á Eduardo, dejó caer la vela, con un grito agudo de ¡Padre! ¡padre!

No tardó en aparecer el padre invocado, que era un labrador anciano y robusto, vestido con calzones de cuero y botas que se habia puesto sin medias, pues acababa de saltar de la cama. En la mano izquierda traia una luz, y con la derecha blandia un hurgon.

¿Qué es eso muchacha?

¡Ay! gritó la pobrecilla, casi privándose, yo creí que era Ned Williams, y es uno de los capotudos.

¿Y qué tenias que hacer con Ned Williams á esta hora de la noche? A esta pregunta, que era una de las muchas mas fáciles de hacer que de responder, enmudeció la rosada niña; pero continuó sollozando y apretándose las manos.

„Y tú, mancebo, ¿no sabes que los dragones



ocupan el pueblo? ¿No lo sabes, hombre? ¿Y no ves que te rajarán como un nabo, hombre?"

„Sé que mi vida está en gran peligro, dijo Waverley; pero si podeis favorecerme, os pagaré con generosidad. No soy escoces, sino un caballero ingles desgraciado.”

„Seas ó no escoces, dijo el honrado labrador, quisiera que no hubieras aportado por acá. Mas ya que estás aquí, Jacob Jopson no entregará la sangre de ningun hombre; y ademas, los capotudos anduvieron prudentes, y no hicieron tanto daño cuando estuvieron aquí ayer.” En consecuencia trató seriamente de hospedar á nuestro héroe por aquella noche. Volvió á encenderse la lumbre con las precauciones convenientes para que no la viesen por fuera. Cecilia coció muy luego una tajada de tocino, á la que añadió su padre un gran vaso de su mejor cerveza. Dispúsose que Eduardo permaneciese allí hasta que las tropas se marchasen por la mañana, y que luego alquilaria ó compraria un caballo al labrador, y tomando las mejores instrucciones y señas, procuraria irse á juntar con los suyos. Un lecho ordinario, pero limpio, lo recibió despues de las fatigas de aquel aciago dia.

Por la mañana supieron que los montañeses habian evacuado á Penrith, retirándose á Carlisle; que el Duque de Cumberland estaba en Penrith, y por todas partes cubria los caminos con destacamentos de su ejército. Intentar atravesarlos en tales circunstancias, habria sido un acto de temeridad frenética. Ned Williams (el verdadero Eduardo) fué llamado entonces á consc-

jo por Cecilia y su padre. Ned no debiendo gustar de que su gallardo tocayo estuviese tanto tiempo en la misma casa con su querida, por temor de nuevas equivocaciones, propuso que Eduardo, trocando su uniforme y capote de Barragan por un traje del país, se fuese con él á la granja de su padre, inmediata á Ulswa'er, y permaneciese en aquel pacífico asilo, hasta que los movimientos militares cesasen, y pudiera seguir su viaje sin riesgo. Convinose tambien el precio que debia pagar el forastero al anciano Williams por su comida y alojamiento, mientras permaneciera en su casa. Era moderado, pues aquella gente honrada y sencilla no creyó conveniente subírselo por la triste situacion en que se hallaba.

Búscóse, pues, la ropa necesaria, y resolvieron marchar por veredas que sabia el jóven labrador, esperando que así evitarian todo encuentro desagradable. El anciano Jopson y su linda hija rehusaron perentoriamente recibir recompensa alguna por su hospitalidad; un beso pagó á la una, y un apretón afectuoso de mano al otro. Ambos parecian interesadísimos en la seguridad de su huésped, y se despidieron de él con los deseos más cariñosos de que no tuviera contratiempo alguno.

En su camino atravesaron Eduardo y su guía los campos que la noche anterior habian sido teatro del combate. Los rayos pálidos y tristes del sol de diciembre iluminaban la vasta llanura en que se veian cadáveres de hombres y caballos, y porción de los compañeros usuales de la guerra, buitres, cuervos y zopilotes.

„Conque este fué tu postrer campo!” dijo Waverley entre sí llenandosele de lagrimas los ojos, al recordar las muchas cualidades brillantes de Fergus, y la intimidad que habian tenido, olvidando todas sus pasiones y defectos.— „Aquí pereció el último Vich Ian Vohr en un biezal sin nombre, y en una escaramuza insignificante se extinguió aquel fogoso espíritu que juzgaba poca empresa la de abrir camino á su señor hasta el trono británico! La ambicion, la política, el valor, todas en grado eminente, aprendieron aquí la suerte común de los mortales. Único apoyo también de una hermana, cuyo espíritu no ménos inflexible y activo era aun mas exaltado que el tuyo; aquí acabaron todas tus esperanzas para Flora, y la preciosa y larga descendencia que te jactabas de levantar aun á mayor altura, con los esfuerzos de tu arrojado valor.”

Lleno Waverley de tales ideas, resolvió entrar en el llano, y ver si entre los cadáveres podia encontrar el de su amigo, con el piadoso objeto de procurarle los últimos honores de la sepultura. El tímido jóven que lo acompañaba, le hizo presente los peligros á que se exponia, pero Eduardo estaba resuelto. Los agregados á la tropa habian despojado ya los muertos de cuanto pudieron quitarles; pero los campeños, no acostumbrados á tales escenas de muerte, aun no se habian llegado al campo de la accion, aunque algunos lo miraban con terror desde lejos. Como sesenta ó setenta dragones yacian muertos dentro de la primera, cerca, en el camino, real y en la parte inmediata del lla-

no. De los montañeses solo habían perecido unos doce, que casi todos eran de los que habiéndose alejado mucho de las cercas, no pudieron volverse luego á ellas. Mas no fué posible á Eduardo hallar el cadáver de Fergus entre los muertos. En una pequeña elevacion yacian separados de los otros los cuerpos de tres dragones ingleses, dos caballos y el page Callum Beg, cuyo durísimo cráneo habia rajado por fin el sable de un dragon. Era posible que su clan se hubiese llevado el cadáver de Fergus, y tambien que hubiera escapado, pues no parecia entre los muertos Evan Dhu, que era incapaz de haber abandonado á su caudillo; ó podia estar prisionero, y haberse realizado el anuncio ménos formidable que suponía la aparicion del Bodach Glas. La aproximacion de una partida cuyo objeto era obligar á los campesinos á que enterrasen los muertos, y que al efecto habia recogido ya algunos, hizo necesaria la reunion de Eduardo con su guia, que lo aguardaba con ansiedad y temor, oculto entre las arboledas inmediatas.

Después que pasaron aquel campo de muerte, hicieron con felicidad el resto de su jornada. En casa del anciano Williams pasó Eduardo por un pariente joven que estudiaba para clérigo, y habia venido á residir allí; mientras se tranquilizaba el pais y podia constituir un viaje. Esta explicacion acalló toda sospecha entre los honrados y sencillos labradores de Cumberland, y justificó suficientemente los modos graves y habitual recogimiento del nuevo huésped.

Estas precauciones resultaron mas necesarias de lo que Waverley pensaba, pues varios incidentes prolongaron su mansion en Fasthwait, que este nombre tenia la granja.

Una nevada tremenda le impidió marchar por mas de diez dias. Cuando los caminos empezaron á estar algo practicables, se recibieron sucesivamente noticias de que Carlos Eduardo se habia retirado á Escocia; luego de que habia abandonado las fronteras, retirándose hácia Glasgow; y por último, de que el Duque de Cumberland estaba sitiando á Carlisle. Por lo mismo la posicion de su ejército hacia imposible que Waverley entrara en Escocia por aquella parte. Por el límite oriental avanzaba sobre Edimburgo el Mariscal Wade, con una fuerte division, y por todo el resto de la frontera andaban partidas de milicianos y voluntarios para contener las insurrecciones y aprender á los dispersos del ejército montañes que se habian quedado en Inglaterra. La rendicion de Carlisle, y la severidad con que fué tratada la guarnicion rebelde, dieron poco despues nuevas razones para no aventurarse en un viaje inútil por entre un pais enemigo y un ejército poderoso, sin mas objeto que llevar el auxilio de una sola espada, á una causa que ya parecia perdida enteramente.

En aquel albergue aislado y solitario, sin trato ni conversacion alguna con personas bien educadas, recordaba frecuentemente nuestro héroe los argumentos del Coronel Talbot. Un recuerdo aun mas infuusto solia turbar su sueño, y era el último gesto y mirada del coronel G—mo

ribundo. Cuando el correo solía traer de tarde en tarde noticias de escaramuzas con vario éxito, esperaba sinceramente no volverse á ver en el caso de sacar la espada en disensiones civiles. Recordaba entonces la supuesta muerte de Fergus, la desolada situación de Flora, y aun con mas ternura la de Rosa Bradwardine, destituida del entusiasmo de lealtad que respecto de su amiga exaltaba y santificaba el infortunio. Entregábase á tales cavilaciones sin que nadie se las interrumpiese; y sus muchos paseos solitarios de invierno por las orillas de Ulswater, contribuyeron mas que toda su experiencia anterior para hacerle dominar completamente un espíritu amansado por las adversidades. Entonces conoció que podía ya decir con firmeza, aunque tal vez suspirando, que habia terminado la novela de su vida, y empezaba su historia verdadera. Pronto se vió en el caso de justificar sus pretensiones á la razon y filosofia.

## CAPITULO XIV.

### *Un viaje á Londres.*

**L**A familia de Fashwaite no tardó en aficionarse á Eduardo, quien poseia la urbanidad y dulzura de trato que casi universalmente engendran afecto; al paso que sus conocimientos le daban importancia, y sus pesadumbres interes á los ojos de sus sencillos patrones. Evasivamente atribuia su tristeza á la pérdida de un hermano en la escaramuza de Clifton; y en aquel estado primi-

tivo de sociedad, en que se aprecian tanto los vínculos de la sangre y del cariño, su abatimiento profundo excitaba simpatía, pero no sorpresa.

A fines de enero se verificó la feliz union de Eduardo Williams, hijo de su huésped, con Cecilia Jopson. Nuestro héroe no quiso anublar con su tristeza el júbilo consiguiente al casamiento de dos personas que tanto le habian favorecido. Esforzóse por lo mismo, cantó, bailó; tomó parte en los varios pasatiempos de aquel dia, y fué el mas jovial de toda la concurrencia. Sin embargo, á la mañana siguiente ya tuvo asuntos mucho mas serios en que pensar.

El clérigo que habia casado á los dos jóvenes, se aficionó tanto al supuesto estudiante de Teología, que al dia siguiente vino de Penrith, con el objeto de hacerle una visita. Este capitulo pudiera ser algo difícil, si el buen eclesiástico hubiera entrado en algun exámen sobre los supuestos estudios teológicos de nuestro héroe; pero afortunadamente gustaba mas de oír y comunicar las noticias del dia. Trajo, pues, consigo dos ó tres periódicos atrasados, en uno de los cuales halló Eduardo noticias que presto lo ensordecieron á cuanto le decia el Reverendo Mr. Twigtythe sobre las noticias del norte, y la probabilidad de que el Duque alcanzara y destruyera pronto á los rebeldes. Tratóbase de un artículo concebido en estas ó semejantes palabras.

„El 10 del corriente falleció en su casa, calle de Hill, plaza de Berkeley, Ricardo Waverley, Escudero, hijo segundo de Sir Gil Waver-

ley, de Waverley-Honour, &c. &c. Murió de una enfermedad crónica, agravada por el desagradable predicamento en que se hallaba, pues tuvo que presentar grandes fianzas para evitar el proceso que iban á promoverle por alta traición. Su hermano mayor Sir Everardo Waverley, representante de esa antigua familia, se halla acusado por el mismo grave crimen; y entendemos que será juzgado á principios del mes entrante, á ménos que Eduardo Waverley, hijo del difunto Ricardo y heredero del Baronet, no se presente á la justicia. En este caso estamos seguros de que la intencion clemente de S. M. es mandar se sobresea en las actuaciones formadas contra Sir Everardo. Consta con absoluta evidencia que el infeliz jóven citado tomó las armas en favor del Pretendiente, y marchó á Inglaterra con las tropas montañesas; pero no ha vuelto á saberse de él despues de la escaramuza que hubo en Clifton el 18 de diciembre último."

Tal era áquel párrafo desolador.— „Dios mió! dijo entre sí Waverley, conque soy un parricida?— Imposible! Mi supuesta muerte no puede haber afectado tanto á mi padre, que apresurase la suya, cuando en vida nunca me mostró el afecto de padre. No, no lo creeré, pues si abrigara por un momento una idea tan horrible, me privara del juicio. Mas aun, si cabe, fuera peor que parricidio, dejar en riesgo á mi noble y generoso tio, que ha sido para conmigo mas que padre, si semejante mal puede prevenirse con cualquier sacrificio de mi parte!"



Mientras tales reflexiones aquejaban al desgraciado Waverley, el buen teólogo que se había metido en una larga disertación sobre la batalla de Falkirk, tuvo que suspenderla al notar demudado á nuestro héroe, y le preguntó si estaba indispuerto. Por fortuna entró en el cuarto la novia, entre ruborosa y risueña. Mrs. Williams no era muger de gran talento, pero tenía buen corazon, é infiriendo fácilmente que el trastorno de Eduardo provenia de haber leído algunos malas noticias en los periódicos, intervino tan juiciosamente, que sin excitar sospecha alguna, logró llamar la atención al reverendo Mr. Twigthyte, y distraerlo, hasta que se despidió á poco rato. Inmediatamente manifestó Waverley á sus amigos que le era preciso marchar á Lóndres con la menor demora posible.

Ocurrióle sin embargo un motivo de dilación que nunca habia experimentado ántes. Su bolsillo aunque bien habilitado cuando marchó á Tully-veolan, no habia vuelto á recibir refuerzo alguno; y aunque no gastara mucho en este periodo, encontró que despues de pagar á su buen patron, le seria imposible hacer frente á los gastos de un viaje por la posta. Por lo mismo, parecia el mejor partido posible tomar el camino real del norte en Borough Bridge ó sus inmediaciones, y coger un asiento en la diligencia Septentrional, que era una especie de carroton antiguo, tirado por tres caballos, que (con la voluntad de Dios, segun decia el aviso) hacia el viaje de Edimburgo á Lóndres en tres semanas. Despidióse, pues, nuestro héroe

muy afectuosamente de sus amigos de Cumberland, prometiéndoles que jamas olvidaria sus favores, y proponiéndose interiormente darles algun dia pruebas sustanciales de su gratitud. Despues de algunas pequeñas dificultades y dilaciones importunas, y habiéndose ya vestido de un modo mas conforme á su clase, aunque siempre con la mayor sencillez, logró atravesar aquel territorio, y se halló en el apetecido carruage, frente á frente de Mrs. Nosebag, esposa del teniente Nosebag, ayudante y maestro de equitacion en los dragones de—, muger muy alegre, de unos cincuenta años, que traia puesta una levita azul con vueltas encarnadas, y en la mano un latigo de montar con puño de plata.

Esta dama era uno de aquellos miembros activos de la sociedad que se encargan de hacer el gasto de la conversacion. Estaba recién llegada del Norte, é informó á Eduardo que su regimiento por poco hace tiras á los montañeses en Falkirk, lo que no pudo verificarse tan solo á causa de uno de los malditos pantanos que nunca faltan en Escocia, segun creo, y así nuestro pobrecito regimiento padeció algo, como dice mi Nosebag, en aquel choque poco satisfactorio. ¿Vos, caballero, habeis servido en los dragones?"— La pregunta fué tan intempestiva, que Waverley sorprendido en una de sus distracciones, contestó afirmativamente.

„Oh! ya yo lo sabia; desde luego conocí en vuestro porte que erais militar, y no uno de esos tristes zancajosos, como dice mi Nosebag. Y de qué regimiento? Esta pregunta era deliciosa. Sin embargo, Waverley presumió justamente que la

buena señora sabía de memoria la guía del ejército de principio á fin, y adhiriéndose á la verdad, para evitar una equivocacion, respondió: „En los dragones de G—, señora; pero hace algun tiempo que me he retirado.”

„Oh! sí, los que ganaron la carrera en la batalla de Preston, como dice mi Nosebag. ¿Y estabais allí?”

„Tuve, señora, la desgracia de presenciar esa accion.”

„Y fué desgracia, que pocos de los de G— se aguardaron á presenciar, según creo, señor mio.— Ah! ah! ah!— Perdonadme; pero la muger de un soldado siempre gusta de una chanza.”

„El diablo te confunda, dijo entre sí Waverley; qué destino infernal me habrá echado encima esta maldita bruja tan preguntona!”

Afortunadamente, la buena señora no se fijaba mucho en un asunto. „Ya vamos llegando á Ferrybridge, dijo, y allí está una partida nuestra, para auxiliar á los bedeles, condestables y jueces, y otras gentes de igual caña, que andan registrando papeles, prendiendo rebeldes, y todo lo demas.” Apenas llegaron al meson, arrastró á Waverley hácia una ventana, exclamando: Allá viene el cabo Bridoon, de nuestra pobrecita compañía, con el condestable: Bridoon es uno de mis corderos, como los llama Nosebag. Venid, Mr.— ¿cómo os llamais caballero?”

„Butler, señora, dijo Waverley, prefiriendo apropiarse el nombre de uno de los compañeros que habia tenido, á inventar otro que no existiera en su regimiento, lo que podia excitar sospechas muy trascendentales.

„Oh! sí: ahora poco ascendisteis á capitán, cuando se pasó á los rebeldes ese bribon desarapado de Waverley! Tomad ojalá se pasara también á los rebeldes nuestro Capitán Crump, ese viejo fastidioso, para que dieran á Nosebag la compañía!— Jesús! ¿Qué hará Bridoon holgazaneando en el puente? Que me aborquen si no anda nublado, como dice Nosebag.— Venid, caballero; como vos y yo pertenecemos al servicio, recordaremos al bribon sus obligaciones.”

Waverley, agitado por movimientos interiores mas fáciles de concebirse que de expresarse, tuvo que seguir á la valiente amazona. Bridoon era tan parecido á un cordero, cuanto lo podía ser un cabo de dragones borracho, con seis piés de altura, hombros muy anchos y piernas muy delgadas, sin mencionar una cicatriz enorme que le dividia las narices. Dirigiósele Mrs. Nosebag con cierta expresion, que si no era un juramento, se lo parecia mucho, y le ordenó que atendiese al desempeño de sus obligaciones. „Mal rayo te parta, grandísima . . . prorumpió el cabo; pero levantando la vista, para que su actitud correspondiese á las palabras, y unir al epíteto que meditaba algun otro adjetivo aplicable á su objeto, conoció á su apostrofadora, y haciéndola un saludo militar, cambió de tono. „Dios guarde vuestra hermosa cara, Mrs. Nosebag. ¿sois vos? Vaya, si un pobre demonio se alarga un poco al hacer la mañana, estoy seguro de que sois una señora incapaz de buscarle perjuicio por ello.”

„Pues bien, bribonazo, atended á vuestra obli-

gacion. Este caballero y yo pertenecemos al servicio; pero tened buen cuidado con examinar á ese pollo mojado del sombrero gacho, que viene en el asiento del rincon de nuestro coche. Creo que es uno de los rebeldes disfrazados."

"Mal haya su peluca de erizo, dijo el cabo, cuando ella no podia ya oirle; „esa vieja malditísima con sus ojos encuevados, la madre ayudanta como la llamamos, es peor plaga para el regimiento que el preboste-mariscal, el sargento mayor y el anciano coronel juntos.—Vamos, señor condestable, y veamos, si ese pollo mojado, como ella le dice, (y qué entre paréntesis era un Cuacaro de Leeds, con quien Mrs. Nosebag habia sostenido una acalorada discusion sobre la legalidad de portar armas) quiere ser padrino de una buena sopa de aguardiente, pues vuestra cerveza de Yorkshire es demasiado fria para mi estómago."

La vivacidad de aquella buena señora sacó á Eduardo de este mal paso, pero estuvo á pique de meterlo en algunos otros. En cuantas poblaciones paraban, queria ir á examinar el principal, si lo habia, y una ocasion por poco pone á Waverley en contacto con un sargento enganchador de su regimiento. Luego lo capitaneaba y butlereaba, hasta que lo volvió medio loco de inquietud y cólera; y en su vida tuvo mayor gusto por concluir un viaje, que cuando la Hegada del coche á Lóndres lo libertó de las atenciones y compañía de madama Nosebag.

## CAPITULO XV.

*Qué haremos ahora?*

**P**ARDEABA ya la tarde cuando llegaron, y habiéndose zafado Eduardo de sus compañeros, y dado mil vueltas y revueltas por muchas calles para evitar la posibilidad de que le siguieran los pasos, tomó un coche de alquiler, y se dirigió á la casa del Coronel Talbot, situada en una de las plazas principales que hay al extremo occidental de Londres. El expresado coronel habia heredado á varios parientes ricos despues de su matrimonio, poseia considerable influjo político, y vivia con magnificencia.

Cuando Waverley tocó á la puerta, le dificultaron al principio la entrada; pero al fin lo condujeron á un aposento, donde Talbot estaba acabando de comer. Frente á él se hallaba sentada Lady Emilia, cuyas bellisimas facciones aun mostraban en su palidez los estragos de su indisposicion reciente. Luego que el Coronel oyó la voz de Waverley, se levantó á darle un abrazo, aunque sorprendido. „Querido Stanley, sobrino, cómo te va?— Emilia mia, este es Francisco Stanley.”

Inflaméronse las mejillas de la dama, al saludar á Waverley con afectuosa cortesía, al paso que sus manos trémulas y balbuciente voz revelaban la agitacion y sorpresa de su espíritu. Volvióse luego á poner la comida, y mientras Eduardo se ocupaba en obsequiarla, con-

tinuó el Coronel diciéndole: „Me admira que hayas venido aquí, Francisco; los médicos de Londres me aseguran que este aire es malísimo para tus achaques, y no has debido exponerte á sus resultas. Sin embargo, me alegro mucho de verte, y tambien Emilia, aunque temo que no podrás permanecer mucho tiempo con nosotros.”

„Algunos asuntos importantes me han obligado á venir, murmuró Waverley.”

„Así lo supongo; pero no te dejaremos hacer mucha mansión aquí.— Spontoon, (dirigiéndose á un criado anciano y de aspecto militar,) llévate esos platos, y si llamo, ven tú mismo. No dejes que nos interrumpa ningun otro, pues mi sobrino y yo tenemos que tratar de cierto asunto grave.”

Cuando se retiraron los criados, „En nombre de Dios, Waverley, prorumpió el Coronel, ¿qué venis á buscar aquí? ¿Sabeis que tal arroyo puede costaros la vida?”

„Querido Mr. Waverley, dijo Lady Emilia, á quien debo favores que exceden á cuantas gracias pudiera daros, ¿cómo podeis ser tan imprudente?”

„Mi padre.... mi tio.... este artículo.... respondió Eduardo, entregando el periódico al Coronel Talbot.”

„Ojalá condenasen á estos pícaros á morir estrujados por sus propias prensas! dijo Talbot.

Me dicen que actualmente se publican aquí no menos que doce de estos papeles, y es bien natural que para venderlos tengan que inventar embustes. Con todo, mi querido Eduardo, es ver-

dad que habeis perdido á vuestro padre; pero en cuanto á este enbrollo de que su desagradable situacion le empeoró la salud y abatió el ánimo, la verdad es, (pues aunque parezca dura en estas circunstancias, os aliviara el espíritu de una grave responsabilidad imaginaria.) la verdad es, repito, que Mr. Ricardo Waverley ha mostrado en todo este negocio mucha falta de sensibilidad, tanto respecto de vos como de vuestro tio; y la última vez que le vi, me dijo muy contento, que pues yo habia tenido la bondad de tomar á mi cargo vuestro asunto, él habia creido mejor negociar separadamente el suyo, y reconciliarse con el gobierno por ciertos conductos que aun le proporcionaban sus conexiones anteriores."

"Y mi tio, mi querido tio?"

"No se halla en el menor riesgo. Es verdad, añadió notando la fecha del periódico, que algun tiempo ha se esparció la voz que aqui se dice; pero sin fundamento alguno. Sir Everardo se ha vuelto á Waverley-Honour libre de todo cuidado, excepto el que le inspire vuestra suerte. Pero vos correis grave peligro: vuestro nombre anda en todos los edictos, y se han librado requisitorias para que os aprehendan. ¿Cómo y cuándo venisteis aquí?"

Eduardo le refirió largamente su historia, callando su pendencia con Fergus; pues siendo él afecto á los montañeses, no quiso dar fomento á la preocupacion nacional que tenia Falbot contra ellos.

"Estais cierto de que era el page de vues-



tro amigo Glen— el que visteis muerto en el llano de Clifton?”

„No me cabe duda.”

„Entonces ese espoloncillo del diablo consiguió escapar de la horca, pues tenia en su fisonomía los caracteres de un asesino, aunque (añadió volviéndose á Lady Emilia) no puedo negar que era gallardo muchacho. Pero en cuanto á vos, Eduardo, deseo que os volvais á Cumberland, ó por mejor decir, quisiera que no os hubieseis movido de allá, pues hay embargo en todos los puertos, y por todas partes se solicita con actividad á los partidarios del Pretendiente; y la lengua de esa maldita muger le guarra en la boca, como una aspa de molino, hasta que de un modo ú otro descubra que el capitán Butler es un personaje apócrifo.”

„¿Quel ¡conoceis á mi compañera de viaje? preguntó Waverley.”

„Su marido fué mi sargento primero por espacio de seis años: ella era una viuda rolliza, con algun dinero, y él se casó con ella. Mandaré á Spontoon que la observe, y no le será difícil dar con ella, entre sus antiguos conocimientos del cuerpo. Mañana debereis estar indispuesto, y no salir de vuestro cuarto por el cansancio del camino. Lady Emilia será vuestra enfermera, y Spontoon y yo vuestros asistentes. Teneis por ahora el nombre de un sobrino mio, á quien ninguno de mis criados conoce, á excepcion de Spontoon, por lo que no debemos temer un peligro inmediato. Así, pues, procurad que os duela la cabeza, y los ojos se

os carguen lo mas posible, para que podamos daros de baja por enfermo; y tú, Emilia mia, haz disponer un cuarto para Francisco Stanley, e n todas las comodidades necesarias á su estado."

Por la mañana visitó el Coronel á su huésped. „Ahora, dijo, os traigo buenas noticias. Como caballero y oficial, estais completamente indemnizado de las imputaciones que os hacian sobre haber faltado á vuestros deberes, y tenido en el motin del regimiento de G—. Sobre este asunto he mantenido correspondencia con un amigo vuestro muy celoso, el párroco escoces Morton; su primera carta venia dirigida á Sir Everardo; pero yo ahorré al buen Baronet el trabajo de contestarla. Sabed, pues, que aquel ladron amigo vuestro, Donald de la Caberna, ha caido por fin en manos de los Filisteos. Estaba arreando el ganado de cierto propietario, llamado Killan....un nombre así."

„Killancureit?

„El mismo. Ahora bien, como este, segun parece, es un gran labrador, y aprecia mucho la raza de su ganado, siendo ademas de genio poco belicoso, habia pedido le pusieran un destacamento en su casa, para que le protegiera sus bienes. Así Donald, sin saberlo, metió su cabeza en la boca del leon, su gavilla fué destrozada, y él quedó preso. Dispuesta ya su ejecucion, le asaltaron á dos fuegos la conciencia, por una parte un clérigo católico, y por otra vuestro amigo Morton. Rechazó al primero, principalmente por la doctrina de la extrema unción, que en concepto de aquel personaje económi-

so, era un desperdicio excesivo de aceite. Por lo mismo su conversion de la impenitencia recayó en Mr. Morton, quien me atrevo á decir que la desempeñó perfectamente, aunque supongo que en resumidas cuentas, Donald era una especie de cristiano muy original. Sin embargo confesó ante un magistrado llamado el Mayor Melville (que segun parece es muy hombre de bien,) toda su intriga con Houghton, explicando particularmente sus pormenores y arbitrios, y absolviendoos plenamente de toda complicidad en ella. Tambien dijo que os habia sacado de las manos del oficial voluntario que os llevaba á Stirling, y que por órden del Pret.... Caballero quiero decir.... os condujo en clase de preso á Doune, de donde infirió debiais seguir á Edimburgo con el mismo carácter. Todas estas circunstancias no puen en ménos de favoreceros. Indico que lo habian mandado á libraros y protegeros, y que para ello le habian pagado; mas no quiso decir quién, alegando que aunque no habria tenido embarazo en quebrantar cualquier juramento comun por satisfacer la curiosidad de Mr. Morton, á cuyas piadosas amonestaciones debia tanto, con todo, en aquel caso habia jurado guardar secreto sobre el filo de su daga, lo que sin duda en su opinion producía una obligacion inviolable."

"Y qué fué de él?"

"Toma! Despues que los rebeldes levantaron el sitio de Stirling, lo ahorcaron con su teniente y otros cuatro montañeses, haciéndole el honor de ponerle una horca mas elevada que á sus amigos."

„Bien: poco motivo tengo para sentir su muerte ó celebrarla, aunque me ha hecho bastante bien y bastante perjuicio.”

„Su confesion, al ménos debe seros muy útil, pues limpia vuestra opinion de todas las sospechas que daban á vuestra acusacion un carácter distinto del de las que pesan justamente sobre tantos caballeros infelices que han tomado las armas contra el gobierno. Su traicion— pues debo darla su verdadero nombre, aunque vos participeis de ella— proviene de una virtud equivocada, y aunque sin duda sea criminalísima, no puede inferirles deshonor. Donde los reos son tan numerosos, la clemencia debe extenderse á los mas de ellos, y casi no dudo conseguiros un indulto, si podemos preservaros de las garras de la justicia, hasta que ya tenga escogidas sus víctimas, y se haya cebado en ellas, pues en este caso como en otros, se verifica el proverbio vulgar: „Los primeros que llegan son los primeros servidos.” Además el gobierno en este momento desca intimidar á los jacobitas ingleses, entre los cuales puede hallar pocos en quienes hacer ejemplares. Esta es una disposicion vengativa y tímida que pasará pronto, pues entre todos los pueblos, el nuestro es por su naturaleza el ménos sanguinario. Mas hoy existe, y por lo mismo debéis quitaros de en medio mientras pasa la tormenta.”

Aquí llegaba, cuando entró Spontoon con aspecto inquieto y cuidadoso. Por medio de sus amistades del regimiento habia conseguido dar con Mrs. Nosebag, y la encontró llena de ira

y armando gran bulla, por haber descubierto un impostor que habia venido con ella del Norte, bajo el nombre falso del Capitan Butler, de los dragones de G.—Al instante iba á denunciarlo; para que lo buscasen como emisario del Pretendiente; pero Spontoon que era soldado viejo, á la vez de aprobarle mucho este paso, logró hácerselo diferir. Sin embargo, no debia perderse tiempo: la exactitud de la filiacion que dió la buena dama podia conducir probablemente al descubrimiento de que Waverley era el pretendido Capitan Butler: identificacion peligrosa respecto de Eduardo, y acaso de su tío, y aun del Coronel Talbot. Solo se trataba, pues, del rumbo que deberia tomar nuestro héroe.

„A Escocia, dijo Waverley.”

„A Escocia? dijo el Coronel; ¿con qué objeto? Espero no sea el de uniros otra vez á los rebeldes?”

„No. Consideré concluida mi campaña cuando no pude reunirlos, á pesar de todos mis esfuerzos; y ahora, segun todas las noticias, han marchado á hacer una campaña de invierno en las montañas, donde soldados como yo les serán mas embarazosos que útiles. Aun parece que solo prolongan la guerra para tener tiempo de salvar la persona del caballero, y lograr luego algunas condiciones favorables. Si ahora los cargase yo con mi presencia, no haria mas que aumentar otra persona, á quien ellos no querrian abandonar, ni podrian defender. Entiendo que por esta misma razon dejaron en Carlisle á todos los ingleses que se les unieron; y para

decir la verdad, Coronel, aunque me rebaje en vuestra opinion, debo manifestaros que estoy aburrido completamente de la guerra.”

„Guerra! bah! qué habeis visto de ella, sino una ó dos escaramuza? Oh! si vierais la guerra en escala mayor, dos ejércitos en batalla con sesenta ó cien mil hombres cada uno!”

„No me tienta la curiosidad de verlos, Coronel. Nuestro proverbio dice que lo bastante basta. Las tropas emplumadas y la guerra en grande solian encantarme en los poetas; pero las marchas nocturnas, las desveladas y las dormidas bajo el cielo de invierno, con otros accesorios de la gloriosa carrera militar, me agradan poquísimo en la práctica. En cuanto á porrazos, no dejé de quitarme y tirar algunos en Clifton, donde por milagro escapé seis ú ocho veces, y aun vos creo.—” Y se detuvo.

„Llevé tambien bastantes en Preston?” „Eso queriais decir, dijo el Coronel, riéndose, pero tal es mi vocacion.

„Pues ciertamente no es la mia, dijo Waverley; y habiéndome descargado honrosamente de la espada que solo saqué como voluntario, estoy ya bastante satisfecho con mi experiencia militar, y no tengo muchos deseos de volver á empuñarla.”

„Mucho me complaceis con tal resolucion. Pero en tal supuesto ¿qué vais á buscar en el Norte?”

„En primer lugar los partidarios del caballero conservan todavia algunos puertos de mar en la costa oriental de Escocia, y si logro verme en alguno de ellos, me será fácil embarcarme allí para el continente.”

„Muy bien. Y cuál es vuestra segunda razón?  
 „Si he de hablaros la verdad pura, en Escocia está una persona de quien ahora conozco pende mi felicidad mas de lo que ántes creia, y cuya situacion me tiene lleno de angustia.”

„¿De modo que Emilia tenia razon, y al fin y postre intervienen amoríos en el caso?— ¿Y cual de aquellas dos lindas escocesas, que tanto empeño teniais en hacerme admirar, es la señora de vuestros afectos? Espero que no será Miss Glen....”

„No.”

„Ya la otra, pase: la sencillez da esperanzas, pero no la presuncion y el orgullo. Bien; no os desalentaré, y creo que Sir Everardo no lo lleve á mal, segun lo que dijo cuando me chanceaba con él sobre este asunto: solo espero que aquel intolerable papá, con su tira botas, su rapé, sus latines, y sus eternos intolerables cuentos del Duque de Berwick, se verá precisado en adelante á domiciliarse en algun pais extranjero. Mas en cuanto á la hija, aunque pienso que en Inglaterra pudierais hallar otras novias de igual mérito, si vuestro corazon se ha fijado realmente en ese capullo de rosa escoces, creo que el Baronet tiene gran concepto de su padre y de su familia, y desea mucho veros casado y establecido, tanto por vuestro bien, cuanto en obsequio de los tres arriños *pason-tes*, que de otro modo podrán pasar y desvanecerse completamente. Pero yo os comunicaré su resolucion definitiva en el particular, pues por

ahora estais privado de toda correspondencia, y creo que no estareis mucho tiempo en Escocia, ántes que aporte yo por aquellos andurriales.

„De veras! Y qué puede induciros á pensar en volver á Escocia? Temo no sea una gran aficion á la tierra de las montañas y torrentes!

„No á fe mia: pero, gracias á Dios, la salud de Emilia se halla restablecida, y para deciros la verdad, tengo pocas esperanzas de concluir felizmente el negocio que ahora interesa mas á mi corazon, miéntras no tenga una entrevista personal con S. A. R. el Comandante en gefe; pues, como dice Fluellen, el duque me ama, y doy gracias al cielo de haberle merecido alguna estimacion. Voime á ocupar una ó dos horas en disponer vuestra partida; podeis salir al cuarto inmediato, que es el recibimiento de Lady Emilia, á la que hallareis en él siempre que gusteis de música, lectura ó conversacion. Ya se han tomado providencias para excluir de allí á todos los criados, ménos á Spontoon que es de toda confianza.”

Como á las dos horas volvió el Coronel Talbot, y halló á su jóven amigo conversando con su señora, esta muy pagada de sus modales é instruccion, y él contentisimo al recobrar, aunque por un momento, el trato social correspondiente á su clase, de que algun tiempo habia carecido.

„Y ahora, dijo el Coronel, oid mis disposiciones, pues no hay tiempo que perder. Este man-



esto, Eduardo Waverley, *alias* William, *alias* capitán Butler, debe seguir pasando por su encuentro *alias*, mi sobrino Francisco Stanley: mañana saldrá para el Norte, y hará sus dos primeras jornadas en coche. Luego se le reunirá Spontoon, y seguirán por la posta hasta Huntingdon: la presencia de Spontoon, bien conocido en el tránsito como asistente mío, prevendrá toda averiguación. En Huntingdon encontraréis al verdadero Francisco Stanley: se halla estudiando en Cambridge; mas pocos días ha, temiendo que la mala salud de Emilia no me permitiera ir personalmente al Norte, le saqué pasaporte del ministerio de estado, para que fuese en mi lugar. Como iba principalmente á saber de vos, ya es innecesario su viaje. Ya le referí vuestra historia: comeréis juntos en Huntingdon, y acaso vuestras sapientísimas cabezas darán con algún arbitrio que disipe ó disminuya los peligros consiguientes á vuestras jornadas ulteriores. En fin, (sacando una cartera de tafete), solo me resta habilitaros para la campaña."

"Me avergüenzo, amado Coronel...."

"Excusad cumplimientos. En cualquier caso podierais disponer de mi bolsillo; pero este dinero os pertenece. Vuestro padre, temiendo que podierais ser preso y condenado, me nombró su fideicomisario en vuestro favor, de manera que tenéis más de quince mil libras, sin contar con Brewster Lodge, y sois en verdad una persona muy independiente. Aquí tenéis doscientas libras en billetes de banco, y al punto que lo exijan vuestros movimientos, os proporcionaré cualquier

ra otra cantidad mayor, ó crédito para un país extranjero.”

El primer uso que ocurrió á Waverley hacer de su riqueza recién adquirida, fué escribir al honrado anciano Jopson, suplicándole aceptase un jarro de plata de parte de su amigo Williams, que no habia olvidado la noche del 18 de diciembre último. Suplicábale al mismo tiempo le guardase cuidadosamente su traje y arreos montañeses, particularmente las armas, curiosas en sí mismas, y que para él tenían mucho mas precio, por las personas que se las habian regalado. Lady Emilia se encargó de buscar algun regalo que pudiera lisonjear la vanidad de Mrs. Williams, y corresponder á su gusto; y el Coronel, que era una especie de agricultor, prometió remitir al patriarca de Ulswater una excelente pareja de caballos que le sirviesen para el tiro ó el arado.

Waverley pasó en Lóndres un dia de satisfaccion, y viajando en la forma dispuesta, se juntó con Francisco Stanley en Huntingdon. En un minuto se hicieron muy amigos los dos jóvenes.

Ya comprendo el enigma de mi tío, dijo Stanley; el prudente veterano excusó decirse que os cediera este pasaporte, que para nada me sirve; y si tal cambio resulta luego ser una travesura mia, *cela ne tire a rien*. Ea, pues, tomad el pasaporte, y sed en buen hora Francisco Stanley.” En efecto, este paso parecia salvar en mucha parte las dificultades que sin él debia encontrar Eduardo á cada momento; y por lo mismo, no dudó aceptar la oferta, mucho mas cuando

su viaje no tenia objeto alguno político, ni podría imputársele que andaba formando maquinaciones contra el gobierno, bajo la protección de un pasaporte suyo.

Pasóse alegremente el día. El estudiante no cesó de preguntar á Waverley sobre sus aventuras y las costumbres de las montañas, y para satisfacer su curiosidad, tuvo Eduardo que silbarle un *pibroch*, bailarle un *strathspey*, y cantarle una tonada montañesa. Al día siguiente hizo Stanley una jornada hácia el Norte con su nuevo amigo, y se despidió de él con gran repugnancia, por los reclamos de Spontoon, que acostumbrado á someterse á la disciplina, era muy rígido en hacerla observar cuando le tocaba.

## CAPITULO XVI.

### *Desolacion.*

**W** AVERLEY llegó á las fronteras de Escocia corriendo la posta, según la costumbre ordinaria de aquel periodo, sin mas aventura que habersele hecho dos ó tres preguntas sobre su procedencia y destino, á las que respondió suficientemente el talismán de su pasaporte. En la frontera supo la batalla decisiva de Culloden, cuyo éxito fué el mismo que anticipaba, aunque el triunfo parcial de Falkirk esparció un brillo débil y moribundo sobre las armas de Carlos Eduardo. Sin embargo, hizo una impresion terrible á nuestro héroe, cau-ándole un abatimiento profundo. El real aventurero, tan generoso, cuánta

y magnánimo, solo era ya un fugitivo, cuya cabeza estaba puesta á precio; sus campeones tan animosos, tan entusiastas y fieles, yacian muertos, presos, ó vagaban prófugos y desterrados. ¿Qué seria del exaltado y valeroso Fergus, aun cuando hubiera sobrevivido á la noche infausta de Clifton? ¿Dónde estaria el noble y sencillo Baron de Bradwardine, cuyos defectos parecian destinados á realzar mas su generoso desinteres, la bondad ingenua de su corazon, y el indómito valor de su alma? Y las que buscaban apoyo en estas columnas derrocadas, Rosa y Flora, ¿dónde se hallarian, y en qué afliccion las habria hundido la pérdida de sus protectores naturales? En Flora pensaba con el afecto de un hermano á su hermana, y en Rosa, con una sensacion todavia mas tierna y profunda. Aun podia estarle reservado suplir respecto de ellas la falta de los protectores que habian perdido.—Estos pensamientos le hicieron precipitar su viaje.

Cuando llegó á Edimburgo, donde necesariamente debia comenzar sus indagaciones, conoció toda la dificultad de la posicion en que se hallaba. Muchos habitantes de aquella ciudad lo habian visto y conocido por Eduardo Waverley; ¿cómo, pues, podia prevalerse allí del pasaporte librado á Francisco Stanley? Resolvió, pues, no ver á persona alguna, y seguir para el Norte con la menor dilacion posible. Tuvo, sin embargo, que detenerse un dia ó dos, para aguardar una carta del coronel Talbot, y que dejarle su direccion bajo el nombre supuesto, en el parage que habian convenido. Con este último ob-

jeto, salió ya obscureciendo la tarde por calles bien conocidas, evitando cuidadosamente ser visto, pero en vano: una de las primeras personas que encontró al paso, le reconoció inmediatamente. Era Mrs. Flockhart, la bondadosa patrona de Fergus Mac-Ivor.

„Dios os guarde, Mr. Waverley, ¿sois vos?— No, no tenéis que temer de mí. Yo no he de entregar á un caballero que se halla en vuestras circunstancias.—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué mudanzas vemos! ¡cuán alegres acostumbrabais estar en mi casa el Coronel Mac-Ivor y vos?” Y la buena viuda prorrumpió en algunas lágrimas sinceras. Como no le era posible hacerse desconocido, tuvo Waverley que responderla con afabilidad, comunicándole el peligro de la situación en que se hallaba. „Como ya es casi de noche, señor, ¿no quisiérais llegaros á mi casa, y tomar una taza de té? Y estoy segura de que si gustais quedaros á dormir en el cuartito, cuidaré de que nadie os incómode ni vea, aunque ya no hay en casa quien os conozca, pues Catuja y María se marcharon con dos dragones de Hawley, y ya tengo dos criadas nuevas en su lugar.”

Aceptó Waverley esta invitacion, y convino en tomar por una ó dos noches el alojamiento ofrecido, conociendo que en casa de aquella buena mujer estaria mas seguro que en ninguna otra parte. Cuando entró al recibimiento, le dió un vuelco el corazón al ver la gorra de Fergus con su escarapela blanca, que estaba colgada junto al espejo.

„Ay! dijo Mrs. Flockhart suspirando, al ob-

servar la direccion de los ojos de Waverley, el pobre Coronel compró una gorra nueva la vispera de su marcha, y yo no le permiti llevarse esta, sino la guardé para limpiarla yo misma todos los dias. A veces me distraigo mirándola, hasta que me figuro oírle gritar á Callum que le traiga su gorra, como acostumbraba hacerlo cuando iba á salir. ¡Ay Dios mio!—Los vecinos dicen que soy jacobita; pero digan lo que se les antoje. Yo estoy segura de que no es por eso; pero él era un señor tan bondadoso como el que mas, y tambien muy gallardo mozo. ¿Podreis decirme, señor, cuándo ha de padecer?”

„¿Padecer! ¿cómo? ¿pues dónde está?”

„¿Dios mio! ¿qué, no lo sabeis? Aquel pobre montañés, Dugald Mahony, llegó aquí hace pocos dias con un brazo ménos, y una gran cuchillada en la cabeza. Os acordaréis de Dugald, aquel que andaba siempre con la hacha al hombro. Pues vino aquí pidiendo por caridad algo que comer. El nos contó que el caudillo, como ellos lo llamaban, (pues yo siempre le dije Coronel), y el alferez Maccombich, de quien debéis acordaros, cayeron prisioneros junto á la frontera inglesa, estando la noche tan oscura, que su gente no los echó ménos, hasta que ya no era posible pensar en salvarlos. Y dijo que el muchacho Callum Beg (aquel bribonzuelo tan atrevido y perjudicial) y vos, habiais perecido esa noche con otros muchos hombres valientes. Pero al hablar del Coronel, lloraba el pobre Dugald con una ternura, que no se ha visto cosa igual. Y ahora se dice que van á juzgar al Coronel, y á

decanitarlo con los demas que cayeron prisioneros en Carlisle.”

„¿Y su hermana?”

„¡Ah! sí; la que llamaban Lady Flora.—Se ha ido para Carlisle, con el objeto de asistir á su hermano, y vive por allí con una gran señora papista.”

„¿Y la otra señorita?” preguntó Eduardo.

„¿Qué otra? Yo no sé que el Coronel tenga mas de una hermana.”

„Hablo de Miss Bradwardine,” dijo Eduardo.

„¡Ah! ya caigo; la hija del viejo Laird. Era muchacha muy linda, pobrecita, pero mucho mas huraña que Lady Flora.”

„Decidme, por amor de Dios, ¿qué es de ella?”

„¡Oh! quién sabe donde ha ido á parar cada cual de esa gente. ¡Pobrecitos! ¡cómo los persiguen por sus cucardas blancas y rosas blancas! Pero la niña que decis se fué para la quinta de su padre en Perthshire, cuando volvieron á Edimburgo las tropas del gobierno. En ellas habia algunos mozos muy guapos, y tuve alojado aquí uno que se llamaba el Mayor Whacker, caballero muy atento—pero ¡ah! Mr. Waverley, no podia compararse con el pobre Coronel.”

„¿Y sabeis que suerte ha corrido el padre de Miss Bradwardine?”

„¿El viejo Laird? no, nadie lo sabe; pero dicen que peleó muy duro en esa batalla tan sangrienta que hubo en Inverness; y Clank, el ojalatero, dice que los del gobierno están furiosos contra él, porque ha tomado las armas dos veces, y en verdad debió escarmentar con la primera;

pero no hay loco peor que un viejo loco.—El pobre Coronel era la primera vez que se vantaba.”

En esta conversacion manifestó la buena vida cuanto sabia sobre la suerte de sus inquilinos y conocidos; pero sus noticias determinaron á Eduardo á seguir inmediatamente para Tully-veolan, sin pararse en peligros, esperando encontrar allí á Rosa, ó por lo ménos tener razon mas segura de su destino. Dejó pues, en el lugar convenido una carta para el Coronel Talbot, firmada con su nombre supuesto, y en ella le prevenia dirigiera la respuesta al pueblo mas inmediato á la residencia del Baron.

En Edimburgo tomó caballos de posta para Perth, resuelto á seguir el camino desde allí á pié, cuyo estilo de viajar le acomodaba, y tenia la ventaja notable de permitirle separarse del camino, cuando divisara desde léjos alguna tropa. Su campaña habia vigorizado considerablemente su constitucion, haciéndole capaz de sufrir privaciones y fatigas. Envió delante su corto equipage por el mejor conducto que se le presentó.

Segun avanzaba hácia el Norte, fueron haciéndose visibiles las huellas de la guerra. Carruages rotos, caballos muertos, chozas destechadas, árboles destrozados, y puentes destruidos ó reparados imperfectamente, todo indicaba la desolacion consiguiente á los movimientos de los dos ejércitos enemigos. En los puntos cuyos moradores mas notables eran afectos á los Estuardos, sus casas parecian desmanteladas ó desiertas, hallábase interrumpida toda obra que pudiera llamar-



se de ornato, y se veían vagar por las inmediaciones algunos infelices, en cuyas fisonomías se veían pintados el espanto, el dolor y el abatimiento.

Pardeaba ya la tarde, cuando Waverley se acercó al pueblo de Tully Veolan con sentimientos é ideas .... ¡cuán diversas de las que tuvo en su primera venida! Entónces le era tan nueva la existencia, que un dia tedioso era uno de los mayores infortunios que le pintaba su imaginacion, y le parecia que su tiempo solo debia consagrarse á estudios elegantes ó divertidos, ó distraerse con pasatiempos sociales ó juveniles. ¡Mas entónces, cuán alterado, cuán entristecido, y al mismo tiempo cuán elevado estaba su carácter con el transcurso de unos cuantos meses! Los peligros é infortunios son maestros eficaces, aunque severos. Convertido ya fen „hombre mas triste y prudente,” reconoció que su confianza interna y dignidad mental compensaban sobradamente la falta de los sueños brillantes que alhagaban en otro tiempo su fantasia, y que tan rápidamente le habia disipado una experiencia dolorosa.

Al llegar al pueblo vió con inquietud y sorpresa que junto á él se hallaba un destacamento de soldados, y lo que era peor, parecia destinado á permanecer en aquel punto. Conjeturólo así por algunas tiendas de campaña que daban los últimos rayos del sol. Para evitar el peligro de que lo detuvieran y examinaran en un parage donde era tan probable que lo conociesen, hizo un gran rodeo, á fin de no accr-

carse mas á la poblacion, y por una vereda que sabia muy bien, se dirigió á la puerta exterior donde principiaba la calle de árboles. Una ojeada le bastó para conocer que habian ocurrido allí grandes trastornos. Una hoja de la puerta, arrancada y destrozada para leña, yacia en astillas amontonadas ya para cargarse; la otra pendia inútilmente de sus goznes flojos. Las almenas que coronaban la puerta estaban rotas y derumbadas, y los enormes osos de piedra, que se decia haber hecho allí centinela por espacio de algunos siglos, derribados con ignominia de sus puestos, yacian humillados entre los escombros. Tambien la calle de árboles habia sufrido una devastacion cruel. Varios de los mas hermosos estaban derribados, y estorbaban el camino con sus troncos atravesados; y el ganado de los aldeanos, y los caballos de los dragones con sus cascos mas duros, habian convertido en negro lodazal el verde césped que en otros dias admiraba tanto Waverley.

Al entrar este al patio, vió realizados los temores que aquellas circunstancias le habian causado. Las tropas del Rey habian saqueado la quinta, y aun trataron de quemarla; el espesor de las paredes resistió al incendio, cuyos efectos fueron muy parciales; pero las caballerizas y piezas exteriores quedaron enteramente consumidas. Las torrecillas del edificio principal estaban ahumadas y ennegrecidas; el enlizado del patio se hallaba roto y trastornado; las puertas arrancadas enteramente ó pendientes de un solo gozne; las ventanas rotas y demolidas, y el

patio sembrado de muebles reducidos á fragmentos. Los accesorios de distincion antigua á que tanta veneracion é importancia daba el Baron en los dias de su prosperidad, habian sido tratados con peculiar contumelia. La fuente yacia demolido, y el agua que antes la alimentaba, habia convertido el patio en un charco asqueroso. El receptáculo de piedra parecia destinado á bebedero para los animales, segun el modo en que lo habian puesto. Toda la tribu de osos, grandes y pequeños, habian sido tratados con igual rigor que los de la calle de árboles, y dos ó tres de los retratos de familia, que parecian haber servido de blanco á los soldados, yacian destrozados en el suelo. Eduardo vió los escombros de aquella mansion tan cara, con el dolor que puede cualquiera imaginarse. Pero cada paso aumentaba su ansiedad y temores por la suerte de sus dueños. Cuando llegó al terrado, se le hicieron visibles nuevas escenas de desolacion. La balaustrada estaba rota, destruidas las paredes, los canteros llenos de yerba y los árboles frutales cortados ó destrozados. En un ángulo de aquel jardin antiguo habia dos castaños de Indias enormes, en cuyo tamaño fundaba particular vanidad el Baron: los destructores, no queriendo acaso detenerse á cortarlos, con ingeniosa malevolencia los habian minado, y llenado el hueco de pólvora. La esplosion hizo mil pedazos á uno, y sus restos yacian esparcidos al rededor, embarazando el suelo que por tantos años habian cubierto con su sombra. La otra mina fué mas parcial en sus efectos, haciendo volar co-

ma la cuarta parte del tronco, que mutilado y ennegrecido por una parte, aun extendia por la otra sus ramos intactos y verdes.

Entre aquellas muestras generales de aolacion, se veian algunas que afectaban con mas particularidad el corazon de Waverley. Al examinar el frente de aquel edificio tan desfigurado, sus ojos buscaron naturalmente el pequeño balcon de la vivienda particular de Rosa, de su *troisième* ó mas bien *cinquième etage*. Descubriólo con facilidad, pues bajo de él yacian tiradas las flores y arbustos con que en otro tiempo se habia complacido en adornarlo su señora, y que los enemigos habian derribado del pretil; tambien algunos de sus libros andaban mezclados con tientos de macetas y otras reliquias. Entre ellos, distinguió Waverley uno de los suyos, que era un tomito del Ariosto, y lo recogió como un tesoro, aunque estaba muy averiado por el aire y la lluvia.

Mientras permanecia sumergido en las tristes reflexiones que excitaba la escena, y miraba en torno de sí, buscando quien pudiera darle razon de los moradores de la quinta, oyó en lo interior del edificio, una voz, que en acentos bien conocidos, cantaba una cancion antigua, escocesa.

Vinieron los enemigos,  
de noche nos asaltaron,  
mi cenador destruyeron,  
mi caballero mataron.  
Por salvar la triste vida,  
huyéronse mis criados.

y en absoluto abandono  
 y en soledad nos quedamos.  
 Pereció mi caballero,  
 de mí tan idolatrado.  
 Puede ponerse la luna  
 y salir el sol dorado;  
 pero el sueño de la muerte  
 sus ojos tiene cerrados.

„Ay! dijo Eduardo entre sí, ¿conque eres tú? Pobre ser sin abrigo, conque te has quedado solo á vagar y gemir, y á llenar con tu inconexo y agreste canto los salones que te amparaban en otro tiempo?”—En seguida lo llamó, primero en voz baja, y luego con mas fuerza, „Davie —Davie Gelfatley!”

El pobre simple se asomó por entre las ruinas de una especie de estufa, que en otro tiempo terminaba el terrado; mas se retiró con pavor á la primera vista de un forastero. Waverley, recordando sus hábitos, empezó á silvar una tonada que ántes gustaba mucho á Davie, y aun la habia aprendido oyéndosela repetir. La música de nuestro héroe no igualaba mas á la de Mondel, que el pobre Davie se parecía á Ricardo Corazon de Leon; pero la melodía tuvo el mismo efecto de hacer que reconocieran á su autor. Davie volvió á salir de su escondrijo, aunque todavía con timidez, mientras Waverley, temeroso de espantarlo, le hacia desde lejos las señas mas cariñosas que le ocurrian. Es su espectro murmuró Davie; con todo, fué acercándose mas y mas, hasta que pareció reconocer á nuss-

tro héroe, y convencerse de que no era fantasma. El pobre fatuo sí parecía realmente el espectro de lo que había sido. El traje peculiar que usaba en mejores días, solo conservaba algunos miserables harapos de su antigua gala, cuya falta había suplido remendándolos con restos de tapices, cortinas de ventanas y lienzos de cuadros. Aun su semblante había perdido la expresión tranquila de indolencia que ántes lo caracterizaba, y el pobre simple parecía flaco, pálido, hambriento y afectado de los nervios, en términos de excitar compasión. Después de vacilar un buen rato, se acercó por fin á Waverley con alguna confianza, le miró tristemente, y dijo: "Todos murieron, se fueron . . . todos murieron, se fueron."

¿Quiénes murieron? preguntó Waverley, olvidándose de que Davie no podía seguir una conversación formal.

„El Baron y el Bailío, y Sanders Sanderson, y Ladi Rosa, que cantaba tan dulcemente—Todos murieron, se fueron.

Pero seguidme, seguidme  
do las luciérnagas brillan,  
y vereis donde los muertos  
enterrarse deberian.  
Amortajados reposan  
mientras que los vientos silban,  
y entre las nubes asoma  
la luna descolorida."

Cantando estos versos con tono presuroso extraño, hizo señas á Waverley para que lo siguiera, y se dirigió rápidamente al extremo d

jardin, caminando al márgen del arroyo, que, como recordará el lector, formaba su limite al oriente. Eduardo, á quien sus palabras causaron un estremecimiento involuntario, lo siguió con la esperanza de saber algo. Como la casa estaba evidentemente desierta, no juzgó posible hallar entre sus ruinas quien le diese razon de lo que deseaba saber.

Davie siguió caminando muy aprisa, y presto llegó al extremo del jardin, y saltó por sobre las ruinas de la pared, que en otro tiempo lo separaba de la barranca boscosa en que estaba situada la torre antigua de Tully-Veolan. Metióse luego por el arroyo, y seguido por Waverley, continuó su camino á paso largo, trepando por algunas peñas, y dando vuelta con trabajo al rededor de otras. Pasaron bajo las ruinas del castillo, siguiendo nuestro héroe á su guia con dificultad, pues ya iba faltando la incierta luz del crepúsculo. Un poco mas adelante lo perdió de vista; pero una luz que distinguió á lo léjos entre aquellos espesos matorrales, le pareció guia mas segura. Luego se le presentó una vereda muy áspera, que al fin le condujo á la puerta de una miserable choza. En ella ladraban ferozmente unos perros, pero callaron al acercarse Waverley. Oyó dentro una voz, y juzgó prudente aplicar el oido ántes de presentarse.

¡A quién has traído aquí, mentecato bribon? decía una vieja al parecer muy indignada. En seguida oyó que Davie Gellatley respondia silbando la tonada con que Eduardo se habia hecho reconocer del pobre simple. y ya no dudó tocar á la puerta. Al instante reinó dentro un si-

lencio profundo, que solo interrumpia el gruñido colérico de los perros, y en seguida oyo que la muger se acercaba á la puerta, probablemente no con el objeto de alzar el picaporte, sino con el de echar algun cerrojo. Para impedirselo, levantó Waverley el picaporte, y abrió la puerta.

Frente á ella estaba una vieja de miserable aspecto, que exclamó: „¿Quién se mete en mi casa de este modo y á esta hora de la noche?” A un lado suyo gruñian dos perros galgos, medio muertos de hambre, que al ver á Waverley, depusieron su ferocidad, como si lo hubiesen reconocido. Al otro lado, medio escondido tras la hoja de la puerta, con una pistola preparada en la mano derecha, y en acto de sacar otra con la izquierda, estaba un hombre alto, flaco, vestido con las reliquias de un uniforme viejo, y desfigurado con una barba de tres semanas.

Era el Barón de Bradwardine.—Parece inútil añadir que arrojó su arma, y saludó á Waverley con un cordial abrazo.

## CAPITULO XVI.

### *Comparacion de apuntes.*

**L**A historia del Barón fué breve, despojándola de los adagios y lugares comunes, latinos, ingleses y escoceses con que la guarneció su erudicion estancada. Insistió mucho en el sentimiento que habia tenido por la pérdida de Eduardo y Glennaquoich, volvió á pelear las batallas de Falkirk y Culloden, y refirió que perdido ya todo en



la última, se había vuelto á su casa, pareciéndole más fácil hallar asilo entre sus dependientes y en sus tierras, que en cualquiera otra parte. Había venido una partida de soldados á saquear y devastar sus bienes, pues la clemencia no era entonces la órden del día. Sin embargo, sus procedimientos se moderaron por una órden del tribunal civil. Este declaró que aquellos bienes no eran confiscables con perjuicio de Malcolm Bradwardine de Inch-Grabbit, heredero masculino, á cuyos derechos no podía perjudicar el delito del Baron, por tratarse de una especie de vínculo, y quien por lo mismo, como otros herederos en igual caso, entró desde luego en posesion de todo. Pero el nuevo señor, lejos de imitar la conducta de otros en aquellas circunstancias, mostró luego las intenciones que tenia de excluir á su predecesor de todo auxilio en sus posesiones, y de aprovechar completamente la mala fortuna del anciano Baron. Esta conducta fué muy chocante, porque todos sabian que el Baron, por una idea novelesca de no perjudicar á los derechos de Malcolm, su heredero masculino, habia rehusado dejar su herencia á su propia hija. Segun las palabras del Baron, „El asunto no coincidió con los sentimientos del vecindario de Bradwardine, Mr. Waverley; los arrendatarios repugnaban pagar las rentas y derechos; y cuando mi pariente, en compañía del nuevo factor, Mr. Jaime Howie, se presentó en el pueblo á cobrarles, algun tuno, (sospeché que fué Juan Heatherblutter, el viejo guarda-bosque, mi compañero el año de quince,) le tiró de un

che un fusilazo, causándole tal pavor, que puedo decir lo que Tulio in Catilinam, *Abiit, evasit, erupit, effugit*. Huyó, señor mio, sin tomar resuello hasta Stirling. Y ahora ha puesto en venta la hacienda, pues él es ya el último substituto en la vinculacion. Si yo debiera lamentarme sobre tales asuntos, esto me seria mas sensible que el que la baronia saliera de mi posesion inmediata, lo que según el curso ordinario de la naturaleza, debia suceder dentro de pocos años. Mas hoy sale ya del linaje: que debió poseerla *in sæcula sæculorum*. Pero hágase la voluntad de Dios, *humana perpessi sumus*. Sir Juan de Bradwardine, (el Negro Sir Juan, como le dicen vulgarmente,) que fué antecesor comun de nuestra casa y de los Inch-Grabbits, no previó que de sus riñones debia salir un hombre semejante. Desde luego me ha acusado con algunos *primados*, es decir, los que mandan ahora, de ser un matasiete, y abrigador y cabeza de baladrones y asesinos. Y ellos han enviado soldados para que residan en estos contornos, y me cacen como á una perdiz en los montes, según dice la Escritura del buen rey David, ó como á nuestro valiente Sir Guillermo Wallace, sin que por esto creais que intento compararme con alguno de los dos.— Cuando llegasteis á la puerta, creí que al cabo habian sorprendido al venado viejo en su última guarida, y me propuse morir defendiéndome, como un gamo de primera clase.— Pero di, Janet, no podrás darnos algo que cenar?"

„Oh! sí, señor: asaré el pato que traje esta mañana Juan Heatherblutter, y ya veis que el po-

bre Davie está asando los huevos de la gallina prieta.—Me atrevo á decir, Mr. Waverley, que nunca pensasteis que aquellos huevos tan bien asados para la cena en la quinta, eran de mano de mi Davie. No hay quien le iguale para eso." Entre tanto Davie estaba casi metiendo las narices en la lumbre, soplando entre las cenizas, dándose talonazos, refunfuñando, y dando vueltas á los huevos sobre las brasas, como si quisiera justificar el elogio de Janet. „Davie no es tan fatuo como lo creen, Mr. Waverley; y no os hubiera traído aquí, á no saber que erais amigo de Sumerced. En verdad, hasta los perros os conocen, Mr. Waverley, porque tratabais con bondad á las bestias y á los pobres.—Con permiso de Sumerced, voy á contaros un pasage de Davie. Ya veis que Sumerced tiene ahora que andar escondido (me parte el corazon), pasa los dias y algunas noches en una cueva inmediata; pero aunque esta no es demasiado incómoda, y el buen viejo de Corse-Cleugh le ha echado en ella un haz de paja, con todo, cuando la tierra está quieta y la noche es muy fria, viene Sumerced aquí á calentarse un poco, y dormir entre sábanas, y por la mañana se muda. Pues, como iba diciendo, una mañana, (qué susto llevé!) dos malditos soldados de casaca colorada, habian salido á pescar, ó por alguna otra diablura, (pues siempre han de hacer algun perjuicio,) y divisaron a Sumerced, cuando se metia en el bosque, y uno de ellos le tiró un balazo. Yo me les interptuse al momento, gritándoles, que por qué habian de ma-

tar al pobre hijo inocente de una muger honrada? Y me arrojé á ellos, y les protesté que era mi hijo; y ellos blasfemaban y juraban que era el viejo rebelde, como llaman á Sumerced; y Davie, que estaba en el bosque, oyó la disputa, y él de su cabeza cogió el capote viejo mago que Sumerced habia tirado por correr mas aprisa, y salió de aquel mismo punto del bosque, remedando tan bien á Sumerced en el andar, que los dejó burlados, haciéndoles creer que habian disparado su tiro al loco Sawney, como ellos le dicen; y me dieron seis peniques y dos salmones de los que habian pescado, porque me callase la boca.— No, no; Davie, el pobrecito no es como toda la gente, pero tampoco es tan fatuo como se figuran.— Pero seguramente, ¿cómo podremos hacer bastante por Sumerced, cuando nosotros y los nuestros hemos vivido en sus tierras de doscientos años á esta parte; y cuando mantuvo á mi pobre Jaime en la escuela y en el colegio, y aun en la quinta, hasta que Dios se lo llevó; y cuando me libró de que me llevarán á Perth, acusándome de bruja, (Dios perdóne á los que intentaron acabar con esta pobre vieja!) y ha mantenido generosamente al pobre Davie toda su vida?

Por fin logró Waverley hallar oportunidad de interrumpir la narracion de Janet, preguntando por Miss Bradwardine.

„Está buena y salva, gracias á Dios, en el Duchen; respondió el Baron; aquel laird es mi deudo lejano, y lo es mas inmediato de Mr. Rubrick, mi capellan, y aunque pertenece al par-

todo whig, no olvida en las circunstancias presentes la antigua amistad que nos ha ligado. El Bailío está haciendo lo que puede con el objeto de salvar algo del naufragio para la pobre Rosa; pero yo dudo, dudo mucho que me sea posible volver á verla, pues debo dejar mis huesos en algun país remoto y extraño."

"No se aflija Su merced, dijo la anciana Janet; igualmente apurado estaba en el año de quince, y al fin recobró su buena baronía y todo lo demas.—Ya están los huevos y el pato, aquí tenemos un trincherero y un poco de sal, y la mitad del pan blanco que envió el Bailío; y hay bastante aguardiente en la cantimplora que mandó Lucia Maclearie, y con todo eso, ¿no cenarán sus mercedes como príncipes?"

"Ojalá que algun Príncipe de nuestros conocidos no lo pase peor, dijo el Baron á Waverley, que concurrió en sus cordiales deseos por la seguridad del infeliz Cárlos Eduardo.

En seguida empezaron á hablar de sus esperanzas futuras. El plan del Baron era muy sencillo, y se reducía á pasar á Francia, donde con el favor de sus amigos viejos, esperaba conseguir algun empleo militar, para el que todavía se juzgaba apto. Invitó á Waverley á seguirlo, y él le prometió hacerlo, si el coronel Talbot no le concedía el indulto ofrecido. Esperó tácitamente que el Baron sancionaria sus pretensiones á Rosa, y le daría un derecho para servirlo en su expatriacion; pero se abstuvo de hablarle en el particular, hasta no ver decidida su propia suerte. Hablaron luego de Glenna-

quoich, por quien expresó el Baron grandísimo sentimiento, aunque según observó, era el verdadero Aquiles de Horacio Flacco.

„Impiger, iracundus, inexorabilis, acer.”

Tambien Flora tuvo mucha parte en la simpatía del buen anciano.

En esto se les hizo tarde. Tia Janet se introdujo en una especie de perrera que habia tras de la choza; Davie estaba ya dormido y roncando, entre Ban y Buscar. Estos perros lo habian seguido á la choza despues que la quinta se quedó abandonada, y residian allí constantemente; su ferocidad y la reputacion que tenia Janet de ser bruja, contribuian bastante á impedir que se frecuentase aquella barranca. Con este objeto, el Bailio Macwhceble enviaba secretamente á Janet comida para ellos, y algunos articulillos de lujo para el gasto de su amo, en cuya remision se observaba aun mayor precaucion y reserva. Despues de algunos cumplimientos, el Baron ocupó su lecho ordinario, y Waverley se reclinó en una silla poltrona vieja de terciopelo, que ántes habia mueblado la alcoba principal de Tully-Veolan, (pues los muebles de esta quinta andaban entónces esparcidos por todas las chozas vecinas), y durmió tan cómodamente como en un lecho de pluma.

## CAPITULO XVII.

*Mas explicacion.*

**A**NTES de salir el sol andaba ya la anciana Janet dando vueltas por la casa, para despertar al Baron, que acostumbraba echar sueños largos y profundos.

Al fin se levantó, y dijo á Waverley: „Ya es hora de volver á mi cueva; ¿gustais de acompañarme por la barranca?“

Salieron juntos, y tomaron una vereda estrecha y difícil, formada al margen del arroyo por los pasos de algunos pescadores ó leñeros. En el camino dijo el Baron á Waverley, que sin el menor peligro podia pasar un dia ó dos en Tully-Veolan, y que nada importaba que lo viesen por allí, si tenia la precaucion de publicar que andaba examinando la finca por encargo de un caballero ingles que intentaba comprarla. Con este objeto le recomendó que visitase al Bailío, que aun vivia en su casa, llamada Veolancito, como á una milla de la aldea, aunque pronto debia mudarse, por pertenecer aquella habitacion al mayordomo de la Baronía. El pasaporte de Stanley acallaria cualquier reclamo del oficial que mandaba el destacamento, y el Baron le aseguró que si alguno de los campesinos lo conocia, no corria peligro de que lo entregase.

„Creo, añadió el anciano, que la mitad de la Baronía sabe que el viejo Laird anda por aquí escondido; pero que no pormiten ni á un solo mu-

chacho que venga al monte á buscar nidos de pájaros; costumbre que me fué imposible desarraigat, aun cuando estaba en el pleno goce de mi autoridad como Baron. Hasta suelo encontrar tiradas algunas cosillas que los pobres (¡Dios se los pague!) dejan, creyendo que puedan aprovecharme. ¡Ojalá encuentren un señor mas prudente que yo, y no ménos bondadoso!”

Un suspiro natural terminó esta frase; pero la equanimidad tranquila con que el Baron soportaba sus infortunios, tenia en sí algo de venerable y aun de sublime. Léjos de abandonarse á un arrepentimiento inútil, ó á una melancolía fastidiosa, toleraba su suerte y los trabajos consiguientes á ella, con moderacion y seria compostura, sin usar expresiones duras respecto del partido prepotente.

„Yo hice lo que creí era mi deber, decia el buen anciano, y ellos incuestionablemente creen cumplir con el suyo. A veces me affijo al mirar esos ennegrecidos muros de la casa de mis antecesores; pero sé muy bien que los oficiales no siempre pueden impedir los desórdenes y depredaciones de los soldados; y aun el mismo Gustavo Adolfo solia disimularlos, como podeis verlo en la relacion que escribió el coronel Muuro de su expedicion con el bravo regimiento escocés de Mackay —Ciertamente, yo mismo, cuando servia con el Mariscal Duque de Berwick, presencié espectáculos por lo ménos tan tristes como el que ofrece hoy Tully-veolan. Sin duda alguna podemos decir con Virgilio Maron: *Fuimus Troes*, y acabar así una cancion anti-



pta. Pero las casas y familias han durado bastante, cuando se han mantenido hasta concluir con honor; y al presente poseo yo una casa, que no deja de parecer una *domus ultima*." (Estaban ya al pié de un peñasco enorme). „Nosotros los pobres Jacobitas, continuó el Baron, mirando arriba, nos parecemos a los conejos en la Sagrada Escritura, (que el gran viajero Pocke llama Jerboa), somos una raza débil que habita entre las rocas. Así, pues, mi buen amiguito, quedad con Dios mientras volvemos á vernos esta noche en casa de Janet, pues yo debo entrar á mi Patmos, lo que no es empresa muy fácil para mis miembros entorpecidos por la vejez."

Con esto comenzó á trepar en cuatro piés aquel peñasco, hasta la mitad de su altura, donde algunos arbustos nacidos en sus grietas, ocultaban la boca de un agujero semejante á un horno, en que el Baron introdujo primero su cabeza y hombros, y luego fué insinuando poco á poco el resto de su largo cuerpo, hasta que al fin desaparecieron sus piernas y piés, encogiéndose como un culebron que entra en su guarida. Waverley tuvo la curiosidad de trepar tras él, y verlo en su antro, que así podia muy bien llamarse aquel escondrijo. En cierto modo se parecia bastante al ingenioso enigma que ofrece un calvario entre una botella, asombro de los niños, (y aun de alguna gente grande, en cuyo número me cuento), que no pueden comprender como ha entrado en ella, ni como ha de salir. La cueva era muy estrecha y demasiado baja para que pudiera estar en pié ni aun sentado, aunque hacia al-

gunas tentativas risibles con el objeto de tomār esta última postura. Su única diversion alli era la lectura de su antiguo amigo Tito Livio que variaba algunas veces, grabando con su cuchillo textos de la Escritura y proverbios latinos en las paredes y techo de su alcázar, que eran de piedra caliza. Como la cueva no tenia humedad, y estaba llena de paja limpia y helecho seco, decia el Baron encogiéndose con un aire de conveniencia, que formaba raro contraste con su situacion, que era un asilo muy tolerable para un soldado viejo, siempre que el viento no soplara directamente del norte. Añadia que tampoco le faltaban centinelas avanzadas. Davie y su madre vigilaban constantemente para descubrir y prevenir cualquier peligro; y era singular la viveza que una especie de instinto parecia inspirar al pobre fatuo, cuando se interesaba la seguridad de su señor.

Recogido el Baron en su Patmos, procuró Eduardo verse á solas con Janet. Desde la primera vez que la vió, la habia reconocido por la vieja que fué su enfermera, despues que lo libertaron de Dotado Gilfillan. Tambien la choza, aunque algo compuesta y mejor mueblada, era ciertamente la que le sirvió de asilo durante su enfermedad, y al atravesar el llano de Tully Veolan, reconoció un árbol grande y viejo, por el mismo que sirvió de punto de reunion á los montañeses en aquella noche memorable. Todo esto lo habia combinado en su imaginacion la noche anterior; pero ciertas razones, que no se ocultarán al lector, le impidieron catequizar á Janet en presencia del Baron.

Empezó, pues, su tarea con empeño; y la primer pregunta fué, ¿Quién era la señorita que visitó la choza durante su enfermedad?—Janet se quedó suspensa un rato, y luego observo que ya era excusado guardar un secreto que no podia servir ni dañar á nadie.

Era una dama que no tiene igual en el mundo.—¡Miss Rosa Bradwardine!”

„Entónces, tambien Miss Rosa fué probablemente la promotora de mi libertad,” dijo Waverley, deleitado con la confirmacion de una idea que ya le habian inspirado ciertas circunstancias locales.

„En eso no me cabe duda, Mr. Waverley; pero la pobrecita se hubiera enojado mucho y avergonzado, á imaginar que alguna vez habiais de saberlo; pues me ordenó que solo hablara en Gaélico, siempre que pudierais oirme, para haceros creer que estabais en las montañas. Yo lo hablo bastante bien, porque mi madre era montañesa.”

Con pocas preguntas mas, descubrió Waverley todo el misterio relativo á su rescate de manos de Gilfillan. Jamas sonó tan dulcemente música alguna á los oidos de un filarmónico, como halagó los de Waverley la cansada tantología con que la anciana Janet pormenorizaba las circunstancias mas ligeras. Pero mi lector no está enamorado, y por lo mismo no abusaré de su paciencia, sino procuraré condensar en un espacio razonable la relacion que extendió Janet en una arenga de casi dos horas.

Cuando Waverley comunicó á Fergus la car-

ta que habia recibido de Rosa Bradwardine, por mano de Davie Gellatley, y en que le comunicaba hallarse ocupado Tully-Veolan por un corto destacamento de tropa, esta circunstancia afectó el ánimo activo y emprendedor del Caudillo. Deseaba molestar y disminuir los puestos enemigos; importábase estorbar el establecimiento de uno en un punto tan inmediato á su casa, y también queria servir al Baron, pues muchas veces le ocurría la idea de casarse con Rosa. Por lo mismo resolvió destacar una partida que lanzase de Tully-Veolan á los soldados ingleses y trajese á Rosa á Glennaquoich. Mas apenas ordenó á Evan la ejecucion de este plan, se la hizo suspender la noticia de que Cope habia penetrado en las montañas para dispersar las fuerzas de Carlos Eduardo, á cuyo estandarte le fué forzoso reunirse con toda su gente.

Envió una orden á Donald Bean para que se le agregase; pero aquel astuto ladron que conocia bien la importancia de mandar por sí, en vez de subordinarse á otro, se excusó de obedecer con varios pretextos que las circunstancias hicieron pasar por bastantes á Fergus, aunque no sin la resolucion interna de vengarse de aquel picaro cuando se presentara tiempo y ocasion oportuna. Sin embargo, como entónces no pudo hacer mas, despachó órdenes á Donald para que bajase á los Llanos, echase á la tropa inglesa de Tully-Veolan, y tratando con todo respeto la quinta del Baron, se estableciera en sus inmediaciones para proteger á su hija y familia, y rechazar ó dispersar cualquier partida volante de

tropa enemiga, ó voluntarios armados que apasreciera en aquellos contornos.

Como estas órdenes contenian una especie de comision ambulante que Donald se proponia interpretar del modo mas ventajoso á sus intereses, viéndose ya libre del terror inmediato que le inspiraba Fergus, y teniendo algun favor con el Principe, por los servicios secretos que le habia hecho en aquellas intrigas, resolvió nuestro Bran Lean segar mientras hubiera sol. Sin dificultad logró ahuyentar de Tully-veolan á los soldados; mas aunque no tuvo el arrojo de entrometerse en lo interior de la familia, ó de molestar á Miss Rosa, por no buscarse un enemigo poderoso en el ejército de Carlos Eduardo,

pues bien sabia  
que del Baron era mortal la saña,

no se abstuvo de imponer contribuciones al vecindario, y adoptó otros varios medios para convertir la guerra en provecho suyo. Plantóse desde luego la escarapela blanca, y pasó á visitar á Miss Rosa, expresándole gran entusiasmo por la causa en que estaba comprometido su padre, y dándole mil disculpas sobre las providencias que necesariamente debia tomar para mantener su tropa. En este momento supo Rosa por la voz general, siempre tan exageradora, que Waverley habia matado al herrero de Cairnwrekan, por haber intentado prenderle; que por este suceso lo habia puesto en un calabozo el Mayor M-dville, y que debia ser fusilado dentro de tercero dia, conforme á la ley marcial. En la ago-

nia que produjeron tan infaustas noticias en el ánimo de Rosa, propuso esta á Donald Bean el rescate del preso. Cabalmente era lo que él deseaba, suponiendo que un mérito de tal naturaleza compensaria los pecadillos que habia hecho en aquellos terrenos. Sin embargo, tuvo el artificio de aparentar repugnancia, alegando sus órdenes y la sumision debida á la disciplina militar, hasta que la pobre Rosa en su extremada afliccion, le ofreció para decidirlo á la empresa, el regalo de algunas joyas de valor que habian pertenecido á su madre.

Donald Bean, que habia servido en Francia, sabia el valor de aquellas alhajas, y tal vez las apreciaba en mas de lo que valian. Pero tambien percibió que Rosa temia se descubriese que las habia sacrificado por libertar á Waverley. Temeroso Donald de que los escrúpulos de Miss Bradwardine le privasen de aquel tesoro, la propuso espontaneamente jurar que nunca revelaria la intervencion de Rosa en el asunto; y previendo que le convendria guardar aquel juramento, y no calculando ventaja alguna probable de su infraccion, contrajo el compromiso (segun dijo á su teniente, para tratar honradamente con aquella señorita) en el único modo y forma que lo constituia inviolable, segun cierto pacto mental que habia celebrado consigo mismo, es decir, que juró el secreto sobre su puñal desnudo. Tambien contribuyeron á este acto de buena fe las atenciones dispensadas por Miss Bradwardine á su hija Adelaida, que no solamente la ganaron el corazon de la montañesita, sino lisonjearon con

extremo el orgullo de su padre. Adelaida, que ya sabia un poco de ingles, pagó las bondades de Rosa con su entera confianza, la enseñó todos los papeles relativos á la intriga con el regimiento de G—, que paraban en su poder, y á instancia de Miss Bradwardine se encargó de volverlos á Waverley, sin conocimiento de Donald. Esas tiras de papel escrito, dijo Adelaida entre sí, pueden complacer á la buena señorita y al gallardo joven ingles, y ¿de qué sirven á mi padre?

El lector sabe ya como verificó Adelaida la restitution, ántes que saliese Waverley de la choza de Janet.

Tampoco ignora como ejecutó Donald su empresa. Pero la expulsion del destacamento de Tully-Veolan produjo alguna alarma, y mientras Donald asechaba á Gilfillan, vino una partida fuerte, de las que él no gustaba encontrarse, á lanzar á los insurgentes, acamparse en aquellas inmediaciones, y proteger el pais circunvecino. El oficial, que era caballero y buen disciplinista, ni molestó á Miss Bradwardine, respetando su triste situacion, ni permitió que sus soldados cometiesen desórden alguno. Formó un pequeño campamento en una altura junto á Tully-Veolan, y situó sus avanzadas en los caminos inmediatos. Estas malas noticias llegaron á Donald en el camino de vuelta para Tully-Veolan. No siéndole ya posible llegar á la quinta, y resuelto, sin embargo, á no perder el premio de su expedicion, determinó depositar á su prisionero en la choza de Janet, lugar cuya existencia misma apenas sabian aun los que llevaban mucho tiempo de.

vivir en aquellos contornos, con el que era imposible dar, á ménos de tener un guia, y parage absolutamente desconocido para Waverley. Hecho esto, reclamó y recibió su recompensa. La enfermedad de Waverley fué un accidente que trastornó todos sus planes y cálculos. Donald tuvo que largarse de aquellas inmediaciones con su gavilla, y buscar nuevo teatro para sus aventuras. Las ardientes súplicas de Rosa le movieron á dejar un viejo herbolario al que suponian inteligente en medicina, con el objeto de asistir á Waverley durante su enfermedad.

Entretanto, ocurrieron á Rosa nuevas y terribles dudas. Se las sugirió la anciana Janet, advirtiéndola que habiéndose ofrecido una suma considerable por la aprension de Waverley, y siendo sus efectos de tanto valor, debia temerse fundadamente que Donald no resistiese á tales tentaciones. Rosa, consternada y afligida con tan justa advertencia, tomó la resolucion audaz de comunicar al mismo Príncipe el riesgo en que se hallaba Mr. Waverley, creyendo que Carlos Eduardo, como hombre de honor y de humanidad, se interesaria en impedir que cayera en manos de sus enemigos. Al principio trató de remitir esta carta anónima; pero luego temió naturalmente que si lo verificaba así, no harian aprecio de ella. Firmóla, pues, aunque con repugnancia y temor, y la entregó á un jóven, que al dejar su granja para unirse al ejército jacobita, la pidió alguna especie de credencial que lo recomendase al real aventurero, por quien esperaba ser nombrado alférez ó teniente.



La carta llegó á manos de Cárlos Eduardo cuando bajaba para los llanos, y conociendo la importancia política de que lo supusieran en correspondencia con los Jacobitas ingleses, envió las órdenes mas positivas á Donald Bean Lean, para que pusiese á Waverley sano y salvo en el castillo de Doune, con todos los efectos de su pertenencia, entregándolo al gobernador de aquella fortaleza. El ladron no osó desobedecer, porque el ejército del Príncipe estaba ya tan inmediato, que era probable no se hubiera quedado impune: ademas, era político á la vez que ladron, y no queria perder con aquella falta el mérito contraido en sus servicios secretos anteriores. Hizo, pues, de necesidad virtud, y ordenó á su teniente que llevase á Eduardo á Doune, lo que se verificó sin novedad, segun hemos visto en un capitulo anterior. Al gobernador de Doune se previno que lo remitiese á Edinburgo como preso, pues el Príncipe temia que hallándose libre Waverley insistiera en su proyecto de volverse á Inglaterra, sin verse con él personalmente. En esto, á la verdad, obró por consejo del Caudillo de Glennaquoich, con quien recordará el lector que consultó el Príncipe sobre lo que deberia hacerse con Eduardo, aunque sin manifestarle como habia llegado á saber su paradero.

Esto lo consideraba ciertamente Cárlos Eduardo como el secreto de una dama; pues aunque la carta de Rosa estaba concebida en los términos mas cautos y generales, y protestaba no reconocer otros motivos que los de humanidad y celo por el servicio del Príncipe, expresaba sin embar-

go un deseo tan vivo de que se ignorara su interposicion, que el caballero no pudo ménos de sospechar el profundo interes que tomaba Miss Bradwardine en la seguridad de Waverley. Pero esta conjetura, aunque bien fundada, produjo inferencias equivocadísimas. pues la emocion manifestada por Eduardo al acercarse á Flora y Rosa en el baile de Holy-Rood, la atribuyó el Príncipe á la última, y presumió que las ideas del Baron sobre su herencia, ó algun otro obstáculo semejante, contrariaban el afecto mútuo de los dos jóvenes. Es cierto que la voz comun atribuia los obsequios de Waverley á Miss Mac-Ivor; pero el Príncipe sabia que la voz comun suele ser pródiga de tales dones; y observando atentamente la conducta de ambas señoritas respecto de Waverley, se persuadió que el joven ingles no tenia partido con Flora, y sí era amado por Rosa Bradwardine. Deseoso de ligar mas y mas á Waverley en su servicio, y de hacer tambien un acto de amistad bondadosa, asaltó luego el Príncipe al Baron sobre que dejara sus posesiones á su hija. Mr. Bradwardine convino en ello; pero el resultado fué que inmediatamente emprendiese Fergus la doble pretension de muger y condado, que el Príncipe desechó, segun hemos visto. El caballero, ocupado constantemente en sus multiplicados negocios, no habia tenido hasta entónces una explicacion con Waverley sobre el particular, aunque varias veces pensó tenerla. Pero cuando Fergus le declaró sus pretensiones, vió la necesidad que tenia de aparecer neutral entre los dos rivales, esperando muy sinceramen-

te que durmiera hasta el fin de la expedición un asunto que parecía contener graves gérmenes de discordia. Cuando por resultas de la quimera ocurrida entre los dos en la marcha para Derby, alegó Fergus como causal que Waverley quería prescindir de sus pretensiones á Flora, el Príncipe le contestó positivamente, que él mismo había observado la conducta de Miss Mac-Ivor con Waverley, y estaba convencido de que Fergus padecía equivocacion al juzgar la de este á quien tenia motivos poderosos para creer comprometido con Miss Bradwardine. Espero que el lector no haya olvidado la pendencia que siguió entre Eduardo y el Caudillo. Estas circunstancias servirán para entender los puntos de esta narracion, que á ejemplo de otros novelistas, hemos dejado sin explicar hasta aquí, para excitar la curiosidad de nuestros lectores.

Cuando Janet le suministró los principales datos de la narracion anterior, pudo fácilmente Waverley usar la clave que ellos le presentaban para descifrar la confusion del laberinto en que había vagado por algun tiempo. A Rosa Bradwardine debia, pues, la existencia, que en aquel momento hubiera sacrificado gustoso en obsequio suyo. Sin embargo, una breve reflexion le convenció de que le seria mas conveniente y agradable vivir para ella, y que siendo por sus riquezas un hombre independiente, podia partirlas con su bienhechora, ya fuese en Inglaterra, ya en algun pais extranjero. Si faltara alguna circunstancia para recomendar tal proyecto, se hallaria en la consideracion de emparentar con un sujeto de

las prendas que poseía el Baron, y que tanto apreciaba Sir Everardo. Sus ridiculeces, que tan grotescas parecían durante su prosperidad, en el ocaso de su fortuna se confundían con los rasgos más nobles de su carácter, haciéndolo parecer original, pero no burlesco. Ocupado nuestro héroe con estos proyectos de felicidad futura, se dirigió á Veolancito, donde vivía Mr. Duncan Macwheeble.

### CAPITULO XVIII.

*Ved si Cupido es niño de conciencia,  
pues todolo que debe restituye.*

SHAKSPEARE.

**M**R. Duncan Macwheeble, que ya no era Comisario ni Bailío, aunque todavía gozaba el vano título de la última dignidad, había escapado á la proscripción, separándose á tiempo del partido insurgente, y por su notoria insignificancia.

Encontrolo Eduardo en su despacho, sumergido entre cuentas y papeles. Tenía delante un cazuelon lleno de un potage formado con harina de avena, y á su lado una cuchara de cuerno y una botella de razonables dimensiones. Paseaba con ansia la vista sobre unos autos voluminosos, y de cuando en cuando sepultaba en su espaciosa boca una cucharada inmensa de aquellos nutritivos manjares. Una botella holandesa de aguardiente, semejante á una olla que estaba á su lado, indicaba que aquel digno curial había hecho ya la mañana, ó pensaba sazonar su potaje con tal digestivo, ó tal vez so

podian inferir racionalmente ambas circunstancias. Su gorro y bata habian sido en otro tiempo de barragan; pero el honrado Bailio igualmente cauto y frugal, los habia tenido de negro, no fuera que su infausto color primitivo recordase á las visitas su desgraciada expedicion a Derby. Para completar la suma de su retraimiento añadiremos que tenia la cara embarrada con rapé hasta los ojos, y los dedos sucios de tinta hasta las coyunturas. Miró dudosamente á Waverley, cuando este se acercó al pequeño enrejado verde, que defendia su escritorio de la aproximacion del vulgo. Nada podia molestar mas al Bailio, ni ponerlo en conflicto mayor, que el que reclamara su conocimiento alguna de las personas desgraciadas que en aquellos dias tenian tanta probabilidad de necesitar socorro, y ninguna de poder proporcionar provecho. Pero el que se le presentaba entónces era el opulento jóven ingles.— ¡Quién sabia cual era tu posicion actual? — Tambien era un grande amigo del Baron.— ¡Qué debia, pues, hacerse?

Mientras tales reflexiones daban un aspecto de absurda perplejidad al semblante de aquel pobre hombre, Waverley, reflexionando sobre la comunicacion que trataba de hacerle, cuya naturaleza contrastaba tan ridículamente con la traza del individuo, no pudo ménos de soltar una gran cargada. Como el Bailio juzgaba imposible que un hombre pudiera reirse de buena gana cuando estuviera en algun peligro, ó le afligiera la pobreza, la jovialidad de Waverley lo consoló y tranquilizó en mucha parte, y dándole una bien veni-

da bastante afectuosa, le preguntó ¿qué gustaba de almorzar? Pero Eduardo le dijo que ante todo tenía que hablarle á solas, en cuya virtud desde luego se tomó la libertad de echar cerrojo á la puerta. Esta precaucion en ninguna manera gustó á Duncan, pues parecia oler á peligro; pero ya no tenia remedio.

Convencido Waverley de que podia fiarse en Macwhheble, pues le traia cuenta ser fiel, procedió á comunicarle su presente situacion y proyectos futuros. El cauto agente oyó con inquietud que aun estaba proscripto nuestro héroe, se confortó algo al saber que tenia un pasaporte, se estregó las manos con gusto, cuando Eduardo mencionó el importe de su caudal presente, abrió tamaños ojos al entender la brillantez de sus esperanzas futuras; mas al manifestarle su intencion de partirlas con Miss Rosa Bradwardine, faltó poquisimo para que el pobre Bailio se volviese loco de pura júbilo. Saltó de su taburete, como la P-tonisa de su trípode; tiró por la ventana su mejor peluca, tropezando con la percha en que estaba colgada; tiró su gorro al techo, y al caer lo cogió en el aire; silbó el *Tu-llochgorum*; bailó un zapateo montañes con inimitable agilidad y gracia, y por último se dejó caer sofocado en una silla, exclamando: „Lady Waverley!— diez mil libras anuales, ni un pchavo ménos!— Dios conserve mi pobre juicio!”

„Amen, con todo mi corazon, dijo Waverley; mas ahora Mr. Macwhheble, ocupémonos en nuestro asunto.” Esta palabra produjo el efecto de un calmante; pero la cabeza del Bailio, segun

su misma expresion, todavía le zumbaba como un panal de abejas." Sin embargo, cortó su pluma, señaló seis ó siete pliegos de papel con un amplio márgen, apeó los *Estilos* de Dallas de San Martín de un estante, (en que a quella obra venerable se apolillaba tranquilamente con las *Instituciones* de Stair, las *Dudas* de Dirleton, la *Práctica* de Balfour, y porcion de libros-viejos de cuentas,) abrió el volúmen por el artículo „Contrato de matrimonio,” y se preparó á extender lo que él llamaba „una corta minuta para impedir á las partes que se arropitiesen.”

Costo algun trabajo á Waterley hacerle comprender que se apresuraba demasiado. Explicole que necesitaba su auxilio, en primer lugar, para hacer segura su residencia en lo pronto, escribiendo al comandante del destacamento ingles de Tully-Veolan, que Mr. Stanley, caballero ingles, y pariente inmediato del Coronel Talbot, se hallaba en casa de Mr. Macwheeble para arreglar algunos asuntos particulares, y sabiendo el estado del pais, enviaba su pasaporte para que el Capitan Forter se sirviera visitarlo. Este mensaje produjo una respuesta muy atenta del oficial, y un convite á Mr. Stanley para que lo acompañase á comer, al que (como es fácil de suponer.) contestó Eduardo excusándose, con el pretexto de hallarse muy ocupado.

Su segunda solicitud fué: que el Bailío Macwheeble despachara un mozo de á caballo, al pueblo inmediato, por cuya estafeta le debia es-

cribir el Coronel Talbot, previniéndole que aguardase allí al correo, y recogiendo una carta que debia conducir para Mr. Stanley, la trajese á Veolancito, sin perder un momento. Inmediatamente llamó el Bailío para esta comisión á su aprendiz ó pasante Jock Scriver, y á pocos minutos estaba ya este montado en la jaca tordilla.

„Cuidado con ella, Jock, llévala bien, pues quedó medio aseleada desde que . . . hem!— Dios me favorezca! (en voz baja) iba á decir una tontería . . . desde que corrió tanto por traer al caballero para que seosegase á Mr. Waverley y á Vich Ian Vohr; y buen golpe llevé por mi trabajo! Dios perdona á quien tuvo la culpa de todo! Por poco me rompo el pescuezo, aunque á la verdad no corrió este peligro solo; pero esto último todo lo indemniza.— Lady Waverley!— diez mil libras anuales! Dios me favorezca!”

„Mas olvidais Mr. Macwheeble, que todavía necesitamos el consentimiento de la señorita y el del Baron.”

„No, eso no importa.— Yo los fio.— Yo os lo aseguro con mis orejas.— Diez mil libras anuales! Noramala para Balmawhapple!— un año solo de esa renta vale por todo Balmawhapple, con capital y réditos. Dámos gracias á Dios por tanto beneficio!”

Para distraer al Bailío de su éxtasis, le preguntó Eduardo si habia sabido últimamente algo sobre el caudillo de Glennaquoich.

„Ni una palabra, contestó Macwheeble, sino que aún permanece en el castillo de Carlisle.



y pronto lo juzgarán definitivamente, y es regular que no escape con vida. Yo no le deseo ningún mal, y solamente espero que sus aprensiones lo pondrán á buen recaudo, y no le permitirán volver á sus montañas, para que nos incomode con su malla negra y toda clase de opresiones y despojos violentos, ofensivos y tiránicos, no solo por su parte, sino por la de sus factores, agentes y subalternos. Y luego ya sabeis que cuando cogia la plata, no hacia el menor caso de ella, sino la tiraba como tierra en el regazo de aquella muger ociosa de Edimburgo— ya se ve! como viene se va.” Por mi parte, deseo no volver á ver en todo este suelo ni un sable ni una casaca colorada, ni un fusil, á ménos que sea para cazar. Todos nos gobiernan á palos; y cuando os han hecho mil perjuicios y ofensas, aun cuando logreis sacar contra ellos un fallo de despojo, opresion ó violencia, ¿para qué os sirve y qué habeis adelantado?— No tienen sobre que caerse muertos, y en la vida les podeis sacar un ochavo.

En esta conversacion, interrumpida á veces con recuerdos del asunto principal, pasó el tiempo hasta la hora de comer, prometiéndole entre tanto Macwheebie que buscaria sus arbitrios para que Eduardo se introdujese en el Duchran, donde residia Rosa, sin excitar sospechas ó correr peligro; lo que no parecia empresa muy fácil, porque aquel laird era partidario celoso del gobierno. Púsose en requisicion el corral, y pronto se vieron humar sendos torreznos en la pequeña sala del Bailio. Empezaba este á

introducir su tirabuzón en una botella de vino tinto, (escatimada probablemente á la despensa de Tully-Veolan,) cuando la vista de la jaca torquilla, que pasaba al trote frente á la ventana, indujo al Bailío á suspender su obra por el momento, aunque con la precaucion debida. Entra Jock Scriveret con un pliego para Mr. Stanley; Eduardo reconoce el selló del Coronel Talbot, y le tiemblan los dedos al abrirlo. Rompe la cubierta, y caen dos papeles oficiales, doblados, firmados y sellados en toda forma. Recogiólos cuidadosamente el Bailío, pues tenia respeto natural á todo lo que parecia escritura, y al examinar sus títulos, saludaron sus ojos, (ó por mejor decir, sus anteojos,) las palabras siguientes: „Resguardo concedido por su Alteza Real á la persona de Cosme Comyne Bradwardine, Escudero, llamado comunmente Baron de Bradwardine, proscripto por su complicidad en la última rebelion.” El otro documento era de igual naturaleza, á favor de Eduardo Waverley, Escudero. La carta del Coronel Talbot decia lo que sigue:

„Caro Eduardo: acabo de llegar aquí, y sin embargo, he concluido mi asunto, aunque me ha costado algun trabajo, como luego sabreis. Apenas llegué, fui á ofrecer mis respetos á S. A. R. y lo hallé con humor poco favorable á mi solicitud. Acababan de salir tres ó cuatro caballeros escoceses. Despues de corresponder muy cortesmente á mi saludo, flo creereis, Talbot! me dijo; aquí han estado cinco ó seis de los caballeros mas respetables y afectos al gobierno que hay al norte del Forth, el mayor Mel

ville de Cairnwreckan, Rubrick de Duchran, y otros, que á fuerza de importunidades, me han arrancado un resguardo por ahora, y la promesa de un indulto futuro, para ese rebelde viejo y tenaz á quien llaman el Baron de Bradwardine. Alegan que su noble carácter personal y la clemencia con que trató á los nuestros que cayeron en sus manos, pesan mucho en su favor, principalmente cuando la pérdida de sus bienes debe serle una pena bastante dura. Rubrick se ha comprometido á tenerlo en su casa, hasta que el orden y la paz acaben de restablecerse; pero siempre es algo duro que me fueren así á perdonar tan mortal enemigo de la casa de Brunswich! El momento no era favorable para iniciar mi asunto; sin embargo, contesté que me alegraba mucho de ver que S. A. R. estaba en disposicion de conceder tales solicitudes, pues así me alentaba á presentarle en mi nombre otra de igual naturaleza. Incomodose, pero yo insistí; mencioné el uniforme apoyo de nuestros tres votos en la cámara, recordé modestamente mis servicios en Flandes, aunque su valor solo consistia en la aprobacion que S. A. R. se habia dignado impartirles, y me apoyé con bastante fuerza en las protestas de amistad y benevolencia personal con que tantas veces me habia distinguido. Mis razones lo hicieron vacilar, pero sin vencerlo. Inquirí la política de separar en adelante de los desafectos y sus maquinaciones al heredero de tan vasta fortuna. Mas no le hice impresion con esto. Le manifesté lo que debo á Sir Everardo y á vos personalmente, y le pedí por única recompén-

sa de mis servicios que se dignase proporcionarme este medio de probar mi gratitud á mis favorecedores. Percibí que todavía meditaba otra repulsa, y sacando mi despacho de la faltriquera, dije (como último recurso) que pues en tan urgentes circunstancias, S. A. R. no me juzgaba digno de un favor que habia dispensado á otros caballeros, cuyos servicios y méritos no podia yo juzgar superiores á los míos, se me permitiera poner mi despacho con toda humildad en las manos de S. A., y retirarme del servicio. Para esto no se hallaba preparado; díjome que volviese á tomar mi despacho, añadió algunas expresiones muy lisonjeras sobre mis servicios, y accedió por fin á mi súplica. Ya volveis, pues, á ser un hombre libre, y he prometido en vuestro nombre que desde hoy seréis buen muchacho, y recordareis la deuda que os impone la lenidad del gobierno. Confesad ahora que mi Príncipe no es ménos generoso que el vuestro. No por esto digo que dispense un favor con todas las gracias extranjeras y cumplimientos de vuestro caballero andante; pero sí tiene un modo inglés franco, y la evidente repugnancia con que accedió á mi solicitud, indica el sacrificio que hace de su voluntad á mis deseos. Mi amigo el ayudante mayor, me dió un duplicado del resguardo del Baron, [cuyo original tiene el Mayor Melville,] y os lo envío, pues sé que si podeis hallarlo, tendreis mucho gusto en ser el primero que le comunique tan feliz nueva. Por supuesto debe marchar luego al Duchran, y hacer su cuarentena allí por al-

gunas semanas. Por lo que respecta á vos, tenéis mi licencia para escoltarlo, hasta allá y permanecer una semana en su compañía, pues entiendo que cierta ninfa reside por aquel rumbo. Y tengo el placer de anunciaros que cuantos progresos hagais en su corazón, serán muy agradables á Sir Everardo y á Mrs. Raquel, pues uno y otra no juzgarán fija vuestra suerte futura, ni en plena seguridad á los tres arriños *pasantes*, mientras no les presentéis una esposa vuestra. Hace algunos años que ciertos asuntos amatorios míos interrumpieron la ejecución de unas medidas proyectadas entónces en favor de los tres arriños; y así estoy obligado en conciencia á indemnizarlos y mirar por ellos. Por lo mismo, aprovechad bien vuestro tiempo, pues cuando espire la semana que os concedo, necesitáis ir á Londres para sacar vuestro indulto en forma.— Con la mayor sinceridad, querido Waverley, me repito siempre vuestro,

FELIPE TALBOT.

## CAPITULO XIX.

*Oh galanteo feliz, que dura poco!*

**C**UANDO se hubo serenado algo la primera sensación tumultuosa de alegría, ocasionada por tan excelentes noticias, trató nuestro héroe de marchar á la barranca sin demora, con el objeto de comunicarlas al Barón. Pero el cauto Bai-

lio le advirtió justamente, que si el Baron aparecía luego en público, los arrendatarios y aldeanos podían expresar su júbilo con demasiado alboroto, y ofender „á las autoridades existentes,” personas á quienes el Bailío siempre miraba con ilimitado respeto. Por lo mismo propuso que Mr. Waverley fuese á la choza de Janet Gellatley, y trajese al Baron de noche á Veolancito, donde pudiese disfrutar de nuevo las delicias de una cama buena. Entre tanto dijo que él iria en busca del Capitan Forter, para enseñarle el resguardo del Baron, y obtener su permiso para darle hospedage aquella noche, y por la mañana proporcionaria caballos en que marchase para el Duchran con Mr. Stanley, cuyo nombre, añadió, juzgo que retendreis por ahora.”

„Ciertamente, Mr. Macwheeble; ¿pero no me acompañareis esta tarde á la barranca, para ver y saludar á vuestro patron?”

„Con todo mi corazon lo haria, y os agradezco mucho me recordeis la obligacion que de ello tengo. Pero ya se habrá puesto el sol cuando vuelva yo de ver al capitan, y en esas horas tiene mal nombre la barranca, y hablan mucho sobre las gracias de esa vieja Janet Gellatley. El Laird no quiere creer en esas cosas; pero esto nada prueba, pues siempre ha sido muy valiente y arrojado, y jamas temió ni á hombres ni á demonios.— Así le ha ido. Yo estoy seguro de que Sir Jorge Mackenyie dice que ningun teólogo podrá dudar que hay brujas, pues la Biblia dice, „no las dejarás vivir;” y que ningun letrado en Escocia podrá tampoco dudar

lo, cuando nuestras leyes imponen á tal crimen la pena de muerte. Así pues, las brujas tienen á su favor las leyes y la Escritura. Y si Su merced no quiere creer al Levítico, si debe creer al libro de los Estatutos. Pero en fin hará lo que guste en el particular, pues esto no le importa á Dunchan Macwheeble. Sin embargo, enviaré por Janet á la noche, pues no es prudencia despreciar á gentes de ese carácter, y tambien necesitaremos á Davie para que dé vueltas al asador, pues voy á disponerse mate un ganso gordo, para que cenen sus mercedes."

Cuando el sol estaba próximo á ponerse, marchó Waverley para la choza; y no pudo ménos de convenir en que la supersticion habia escogido bien el sitio y el objeto en que fundaba sus terrores fantásticos. Entró á la choza recordando unos versos en que describe Spencer la barranca, choza y aspecto de una hechicera, completamente aplicables al caso. La pobre Janet, encorvada por la vejez, sucia y lagañosa por efecto del humo, andaba tropezando por la choza con una escoba en la mano, y murmurando algunas palabras entre dientes, mientras procuraba limpiar un poco su fogon y suelo, para recibir los huéspedes que aguardaba. Los pasos de Waverley la espantaron, y estuvo temblando largo rato, pues le tenia muy afectados los nervios el temor continuo de que sorprendieran á su patron. Tuvo Waverley alguna dificultad para hacerla comprender que el Barón estaba ya seguro de todo riesgo personal,

y cuando llegó á persuadirse de tan grata nueva, no le costó ménos trabajo hacerla creer que no por eso debia él recobrar sus posesiones. „Siempre creí, dijo ella, que habia de reponerse mi buen señor; y no puede haber hombres tan malos que le quiten sus bienes, cuando ya lo perdonan. En cuanto á ese pícaro Inch Grabbit, á veces quisiera ser bruja, para hacerle un flaco servicio, si no temiera que el enemigo me tomase la palabra.” Entónces Eduardo la dió algun dinero, y la prometió que su fidelidad quedaria bien recompensada. „¿Qué mejor recompensa podré yo desear, señorito, que la de ver otra vez á mi anciano señor y á Miss Rosa quietos en su casa, y poseyendo lo suyo?”

Despidiose Waverley de Janet, y presto se encontró bajo el Patmos del Baron. Dió un silbido con precaucion, y observó que el veterano se asomaba á reconocer, sacando la cabeza de su agujero, como un tejón viejo. „Venis algo temprano, amiguito, dijo al apearse. Dudo que las casacas coloradas hayan tocado todavía la retreta, y hasta entónces no estamos seguros.”

„Las noticias faustas no pueden anticiparse bastante, dijo Waverley; y con infinito júbilo le comunicó las gratas nuevas que traia. El buen anciano se quedó suspenso un instante en devocion silenciosa, y luego exclamó: „Loado sea Dios! Ya volveré á ver á mi hija.”

„Y espero sea para no volver á separaros nunca, dijo Waverley.”

„Espero en Dios que no, á ménos que sea



para buscar medios de sostenerla; porque mis cosas están en malísimo estado. ¿Pero qué significan los bienes de este mundo?"

„Y si acaso, dijo Waverley modestamente, hubiese un estado que pudiese á Miss Bradwardine fuera de la incertidumbre de la fortuna, y en el rango para que ha nacido, ¿lo repugnarais, querido Barón, porque haria el hombre mas feliz del mundo á uno de vuestros amigos?" El Barón se quedó mirándolo, como si dudase la significacion de aquellas palabras. „Sí, continuó Eduardo, no juzgaré anulada mi sentencia de destierro, si no me permitis que os acompañe al Duchran, y...."

El Barón parecia estar concentrando toda su dignidad para dar la respuesta conveniente, á lo que en otros dias le habria parecido la propuesta de un tratado de alianza entre las casas de Bradwardine y Waverley. Però sus esfuerzos resultaron inútiles; el padre pudo más que el Barón; olvidóse el orgullo del nacimiento y rango; aquella sorpresa grata produjo una leve convulsion en sus facciones cuando certió á los afectos de la naturaleza, y abrazando á Waverley, exclamó sollozando: „Hijo mio! hijo mio! si para elegir hubiese recorrido el mundo, no hubiera escogido á otro. Eduardo correspondió al abrazo con gran ternura, y por un corto espacio permanecieron ambos en silencio. Rompiólo por fin Eduardo. „Però Miss Bradwardine....?"

„Nunca tuvo mas voluntad que la de su anciano padre: además sois un jóven gallardo, de buenos principios y alto nacimiento: no, jamas

tuvo ella otra voluntad que la mia, y en mis dias mas brillantes no pude haberla deseado mejor esposo que el sobrino de mi excelente y antiguo amigo Sir Everardo.— Mas creo, jóven, que no habeis tratado este asunto con ligereza, y espero háyais asegurado la aprobacion de vuestros amigos y deudos, particularmente la de vuestro tio, que está para vos *in loco parentis*?" Aseguróle Waverley que Sir Everardo se juzgaria honradísimo con la admision lisonjera que habian obtenido sus pretensiones, las cuales merecian toda la aprobacion del respetable Baronet; en prueba de lo cual puso en manos del Baron la carta del Coronel Talbot. Leyóla el Baron muy atentamente, y dijo: „Sir Everardo siempre menospreció las riquezas, comparadas con el honor y el nacimiento; y en verdad, no ha tenido ocasion de tributar cultos á la *Diva Pecunia*. Yo, sin embargo, quisiera (ya que este Malcolm ha resultado tal parricida, pues no merece mejor nombre quién determina vender los bienes de su familia) quisiera, continuó, fijando los ojos en una parte del techo que se veia por sobre los árboles, poderle dejar á Rosa el caseron viejo y los derechos anexos á él.— Y con todo, añadió en tono mas festivo, quizá no hay mal que por bien no venga; pues como Baron de Bradwardine, pudiera serme forzoso insistir en ciertas condiciones sobre nombre y armas, que hoy nadie podrá tener á mal que prescinda de ellas cuando soy un señor sin tierras, con una hija sin un ochavo.”

„Gracias al cielo, dijo Eduardo entre sí, de

que Sir Everardo no esté presente! Los tres ar-  
 mifios pasantes y el oso rampante sin duda se ha-  
 brian estirado las orejas." Entónces aseguró al  
 Barón con todo el fuego de un amante joven  
 que solo buscaba su felicidad en la mano y co-  
 razon de Rosa, y se reputaba tan feliz con la  
 simple aprobacion de su padre, como si este  
 la diera por dote un condado.

„En esta conversacion llegaron á Veolancito.  
 El ganso humeaba en la mesa, y el Bailío es-  
 taba ya blandiendo su tenedor y cuchillo. Abra-  
 zó á su patron con mucho júbilo, mientras se  
 formaba otra reunion en la cocina. Instalóse jun-  
 to al fogon la anciana Janet: Davie habia da-  
 do vueltas al asador admirablemente, y Bary  
 Buscar, hartos de comida hasta el gollete por la  
 liberalidad del Bailío, roncaban tirados en el suelo,

El Barón y su joven amigo marcharon al dia  
 siguiente para el Duchran, donde ya esperaban  
 al primero, á consecuencia del buen éxito que  
 habia tenido el empeño casi unánime que toma-  
 ron a su favor los caballeros escoceses parti-  
 darios del gobierno. Este interes habia sido tan  
 general y poderoso, que aun tal vez habria pó-  
 dido salvarle sus bienes, á no haber caido en  
 las manos rapaces de su indigno pariente, cu-  
 yo derecho de substitucion no podia ser afectado  
 por un indulto de la corona. Sin embargo, el  
 buen anciano decia con su acostumbrado espí-  
 ritu; que la buena opinion de sus vecinos le era  
 mas satisfactoria „que una rehabilitacion y res-  
 titucion *in integrum*, si esta fuera practicable.”

No intentaremos describir la tierna reunion del

padre y la hija, tan amantes uno de otro, y separados en circunstancias tan peligrosas. Aun ménos pretenderemos analizar el profundo rubor de Rosa al recibir los cumplimientos de Waverley, ó entrar en averiguacion de si ella tuvo alguna curiosidad sobre el objeto particular de su viaje á Escocia en aquel periodo. Ni siquiera molestaremos al lector benévolo con los anticuados pormenores de un galanteo ahora sesenta años. Baste decir que todo se condujo en debida forma, segun correspondia á la direccion de un *etiquetista* como el Baron de Bradwardine. Al dia siguiente de su llegada, se encargó de anunciar á Rosa las pretensiones de Waverley, que ella escuchó con la timidez virginal correspondiente. Sin embargo, es fama que la tarde ántes se proporcionó Waverley, cinco minutos para hablarla sobre el particular, mientras el resto de la concurrencia se divertia en mirar tres serpientes retoroidas, que formaban una fuente en el jardin.

Mis bellas lectoras juzgarán por sí mismas; pero yo por mi parte no puedo concebir cómo pudo comunicarse en tan poco tiempo un negocio tan grave; y ciertamente el Baron gastó una hora completa para despacharlo á su modo.

Desde entóncea quedó Waverley en la clase de amante recibido y aprobado en toda forma. La señora de la casa, á fuerza de señas y gestos, lo hacia sentarse á la mesa junto á Miss Bradwardine, y ser su compañero cuando jugaban de noche. Si entraba á la pieza donde estaba Rosa, cualquiera de las cuatro Miss Ru-

bricks, á quien habia tocado estar junto á ella, se acordaba de haber dejado en otra parte su dedal ó tijeras, y se levantaba para que ocupase Eduardo el asiento mas inmediato á su querida. Aun si Papá y Mamá no les iban á la mano, solian las niñas reirse entre dientes. Tambien el anciano Laird de Duchran soltaba de cuando en cuando su chanza, y la señora vieja su observacion. Ni el Baron podia contenerse; pero con él no tenia Rosa mas molestia que la de conjeturar, pues regularmente cubria sus agudezas con citas latinas. Hasta los lacayos solian hacer sus muecas muy por lo claro, las criadas se reian tal vez con poco miramiento, y en toda la familia parecia extendido un espiritu de inteligencia provocadora. Adelaida Bean, la guapa moza de la caverna, que despues del *infortunio* de su padre (como ella decia), se acomodó con Rosa de criada, se sonreia y gesticulaba como la mejor. Con todo, Rosa y Eduardo sufrieron estas pequeñas incomodidades: como las han sufrido otros muchos, ántes y despues de ellos, y probablemente lograron obtener alguna indemnizacion por todo, pues en general no se cree que estuvieran particularmente molestos, durante los seis dias que pasó Waverley en el Duchran.

Dispúsose por fin que marchase á Waverley-Honour con el objeto de dar los pasos necesarios para su matrimonio, que de allí fuese á Londres, sacara su indulto en forma, y volviese lo mas pronto posible á reclamar la mano de su novia. Tambien queria Eduardo visitar en este

viaje al Coronel Talbot; pero sobre todo su objeto mas importante era saber la suerte del infeliz caudillo de Glennaquoich, visitarlo en Carlisle, y ver si podia influir algo en conseguirle, si no un indulto, por lo ménos una conmutacion de la terrible pena á que casi estaba seguro de ser condenado; y en el último caso, ofrecer á la miserable Flora un asilo en la compañía de Rosa, ó servirla en lo posible de cualquier otro modo. Parecia muy difícil mitigar la suerte de Fergus. Ya Eduardo habia hecho esfuerzos para interesar en favor suyo al Coronel Talbot; y este le habia respondido que su crédito en tales asuntos se hallaba completamente agotado.

El Coronel aun estaba en Edimburgo, y tenia que permanecer allí algunos meses para desempeñar una comision del Duque de Cumberland. Su esposa Lady Emilia debia venir á reunirsele, escoltada por Francisco Stanley, pues los médicos la aconsejaban que viajase con comodidad, y tomase á pasto el suero de leche de cabra. Por lo mismo, Eduardo encontró en Edimburgo al Coronel, quien le dió la mas afectuosa enhorabuena por su próxima felicidad, y se encargó con gusto de varias comisiones que nuestro héroe tuvo precision de confiarle. Pero se mostró inexorable en el punto de Fergus. Hizo ver á Eduardo que su intercesion seria inútil, y ademas, le confesó que su conciencia le vedaba interponer influjo alguno en favor de aquel desgraciado sujeto. Fundábase en que la justicia exigia alguna satisfaccion por parte de los

que habian llenado á toda la nacion de luto y espanto, y acaso no podia elegir mas propia víctima que Fergus. Este habia tomado las armas con pleno conocimiento de la naturaleza y resultados de aquella guerra civil, despues que los estudió y penetró perfectamente. No lo pudo intimidar la desgracia de su padre, ni suavizar su odio la lenidad de las leyes, que le restituyó los bienes y derechos de sus mayores. Su valor, generosidad, y otras cualidades nobles que poseia, solo servian de hacerlo mas peligroso; su educacion é ilustracion hacian ménos excusable su crimen; y su entusiasmo en favor de una mala causa, lo constituia el mas propio para ser mártir de ella. Sobre todo, por él habian salido al campo muchos centenares de hombres, que sin sus instigaciones ó mandatos, jamas hubieran perturbado la paz de Escocia.

„Lo repito, añadia el Coronel, aunque sabe Dios cuanto me aflige su desgracia personal; ese jóven estudió y comprendió perfectamente el juego terrible en que tomó cartas. Rifó su vida ó muerte, una corona de conde ó un atahud sangriento; y sin hacer al pais una grande injusticia, no podemos permitirle que pruebe á desquitarse, porque lo haya desairado la fortuna.”

Así raciocinaban en aquellos tiempos respecto de los enemigos vencidos aun los hombres mas valientes y humanos. Esperemos fervorosamente que al ménos en esta parte, no volverémos á presenciar las escenas ó escuchar las opiniones que eran generales en Inglaterra ahora sesenta años.

## CAPITULO XX.

*Mañana? Qué decis?—¡Piedad! Clemencia.*

SHAKESPEARE.

**E**DUARDO, seguido por su antiguo criado Alick Polwarth, que volvió á su servicio en Edinburgo, llegó á Carlisle cuando la comision respectiva estaba todavia juzgando á sus infelices compañeros en la guerra civil. Habia caninado muy aprisa, no ya con la menor esperanza de salvar á Fergus, sino para verlo por última vez. Debí mencionar antes qué cuando supo haberse fijado ya el dia del juicio, proporcionó dinero con la mayor liberalidad para la defensa de los acusados. Concurrieron los patronos de testos; pero bajo el mismo pié que suelen llamarse los primeros médicos á la cabecera de un personaje moribundo: los doctores para prevenir algun accidente inevitable; ó algun esfuerzo extraordinario de la naturaleza; los letrados para agarrarse de algun defecto en las formas legales; cuya ocurrencia es tan rara como la de aquellos. Eduardo entró á la sala del tribunal, que estaba muy llena de gente, mas por llegar del Norte, y por su extremada agitacion y angustia, lo creyeron pariente de los presos, y le abrieron campo. Aquella era la tercera sesion del tribunal, y en la barra estaban dos hombres. El jurado acababa de pronunciar el fallo de reos, y en la pausa momentanea que lo siguió, se dirigieron á la barra sus ojos atónitos. Fuéle im-



posible desconocer la talla magestuosa y nobles facciones de Fergus Mac-Ivor, aunque su vestido estaba sucio, y teñido su rostro con la palidez enfermiza consiguiente á una larga y estrecha prision. Evan Maccombich lo acompañaba. Al mirarlos trastornó á Eduardo su dolor, y sintió una especie de vértigo; pero le hizo volver en sí la voz del escribano, que pronunciaba las palabras solemnes, precursoras de la sentencia: „Fergus Mac-Ivor de Glennaquoich, llamado por otro nombre Vich Ian Vohr, y Evan Mac-Ivor del Dhu de Tarrascleugh, alias Evan Dhu, alias Evan Maccombich, ó Evan Dhu Maccombich: ambos y cada uno de vosotros estais convictos de alta traicion. ¿Qué teneis que alegar en favor vuestro, para que el tribunal no fulmine contra vosotros conforme á las leyes la pena de muerte?”

Cuando el juez presidente se ponía ya la fatal gorra para pronunciar su fallo, se puso Fergus el suyo, le miró con altivez y firmeza, y respondió con entera voz: „No puedo consentir que este numeroso auditorio crea serme imposible responder á tal pregunta. Mas lo que pidiera yo deciros, no podeis vosotros escucharlo, porque mi defensa seria vuestra condenacion. Proceded, pues, en nombre de Dios, á hacer lo que se os permite. Ayer y ante ayer habeis mandado verter como agua mucha sangre leal y noble.— No perdoneis la mia. Si tuviese ya en las venas toda la de mis antecesores, la hubiera expuesto en tan bella causa. Volvió á sentarse, y ya no quiso levantarse otra vez.

Evan Maccombich lo miró con mucha angus-

tia, y levantándose parecia deseoso de hablar; pero la confusion del auditorio, y la perplejidad consiguiente á pensar en una lengua lo que debia expresar en otra, lo hicieron permanecer mudo. Oyóse un murmullo de compasion entre los espectadores, suponiendo estos que aquel infeliz queria excusar su crimen con el influjo de su caudillo. El juez impuso á todos silencio, y alentó á Evan para que hablase.

„Solo queria decirlo, Señor, dijo Evan en un tono que él creia dulce y persuasivo, que si V. E. y el honorable tribunal se dignan poner libre á Vich lan Vohr y dejarlo que se marche á Francia, y no dé mas que hacer al gobierno del rey Jorge, cualquiera seis de los mejores de su clan vendrán gustosos á que los ajusticien en lugar suyo; y si me dejais ir á Glenaquoich, me obligo á traerlos yo mismo, para que los degüellen ó ahorquen, y conmigo podeis empezar á hacerlo.”

La extraordinaria naturaleza de tal proposicion excitó una especie de risa en el auditorio, no obstante la grave solemnidad del acto. El juez contuvo aquella indecencia, y Evan mirando con fiera en torno de sí, dijo cuando cesó el murmullo: „Si los caballeros saxones se rien porque un pobre como yo juzga que su vida ó la de seis como él, puede ser equivalente á la de Vich lan Vohr, puede ser que tengan razon de hacerlo; pero si se rien porque se figuran que no he de cumplir mi palabra, volviendo á rescatar á mi caudillo, les aseguro que ni conocen el corazon de un montañés, ni el honor de un caballero.”

El auditorio no tuvo ya gana de reirse, y siguió un profundo silencio.

Entonces el juez pronunció contra ambos reos la sentencia que dispone la ley de alta traición con todos sus horribles agregados, señalando la ejecución para el día siguiente. „A vos, Fergus Mac-Ivor, continuó el juez, no puedo brindaros esperanza alguna de misericordia. Debeis prepararos, pues, para sufrir mañana vuestro último dolor en este mundo, y el tremendo juicio que os aguarda en el otro.

„Ninguna otra cosa deseo, Milord, contestó Fergus, con el mismo tono varonil y firme.”

Entonces humedeció una lágrima los ojos duros de Evan, que habia tenido clavados intensamente en su caudillo. En cuanto á vos, pobre infeliz é ignorante, continuó el juez, que siguiendo las ideas en que os educaron, acabais de darnos un ejemplo de que la lealtad, debida solamente al rey y al estado, puede transferirse por vuestras ideas infaustas de parentesco á individuos ambiciosos, que acaban por haceros instrumentos y juguetes de sus crímenes . . . . os tengo tanta compasión, que si os resolvéis á implorar clemencia, me esforzaré á conseguírosla. De otro modo . . . .”

„No hay clemencia que valga, dijo Evan; puesto que vais á derramar la sangre de Vich Ian Vohr, el único favor que aceptaria de vosotros fuera que me mandarais desatar las manos y darme mi claymore, y me aguardarais un solo minuto en ese lugar donde estais sentados.”

„Retirad los reos, dijo el juez, y caiga su sangre sobre sus cabezas.”

Eduardo, estupefacto de sentimiento, sin saber lo que le pasaba, fué conducido hasta la calle por el tumulto de la concurrencia que salía. Su primer deseo fué ver y hablar á Fergus por la vez postrera. Al efecto se dirigió al castillo, donde estaba confinado su infeliz amigo; pero le negaron la entrada. Un sargento le dijo que el alguacil mayor (Gran Sheriff) habia pedido al comandante que nadie viese al preso, á excepcion de su confesor y su hermana.”

Preguntó por Miss Mac-Ivor, y supo que estaba en las inmediaciones de la ciudad, en casa de una familia católica muy respetable.

Rechazado en la puerta del castillo, y no aventurándose á ocurrir á los jueces ó al alguacil mayor en su nombre, que debia ser tan poco recomendable, recurrió nuestro héroe al abogado que defendió á Fergus. Este caballero le dijo, que para impedir á los partidarios del Pretendiente que extraviasen la opinion pública, circulando relaciones exageradas sobre los momentos últimos de sus mártires, se habia resuelto no dejarlos ver sino á sus parientes mas inmediatos. Sin embargo, le prometió (por obsequiar al heredero de Waverley-Honour) conseguirle un permiso de entrar al dia siguiente, antes que quitasen las prisiones á Fergus para llevarlo al patíbulo.

„¿Es de Fergus Mac-Ivor de quien hablan así, pensó Waverley, ó estaré yo soñando? ¿De Fergus, el valiente, el caballeresco, el magnánimo,

el altivo gefe de una tribu que le adora? El propio á quien he visto dirigir la caza y mandar el ataque, el bravo, el jóven activo, el noble, el amor de las bellas y el tema del canto, ¿es el mismo que yace aherrojado como un malhechor, que debe ser arrastrado al patíbulo ignominioso, sufrir una muerte lenta y cruel, y ser destrozado bárbaramente por la mano del mas vil de los mortales?— Maligno, infernal sin duda fué el espectro que vaticinó tal fin al valeroso caudillo de Glennaquoich.”

Rogó con trémula voz al abogado procurase avisar á Fergus su visita, si lograba el permiso deseado. Despidióse de él, y volviendo á la posada, escribió á Flora Mac-Ivor una esquila casi ininteligible, anunciándola una visita para aquella noche. El mensajero no tardó el volver con la respuesta, de la gallarda letra italiana de Flora, cuya mano parecia firme y segura, aun bajo aquella carga espantosa de miseria. „Miss Flora Mac-Ivor, decia la carta, no podia ménos de recibir al amigo mas caro de su hermano carísimo, aun en sus presentes circunstancias de afliccion sin igual y de luto.”

Cuando Eduardo llegó á la habitacion de Miss Mac-Ivor, al instante le dieron entrada. Flora estaba sentada junto á una ventana con celosías, en un aposento grande y tapisado de color oscuro, cosiendo una especie de saco de franela blanca. A poca distancia de ella estaba sentada tambien una muger anciana que parecia extranjera, y cuyo trage indicaba pertenecer á

algun orden religioso. Leía un libro de devoción católica; mas cuando entró Waverley lo puso en la mesa, y se retiró del aposento. Flora se levantó á recibirle, y le extendió su mano, sin atreverse á decir una palabra. Había perdido completamente su hermoso color, estaba considerablemente enflaquecida, y su rostro y manos tenían la blancura de un alabastro purísimo, que contrastaba enérgicamente con su traje de luto y sus cabellos negros. Sin embargo, entre aquellas señales de aflicción, no se notaba la menor negligencia en su vestido, y aun sus cabellos, aunque sin adorno alguno, estaban dispuestos con su ordinario cuidado y aseo. Las primeras palabras que pronunció, fueron: „¿Le habeis visto?”

„Ay! no, respondió Waverley, me han impedido entrar.”

„Eso es consiguiente, dijo ella; pero es fuerza someternos á todo. Supongo que lograreis permiso?”

„Para.... para mañana, dijo Waverley; mas pronunció la última palabra con voz tan débil, que casi fué ininteligible.

„Sí, entónces ó jamas, dijo Flora, levantando los ojos al cielo, hasta el tiempo en que confío nos hemos de reunir todos. Espero sin embargo que le veais miétras todavía le sostiene la tierra. Siempre os amó de corazón, aunque.... —pero ya es inútil hablar de lo pasado.”

„Inútil! repitió Waverley.”

„Y tambien de lo futuro, mi buen amigo, por lo ménos en lo tocante á cosas de la tierra.

¡Cuántas veces me he figurado la fuerte posibilidad de este resultado horrible, y esforzadome á superar sus terrores y amargura; y sin embargo, cuán léjos se quedó mi fantasía de la inexplicable angustia de la hora presente!

„Querida Flora, si vuestra energia mental....

„Eso es, prorrumpió ella, como fuera de sí, eso es, Mr. Waverley. En mi corazon hay un demonio inquieto, que susurra....— (Pero me volveria loca si lo creyera) que la energia mental de que tanto se preciaba Flora, ha lanzado al patíbulo á su infeliz hermano!”

„Buen Dios! ¿cómo podeis proferir un pensamiento tan horrible?”

„Sí, lo es! pero me persigue como un fantasma; sé que es insustancial y vano; mas no por eso dejará de estar presente, introducirá sus horrores en mi alma, y susurrará que mi hermano, tan volátil como ardiente, hubiera dividido sus energías entre mil objetos. Yo lo enseñé á concentrarlos, y á empeñarlo todo en este lance desesperado y tremendo. Oh! si pudiera yo acordarme de haberle dicho una sola vez que „El que á hierro mata, á hierro muere;” si una sola vez le hubiera dicho, „Quédate en tu casa, ten consideración á tus vasallos, resérvalos y reserva tu vida para empresas que estén al alcance del hombre!” Pero ah! Mr. Waverley, yo excité su temperamento fogoso, y su hermana es responsable al ménos de la mitad de su ruina!”

Edearud procuró combatir la horrible idea que manifestaba Flora, con todos los argumentos incoherentes que le ocurrieron. La recordó los

principios que dirigieron á ambos por el camino que reputaban de su deber, y en que los dos fueron educados.

„No los olvido, dijo ella mirando al cielo con ansiedad; No lamento su empresa porque haya sido injusta: oh! no; sobre este punto estoy abroquelada con la voz de mi conciencia; sino porque era imposible que dejase de tener el éxito que ha tenido.”

„Sin embargo, no siempre pareció tan desesperada como era, y el espíritu audaz y fogoso de Fergus le hubiera emprendido con vuestra aprobación ó sin ella: vuestros consejos solo sirvieron para dar unidad y consistencia á su conducta; para dignificar su resolución, no para precipitarla.” Pronto dejó Flora de gir á Eduardo, y continuó la costura en que se ocupaba.

„Recordaréis, le dijo, mirándole con una sonrisa de muerte, que otra vez me hallasteis preparando las donas á Fergus, y ahora estoy cosiéndole su traje de boda. Los amigos que tenemos aquí, añadió con emoción suprimida, deben dar sepultura en su capilla á las reliquias sangrientas del último Vich Ian Vohr. Pero no todas ellas descansarán juntas; no. . . .! Su cabeza. . . No tendré ni la postrera y miserable satisfacción de besar los labios frios de mi adorado Fergus!”

Al acabar estas palabras se desmayó la infortunada Flora. Su compañera, que había permanecido en la pieza inmediata, entró apresuradamente, y suplicó á Eduardo saliese del aposento, pero no de la casa.

Cuando volvieron á llamarle, como á la me-



dia hora, encontró que Miss Mac-Ivor estaba ya mucho más tranquila, en virtud de un esfuerzo mental extraordinario. Entonces se arriesgó a manifestarle que Miss Bradwardine quería ser considerada por ella como una hermana, y servirle como tal para la realización de sus planes futuros de vida.

„He recibido sobre el mismo asunto, respondió ella, una carta de mi querida Rosa. El dolor es egoísta, y lo absorbe todo; por eso no la he contestado que aun en mi desesperacion presente, he sentido un vislumbre de gozo al saber sus esperanzas felices, y que el bueno y anciano Baron haya escapado en este naufragio tan general y espantoso. Llevad esto á mi carísima Rosa; es el único adorno de valor que su pobre Flora posee, y fué don de una princesa.” Entrególe una cajita en la cual estaba la cadena de diamantes, con que acostumbraba adornar sus cabellos. „Para mí ya desde hoy es inútil. La bondad de mis amigos me ha preparado un asilo en el convento de las Benedictinas escocesas, junto á Paris. Mañana, — si es que sobrevivo á mañana — emprenderé mi viaje, acompañada por esta hermana venerable, y así, Mr. Waverley, á Dios! Sed tan feliz con Rosa como lo merecen vuestras amables cualidades, y pensad alguna vez en los amigos que habeis perdido. No intentéis volver á verme, pues acaba- riais de partirme el corazon.”

Dióle su mano, sobre la cual vertió Waverley un torrente de lágrimas, salió de allí con vacilante paso, y se volvió á Carlisle. En la pri-

sada se halló una carta de su amigo el abogado, avisándole que al día siguiente podría ver á Fergus, en cuanto se abriesen las puertas de la fortaleza, y se le dejaría permanecer con él hasta que la llegada del alguacil mayor diera la señal de su marcha al patíbulo.

## CAPITULO XXI.

*Una partida mas triste  
aproximándose va;  
el tambor está enlutado,  
y el féretro negro está.*

CAMPBELL.

**D**ESPUES de una noche insomne, el primer albor de la mañana encontró á Waverley en la esplanada que hace frente á la antigua puerta gótica de Carlisle. Pero dió muchos paseos por ella en todas direcciones, ántes de la hora en que, segun las reglas militares, se abrieron las puertas y bajó el puente levadizo. Presentó su orden al sargento de guardia, y le dejaron entrar. La prision de Fergus era un calabozo de bóveda, oscuro y sombrío, situado en la parte central de la fortaleza; una torre muy antigua, cercada por obras exteriores, al parecer del tiempo de Henrique VIII ó algo posterior. Al rechinar de los cerrojos enormes y anticuados, que se corrían para que entrase nuestro héroe, respondió el triste son de las cadenas, cuando el desgraciado caudillo, fuertemente aherrojado, las

arrastró en el piso de piedra de su calabozo, para echarse en los brazos de su amigo.

„Caro Eduardo, le dijo con voz firme y aun alegre, os agradezco tanta bondad. Supe con el mayor gusto vuestra ventura próxima; y ¡cómo está Rosa? ¡cómo está nuestro viejo y extravagante amigo el Baron? Bien, segun lo infero por la expresion de vuestros ojos.—„¡Y cómo arreglareis la precedencia entre los tres armiños y el oso y tirabotas del Baron?“

„¡Cómo, ¡oh! cómo, querido Fergus, podeis hablar de tales cosas en este momento?“

„¡Toma! seguramente entramos en Carlisle con mejores auspicios. Por ejemplo, el 16 de noviembre último, cuando penetramos aquí los dos juntos, y tremolamos la bandera blanca en estas antiguas torres. Pero yo no soy chiquillo, que me sienta á llorar porque nos haya desairado la fortuna. Bien supe lo que arriesgaba en el envite; jugamos valerosamente, y pagaré la pérdida, como los hombres. Y ahora; puesto que mi tiempo es corto, os preguntaré sobre lo que mas me interesa. ¡Qué es del Príncipe? „¡Logró escapar de esos perros sedientos de sangre!“

„Sí, y está seguro“

„¡Gracias á Dios! Contadme los pormenores de su escapada.“

Comunicóle Waverley aquella singular historia, en la parte que se sabia entónces, y Fergus la oyó con profundo interes. En seguida le preguntó por algunos otros amigos, haciendo muchas averiguaciones minuciosas sobre la suerte de varios individuos pertenecientes á su clan. Este ha-

bis sufrido ménos que otras tribus montaÑesas comprometidas en la propia causa, pues habiéndose dispersado en gran parte y vuelto á su pais cuando cay6 prisionero su Caudillo, segun la costumbre universal de los montaÑeses, no se hallaba con las armas en la mano cuando la insurreccion recibió sus últimos golpes, y por lo mismo, fué tratado con ménos rigor. Esta noticia causó mucha satisfaccion á Fergus.

„Sois rico, Waverley, dijo, y tambien sois generoso. Cuando sepais que algun agente del gobierno incomoda á esos pobres Mac-Ivors en sus miserables posesiones, recordad que habeis llevado su barragan, y sois hijo adoptivo de su estirpe. El Baron, que sabe nuestras costumbres y vive junto á nuestras tierras, os instruirá sobre el tiempo y medios de ser protector suyo. „¿Lo prometeis así al último Vich Ian-Vohr?”

Eduardo, como es fácil de creer, se lo prometió, empeñándole su palabra; y luego la cumplió tan bien, que aun dura su memoria en aquellas barrancas, con el nombre del amigo de los hijos de Ivor.

„¡Pluguiese á Dios, continuó el caudillo, que pudiera yo dejaros mis derechos al amor y obediencia de esta raza primitiva y valerosa!—ó al ménos persuadir al pobre Evan que aceptase la vida con las condiciones que le exigen, y fuese para vos lo que ha sido para mí, el mejor, el mas valiente, el mas fiel....”

El llanto que no pudo atrancarle su atroz destino, inundó sus mejillas al considerar el de su hermano de leche.

„Mas no, continuó enjugándolo, eso es imposible. Vos no podéis ser para ellos Vich Ian-Vohr; estas tres palabras mágicas son el único *open sesame* para sus afectos y simpatías, y el pobre Evan debe acompañar á su hermano de leche en la muerte, como le acompañó toda su vida.”

„Y estoy seguro, dijo Maccombich, levantándose del suelo, en que hasta entonces habia permanecido tan quieto por no interrumpir la conversacion, que en la obscuridad del calabozo no habia notado Waverley su presencia.—„Estoy seguro de que Evan jamas deseó ni mereció mejor suerte que la de morir con su caudillo.

„Y ahora, dijo Fergus, ya que tratamos de clanismo, ¿qué os parece la prediccion del Bodach Glas?” Y ántes que Eduardo pudiese responder, continuó: „Anoche volvi á verlo. Estaba en el rayo de luna que bajaba hácia mi cama, por esa ventana tan alta y estrecha. ¿Por qué lo he de temer? dije entre mí. Mañana, mucho ántes de esta hora, seré yo tan inmaterial como él mismo!—Falso espíritu, le dije, ¿has venido á terminar tus paseos en la tierra, y á triunfar en la ruina del último descendiente de tu enemigo? El espectro pareció llamarme con la cabeza y sonreirse, al desvanecerse ante mis ojos. ¿Qué decis de esto?—La misma pregunta hice á mi confesor, que es un hombre bueno y sensible: díjome que la Iglesia no negaba la posibilidad de tales apariciones; pero me instó á no pensar en este lance, pues la imaginacion suele jugarnos algunas de esas burlas. ¿Y vos qué opinais?”

„Lo que vuestro confesor,” dijo Waverley, deseando evitar una disputa sobre tal asunto en aquel terrible momento. Llamaron á la puerta, entró el sacerdote, y Eduardo se retiró, mientras ambos presos recibían los últimos auxilios de la religion, en la forma prescrita por la iglesia romana.

Volvió á entrar como una hora despues, y á poco se presentaron varios soldados con un herrero, que quitó las prisiones á Fergus y á Evan.

„Ya veis el homenaje que tributan á nuestra fuerza y valor montañes. Aquí hemos yacido encadenados como bestias feroces, hasta que la parálisis ha entorpecido nuestros miembros; y cuando nos quitan las prisiones, traen seis hombres con fusiles cargados, no sea que váyamos á tomar por asalto la fortaleza.”

Despues supo Eduardo que aquellas precauciones severas se tomaban á resultas de una tentativa desesperada que hicieron los presos para fugarse, habiéndoles faltado muy poco para conseguirlo.

Un momento despues tocaron llamada los tambores de la guarnicion. „Ese es el último toque, dijo Fergus, que yo debo escuchar y obedecer. Y ahora, mi queridísimo Eduardo, ántes de separarnos, hablemos de Flora; nombre que despierta los afectos mas tiernos que aun agitan mi corazon.”

„No hemos de separarnos aquí,” dijo Waverley.

„¡Oh! ¡il no me debeis seguir á otra parte. No porque yo tema lo que me aguarda, añadió con altivez; la naturaleza tiene sus tormen-

tos como el arte, y cuán feliz debemos reputar al hombre que en pocos minutos evita las agonías de una enfermedad mortal y dolorosa! Este asunto por mas largas que le den, no puede llegar á media hora. Pero lo que un moribundo puede soportar con firmeza, podria matar al amigo que lo presenciase.—Esta ley de alta traicion, añadió con admirable firmeza y compostura, es uno de los beneficios que vuestro pais libre, Eduardo, ha dispensado á la pobre y antigua Escocia. Entiendo que nuestra jurisprudencia era mucho mas benigna. Mas supongo que algun dia futuro, (cuando ya no haya montañeses bárbaros á quienes beneficiar con sus mercedes), borraréis de vuestros fastos esa ley que os nivela con un pueblo de canibales. Tambien la farsa de exponer una cabeza insensible....! No les ocurrirá la agudeza de poner en la mia una coronilla de papel, en lo que sin duda habria bastante sátira, Eduardo. Espero que la pongan en la puerta escocesa, para que, aun despues de muerto, pueda yo mirar á los cerros azules de mi pais nativo, que amo tan tiernamente. El Baron hubiera añadido,

„Moritur, et moriens dulces reminiscitur Argos.”

En esto se oyó algun murmullo en el patio del castillo, y un lejano rumor de ruedas y caballos. „Como yo os he dicho que no debeis seguirme, y esos rumores anuncian que mi tiempo vuela con rapidez, decidme, ¿como hallásteis á la pobre Flora?”

Waverley, con voz casi ahogada, le dió alguna idea de su afliccion.

„Pobre Flora! repuso el caudillo, ella pudo bien soportar su muerte, pero no la mia. Vos, Eduardo, conoceréis presto la felicidad de un afecto mutuo en el matrimonio, y largos años la disfruteis con Rosa!— Pero jamas sabreis la pureza del afecto que une á dos huérfanos como Flora y yo, que nos quedamos solos en el mundo, y desde nuestra primera infancia todo lo fuimos el uno para el otro. Pero la fuerte conviccion de su deber, y su predominante idea de lealtad, prestarán nuevo esfuerzo á su espíritu, luego que haya pasado la sensacion inmediata y agudísima de la separacion presente. Ya entónces pensará en Fergus como en los héroes de nuestro siglo, cuyas proezas la inspiraban tal entusiasmo.”

„¿Conque no ha de veros? Me pareció que lo esperaba.”

„Un engaño necesario la evitará esa tremenda y última despedida. Yo no hubiera podido separarme de ella sin lágrimas, y no puedo sufrir que estos hombres se juzguen capaces de arrancármelas. Por eso la han persuadido que podriamos vernos mas tarde, y esta carta, que la entregará mi confesor, la dirá que todo está ya terminado.”

Entónces entró un oficial, y dijo que el alguacil mayor y su comitiva estaban á la puerta del castillo, y reclamaban las personas de Fergus Mac-Ivor y Evan Maccombich. „Voy, dijo Fergus, y tomando del brazo á Eduardo, y seguido por Evan Dhu y el sacerdote, bajó la es-



calera de la torre, y los soldados tras ellos. Ocupaban el patio un escuadrón de dragones y un batallón de infantería formados en cuadro, y entre sus filas estaba el carro en que debían ir los presos al lugar de la ejecución, distante de Carlisle como una milla. Estaba pintado de negro, y lo tiraba un caballo blanco. En un extremo del carro se hallaba sentado el verdugo, hombre de fisonomía horrible, propia de su ministerio, con una hacha en la mano; y en el otro extremo, junto al caballo, quedaba un asiento vacío para dos personas. Por entre la arcada gótica prolongada y sombría, que terminaba en el puente levadizo, se veían á caballo el alguacil mayor y sus dependientes, que no pasaban de allí por la etiqueta entre los poderes civil y militar. „No está mal dispuesta la escena para un acto final,” dijo Fergus, sonriéndose desdeñosamente, cuando hubo examinado aquel aparato de terror. Evan Dhu, al ver los dragones, exclamó con mucha cólera: „Estos son los mismos tunantes que echaron á correr en Gladmuir, ántes que pudiéramos matar una docena de ellos. Mas ahora parecen bastante animosos.” El sacerdote le pidió que callase.

Acercaron el carro, y Fergus volviéndose, abrazó á Waverley, lo besó en ambas mejillas, y subió con firmeza y prontitud á su asiento, siguiéndole Evan, que se colocó á su lado. El sacerdote debía seguirlos en un coche de su patron, que era el caballero católico en cuya casa vivía Flora. Cuando Fergus saludó con la mano á Eduardo por última vez, se estrecharon las filas en

torito del carro, y empezó á moverse toda la procesion fúnebre. En la puerta hubo una pausa momentánea, miéntras el gobernador del castillo y el alguacil mayor desempeñaban una breve ceremonia, en que el jefe militar entregaba las personas de los reos á la autoridad civil. „¡Dios guarde al Rey Jorge!” dijo el alguacil mayor. Cuando concluyó la formalidad, se paró Fergus en el carro, y contestó con voz sonora y firme: „¡Dios guarde al Rey Jacobo!” Estas fueron las últimas palabras que le oyó Waverley.

Continuó su marcha la procesion, y el carro desapareció de la puerta, en que se habia detenido un instante. Oyóse luego la marcha fúnebre, y sus ecos melancólicos se unieron á los de un doble pausado, que resonaba en las torres de la catedral inmediata. El son de la música militar fué desvaneciéndose á lo léjos, segun avanzaba la procesion, y presto no se oyó mas que el doble tristísimo de las campanas.

El último de los soldados habia desaparecido ya bajo la arcada, por la cual habian estado desfilando algunos minutos; el patio se hallaba completamente vacío; pero Waverley aun permanecia en él estupefacto, con la vista fija en el sombrío paso, á cuya extremidad habia divisado por última vez á su amigo. Al cabo, una criada del gobernador, compadecida al ver la miseria estúpida que expresaba su semblante, le preguntó si gustaba de entrar á casa de su amo, y sentarse allí un poco? Tuvo que repetir dos veces la pregunta, sin que él la entendiese; pero

al fin lo hizo volver en su acuerdo. Rehusando aquella oferta con un gesto convulsivo, se encasó el sombrero hasta los ojos, salió de la fortaleza, y atravesando las calles desiertas con la mayor velocidad que pudo, volvió á la posada, y se encerró en su aposento.

Como hora y media despues, tiempo que le pareció un siglo de agonía, el son de los tambores y pitos, que tocaban una marcha alegre, y el confuso murmullo de la muchedumbre que llenaba las calles, poco antes desiertas, le hicieron entender que todo estaba ya terminado, y que la tropa y el populacho volvian del espectáculo sangriento.—No intentaremos describir sus sensaciones.

En la tarde le vino á ver el sacerdote, manifestándole que lo hacia por encargo de su difunto amigo, para asegurarle que Fergus Mac-Ivor habia muerto como vivió, y recordando su amistad hasta el último suspiro. Añadióle que tambien habia visitado á Flora, cuyo ánimo parecia estar algo mas sereno, despues de consumado el sacrificio; y que al dia siguiente debia salir de Carlisle con él y la hermana Teresa, para el puerto mas inmediato en que pudieran embarcarse con direccion á Francia. Obligóle Waverley á recibir un anillo de algun valor y una suma de dinero, con la cual (creyendo que esto serviria de algun consuelo á Flora) costease unas exequias á su amigo, segun los ritos de la iglesia católica. „*Fungar que inani munere*, dijo al retirarse el eclesiástico.—Mas ¿por qué no igualar estos actos piadosos con los otros hono-

res, que en todas las sectas tributa el cariño á la memoria de los muertos? (\*)

Al alba del día siguiente salió Waverley de Carlisle, con propósito de no volver á entrar en sus murallas. Apenas se atrevió á volver la vista hácia las almenas góticas de la puerta fortificada por la cual salía, pues aquella ciudad está cercada con un muro antiguo. „No están aquí,” le dijo Alick Polwarth, que infirió el motivo de la dudosa ojeada que echó Waverley tras sí, y con el apetito vulgar á todo lo horrible, no había perdido pormenor alguno de aquella carnicería.—Las cabezas están sobre la puerta que llaman escocesa. Me da mucha lástima Evan Dhu, que era un hombre bastante bueno para ser montañés, y lo mismo el Laird de Glennaquoich, cuando no tenía alguna de sus rabietas.”

## CAPITULO XXII.

### *Dulce Domum.*

**L**A impresion de horror con que Waverley salió de Carlisle, fué suavizándose poco á poco, hasta convertirse en melancolía, gradacion que aceleró la sensible, y sin embargo, consoladora tarea de escribir á Rosa; aunque no la pudo ocultar sus sentimientos por aquel infortunio, procuró darle un aspecto que moviera su sensibilidad sin afectar fuertemente su imaginacion; gradual-

(\*) Adviértase que el autor fué protestante, y supone que lo era Waverley.

mente familiarizó su propia fantasía con la pintura que trazó para su amada, y sus cartas posteriores fueron ya mas alegres, refiriéndose al porvenir de paz y ventura que les aguardaba. Empero, aunque sus primeras sensaciones de horror hubiesen ya degenerado en tierna melancolía, Eduardo llegó á su pais nativo, sin haber podido, como ántes, buscar satisfacciones sencillas y puras en la contemplacion de la naturaleza.

Entónces, por la vez primera desde que salió de Edimburgo, empezó á sentir la delicia que experimentan por lo comun cuantos vuelven á un pais verde, populoso y bien cultivado, despues de visitar escenas de triste desolacion, ó de melancólica y solitaria grandeza. Pero cómo se aumentaron aquellas sensaciones, cuando entró en las tierras que por tantos años habian poseido sus abuelos; reconoció las antiguas encinas que decoraban la cacería de Waverley; pensó la delicia con que habia de introducir á Rosa en todos sus parages favoritos; distinguió al cabo las torres de la venerable quinta, que se alzaban sobre los bosques frondosos que la ceñian, y finalmente se arrojó en los brazos de los tíos respetables, á quienes debia tan tierna gratitud y afecto!

Ni una sola palabra de reprension ó queja turbó la dulzura de su reunion. Al contrario, cualquiera que fuese la pesadumbre de Sir Everardo y de Mrs. Raquel durante el compromiso peligroso de Eduardo con el Príncipe, este era demasiado conforme con sus principios para merecer reprobacion, ni aun censura. Tambien el coronel Talbot habia preparado con gran destre-

za el camino para el buen recibimiento de Waverley, elogiando su noble conducta en clase de militar, y particularmente el valor y generosidad que mostró en Preston; hasta que la imaginación del Baronet y la de su hermana, inflamadas por la idea de que su sobrino se empeñara en singular combate con un gefe tan distinguido como el coronel Talbot, lo hiciera prisionero, y luego le salvara la vida, nivelaron las proezas de Eduardo con las de Wiliberto, Hildebrando y Nigel, que eran los héroes famosos de su casa.

La figura de Waverley, asoleada ligeramente por el ejercicio, y dignificada por los hábitos de la disciplina militar, habia adquirido un carácter atlético y noble, que no solo verificó la narración del Coronel, sino sorprendió y llenó de alegría á todos los habitantes de Waverley-Honour. Agolpáronse á verle, á escucharle, y á pregonar sus alabanzas. Mr. Pembroke, que en su interior celebraba el espíritu y valor de su discípulo al abrazar la causa genuina de la iglesia anglicana, lo censuró con suavidad por haberse descuidado con sus manuscritos, que dijo le habian ocasionado algunas molestias personales, pues cuando vino un mensajero real á prender al Baronet, juzgó prudente retirarse á un escondrijo, llamado „el agujero del Padre,” por el uso que habia tenido en tiempos anteriores; y aseguró á nuestro héroe que el mayordomo solo se arriesgaba á llevarle de comer allí una vez al dia, por lo que repetidas veces tuvo que usar manjares absolutamente frios, ó lo que aun era peor, solo medio calientes; sin mencionar que

no le hicieron la cama en dos días consecutivos. Esta relación hizo recordar involuntariamente á Waverley el Patmos del Barón de Bradwardine, que estaba contentísimo con la mesa de Janet, y algunos puñados de paja esparcidos en la hendedura de un peñasco; mas no dijo cosa alguna sobre un contraste que debía mortificar á su digno maestro.

Al punto comenzaron los preparativos para el casamiento de Eduardo, suceso que el bueno y anciano Baronet y Mrs. Raquel deseaban, mirándolo como una renovación de su juventud. El Coronel Talbot no se había equivocado al asegurar que era muy de su gusto aquel matrimonio, al cual no faltaba mas recomendación que la riqueza, y esta la tenían ellos de sobra. Por lo mismo fué llamado Mr. Clippurse á Waverley-Honour, con mejores auspicios de los que ya mencionamos al principio de nuestra historia. Pero ya no vino solo Mr. Clippurse, pues hallándose avanzado en años, se había asociado con su sobrino, que era un buitre mas jóven, y los dos trabajaban en forma! compañía, con el nombre de Clippurse y Hookem. Estos dignos personajes recibieron órdenes para extender los contratos con la liberalidad mas espléndida, como si Eduardo fuese á unirse con la heredera de un Par, que le trajera este rango en dote, y además los bienes de su padre, colgados en la orla de su traje de atmifios.

Pero antes de entrar en un asunto, cuya dilación es proverbial, debo recordar á mis lectores el movimiento de la piedra que despen-

de de un cerro algun muchacho travieso y vagabundo (pasatiempo que yo ejercité bastante en mis años mas juveniles): al principio baja con lentitud, evitando con sus inflexiones aun los obstáculos de ménos importancia. Mas cuando tiene ya todo su impulso y se aproxima al término de su carrera, se despeña tronando, salta de un punto á otro, salva zanjias y cercas, y adquiere una velocidad mas furiosa, cuando mas cerca está de llegar al punto de su descanso perpetuo. Así es el curso de narraciones como la presente. Los primeros acontecimientos se describen con estudiosa prolijidad, para que tú, lector benévolo, conozcas los caracteres de cada persona mas bien por la narracion misma, que por el medio mas molesto de una descripcion ó un retrato; mas al aproximarse la conclusion, dejamos en blanco los pormenores, aunque sean importantes, cuando tu imaginacion puede suplirlos, y te dejamos suponer todo lo que no podriamos referirte sin abusar de tu paciencia.

Por lo mismo, léjos de intentar ahora describirte las lentas operaciones de los señores Clip-purse y Hookem, ó las de sus dignos hermanos curiales, que se encargaron de pedir los indultos de Eduardo Waverley y de su suegro futuro, apénas podremos tocar ligeramente otras materias mucho mas atractivas. Por ejemplo, las mutuas epistolas que mediaron entre Sir Everardo y el Baron sobre este asunto, aunque en su línea eran modelos incomparables de cortésana elocuencia, quedarán consignadas á triste olvido. Tampoco podré contar circunstanciada-



mente que la digna tía Raquel, no sin una alusión delicada y afectuosa á las circunstancias que transfirieron los diamantes maternos de Rosa á manos de Donald Bean Lean, la llenó su cofrecillo con joyas que podría envidiar una duquesa. Por último, el lector se dignará figurarse que Job Houghton y su anciana esposa fueron muy bien atendidos, aunque no fué posible persuadirles que su hijo Humphrey habia perecido sino combatiendo al lado de su jóven señor: y aun Alick, que en obsequio de la verdad habia hecho varias tentativas inútiles para desengañarlos, recibió por fin órdenes positivas de no decirles palabra sobre tal asunto. El, sin embargo, se desquitó llenando de terror y asombro á los otros criados, con referirles batallas desesperadas, degüellos generales y ejecuciones de justicia.

Pero aunque estos negocios importantes puedan referirse con dos plumadas, como las noticias de los pleitos que suelen dar los periódicos, á pesar del empeño que tomó Waverley en su pronta conclusion, los trámites judiciales y las demoras consiguientes al modo con que se viajaba en aquel periodo, hicieron pasar mas de dos meses, ántes que Waverley pudiera salir de Inglaterra, y volver á la quinta del Laird de Duchran para reclamar la mano de su amable novia.

Fijose el dia del matrimonio para el sexto despues de su llegada. El Baron de Bradwardine, para quien las bodas, bautismos y entierros eran actos de alta y solemne importancia, se mosqueó un poco al ver que apenas se reunieron para la funcion treinta personas, inclusa

la familia del Duchran, y todos los vecinos inmediatos que tenían derecho para concurrir á ella. „Cuando yo me casé, dijo, asistieron trescientos caballeros, además de sus criados, y unos treinta ó cuarenta hairds montañeses, que jamas andan á caballo.”

„Pero su orgullo quedó algo consolado con reflexionar que como él y su yerno habían estado poco ántes rebelados contra el gobierno, este pudiera llevar á mal que se reunieran todos los parientes, aliados y amigos de sus casas en aparato guerrero, segun la costumbre antigua de Escocia en tales casos. „Y, sin duda, concluyó suspirando, muchos de los que se hubieran regocijado mas en estas bodas, ó se han ido á mejor mundo, ó vagan desterrados, lejos de su pais nativo.”

Celebrose el matrimonio en el dia señalado al efecto. El Reverendo Mr. Rubrick, pariente del dueño de la quinta en que se solemnizó, y capellan del Baron de Bradwardine, tuvo el gusto de echar la bendicion nupcial á los dos esposos; y Francisco Stanley fué el padrino, habiendo llegado con este objeto poco despues que Waverley. Lady Emilia y el Coronel Talbot habian prometido asistir; mas no lo permitió la poca salud de la primera. En compensacion se dispuso que Eduardo y su esposa, que con el Baron debian marchar inmediatamente á Waverley-Honour, se detuvieran al paso en una finca que habia comprado el Coronel Talbot en Escocia, por venderse muy barata, y en la cual pensaba permanecer algun tiempo.

## CAPITULO XXIII.

*Esta no es la casa mia,  
por su tamaño se vé.*

Cancion antigua.

**L**os novios y su comitiva viajaban con extraordinaria magnificencia. Llevaban un coche de seis caballos á la última moda, que deslumbró con su esplendor á media Escocia, y fué regalo hecho por Sir Everardo á su sobrino; seguía el coche de Mr. Rubrick: ambos iban llenos de señoras, y acompañados por varios señores á caballo con sus criados, hasta el número de veinte. Sin embargo, el Baillo Macwhoeble, sin temer el hambre en su casa, los salió á recibir en el camino, suplicándoles que parasen en Veolancito. Sorprendiose el Baron, y le contestó que su yerno y él pasarían ciertamente por Veolancito, y ofrecerían allí sus respetos al Baillo; pero no podían llevar consigo todo el *comitatus nuptialis*, ó procesion matrimonial. Añadió, que habiendo llegado á su noticia que el indigno poseedor de la Baronía la habia enagenado, se complacia de ver que su antiguo amigo Duncan hubiese recobrado su empleo bajo el nuevo *Dominus* ó propietario. El Baillo hizo mil zalemas, cortesías y contorsiones, y luego insistió en su convite; hasta que el Baron aunque algo picado por la tenacidad de sus instancias, no pudo ménos de ceder á ellas, por no descubrir ciertas sensaciones que deseaba ocultar.

Cuando se acercaron al extremo de la calle de árboles, cayó en una cavilacion profunda, de la que le sacó el observar que las almenas estaban reedificadas, removidos los escombros, y (lo mas admirable de todo) que los dos osos grandes de piedra, Dagonos mutilados que él idolatraba, habian recobrado sus puestos sobre la puerta principal. „Este nuevo propietario, dijo Waverley, ha mostrado mas *gusto*, como dicen los italianos, en los pocos dias que lleva de poseer la quinta, que todo el que aprendió aquel can de Malcolmo *vita adhuc durante*, aunque yo mismo lo eduqué en mi casa.— Y ahora que hablo de perros, ¿no son Ban y Buscar esos que vienen brincando por la calle de árboles con Davie Gellatley?”

„Y opino, señor, que váyamos á recibirlos, pues creo que el dueño actual de la quinta es el Coronel Talbot, quien sin duda espera vernos. Al principio dudaba yo comunicaros que él habia comprado vuestro antiguo patrimonio, y aun ahora, si no gustais de visitarlo, nos pasaremos á casa del Bailío.”

Aquí tuvo que desplegar el Baron toda su magnanimidad. Sin embargo, dió un gran suspiro, tomó un gran polvo, y observó que pues lo habian llevado hasta allí, no podia pasar por la puerta del Coronel sin saludarlo, y gustaria dever al nuevo señor de sus antiguos dependientes. Apeóse, pues, y los otros caballeros y las señoras hicieron lo mismo: dió el abrazo á su hija, y miéntras caminaban por la calle de árboles, la enseñaba cuán pronto habian desapare-

cido las señales de la devastacion ante la *Diva Pecunia* del ingles, que puede llamarse la deidad tutelar de sus paisanos."

En efecto, no solo se habian quitado los árboles caídos, sino se habian rebajado sus troncos, y niveládose, y sembrádose de yerba la tierra que los rodéaba, por lo que solo una vista perfectamente instruida en los pormenores de aquel sitio, podia discernir huella alguna de su devastacion reciente. Igual reforma se notaba en el exterior de Davie Gellatley, que vino á recibirlos, parándose de cuando en cuando á admirar el nuevo traje que adornaba su persona, y tenia los mismos colores que ántes. Llegóse danzando con sus muecas acostumbradas, primero al Baron y luego á Rosa, pasándose las manos por el vestido, y gritando; „Bra, bra, Davie, sin poder acabar una copla de sus ~~mit~~ y una canciones, por la extravagancia de su alegría. Los perros tambien reconocieron á su anciano señor con mil brincos y caricias. „Por vida mia, Rosa, dijo el Baron, que la gratitud de estos brutos mudos, y de ese pobre inocente, trae lágrimas á mis ancianos ojos, cuando aquel bribón de Malcolm.... — Pero agradezco al Coronel Talbot que haya puesto mis perros en tan buen estado, y haya vestido al pobre Davie. Mas no debemos permitir, querida Rosa mia, que sean un gravámen alimenticio sobre la hacienda."

En esto salió á recibirlos Lady Emilia, apoyada en el brazo de su esposo. Despues de la ceremonia de la presentacion, que abreviaron mucho los modales cortesanos y amiable, de Lady

Emilia, se disculpó esta de haber usado un poco de arte para atraerlos á un lugar que podia despertarles algunas sensaciones dolorosas. Mas como esta finca debía mudar de amo, deseabamos que el Barón....”

„Mr. Bradwardine, señora. dijo el anciano caballero.

„Pues entónces, que Mr. Bradwardine y Mr. Waverley viesen lo que hemos hecho para restaurar á su estado primitivo la antigua mansion de vuestros mayores.”

El Barón contestó con una profunda cortesía. Al entrar al patio, habia notado ya que todo estaba repuesto, en lo posible, al estado en que él lo dejó, al tomar las armas, pocos meses ántes, exceptuando los toscos establos que consumió el incendio, y estaban reemplazados por otros de aspecto mas pintoresco y elegante. El palomar estaba lleno de sus ordinarios moradores; la fuente corria con su actividad acostumbrada, y no solamente el oso que la presidia, sino todos los demas osos de todas clases y tamanos estaban restablecidos en sus puestos, y renovados ó reparados con tal delicadeza, que no conservaban la menor señal de la violencia con que últimamente se les habia tratado. Cuando los nuevos poseedores habian atendido á tales minuciosidades, parece excusado añadir que la casa estaba completamente reparada, y tambien los jardines, habiéndose puesto el mayor esmero en conservar el aspecto primitivo de una y otros, y quitarles en lo posible toda señal del destrozo que habian sufrido. El Barón lo veia todo con admi-

racion silenciosa, y al fin dijo al Coronel Talbot.

„Al paso que os agradezco, señor mio, el haber restaurado el antiguo emblema de mi familia, no puedo ménos de maravillarme al ver que en ninguna parte háyais colocado vuestra cimera, que, segun creo es un mastin llamado *talbot* en ingles anticuado. Por lo ménos tal es la de los marciales y famosos condes de Shrewsbury, que probablemente son deudos vuestros.”

„Creo, dijo el Coronel sonriéndose, que nuestros perros son cachorros del propio modo. Por mi parte, si las cimeras hubieran de disputar la prececlencia, me inclinaria á lo que el proverbio dice, „pelea can, pelea oso.”

Miéntas el Coronel decia estas palabras, que hicieron tomar al Baron otro polvo larguísimo, habian entrado ya todos en la casa, es decir el Baron, Rosa, Lady Emilia, el jóven Stanley, y el Bailío, pues Eduardo y el resto de la comitiva se quedaron en el terrado, para examinar una estufa nueva, que estaba llena de las plantas mas exquisitas. El Baron volvió á tomar su punto favorito. „Aunque vos, Coronel, tengais la condescendencia de renunciar el honor de vuestra cimera, como lo he visto hacer á otros muchos personajes de vuestro pais, debo repetiros que es un emblema distinguido y antiquísimo, lo mismo que el de mi jóven amigo Francisco Stanley, que segun entiendo, es una águila y un niño.”

„En Derbyshire, señor mio, lo llaman el pájaro y el chicuelo, dijo Stanley.”

„Sois un tunante, señorito, dijo el Baron, que gustaba mucho de aquel jóven, acaso porque á

veces lo hacia burla.— „Sois un tunante y un dia de estos tendré que corregiros, añadió enseñándole el puño. Mas solo quise decir, Coronel Talbot, que la vuestra es una antigua *prosapia*, ó descendencia, y pues adquiristeis justa y legitimamente esta propiedad para vos y vuestros sucesores, habiéndola perdido yo para mi y para los míos, deseo que permanezca en vuestra familia tantos siglos cuantos duró en la de su último propietario.”

„Esa es mucha cortesía, Mr. Bradwardine.”

„Y sin embargo, Coronel, no puede ménos de hacerme fuerza que vos, en quien observé en Edimburgo tanto *amor patria*, que vilipendiabais á otros países, os hayais resuelto á fijar vuestros *Lares*, ó dioses domésticos, *procul à patriæ finibus*, y á expatriaros en cierto modo.”

„En verdad, Baron, no creo que un veterano deba seguir engañando á otro, por guardar el secreto de estos dos jóvenes calaveras Waverley y Stanley, y de mi muger que no les va en zaga. Sabed, pues, que conservo tanto esa preocupacion en favor de mi pais nativo, que la auna entregada por mí al vendedor de esta gran baronia, solo ha servido para comprarme en—shire una pequeña quinta, nombrada Brerewood Lodge, con unos doscientos cincuenta acres de tierra, cuyo mérito principal es que dista pocas millas de Waverley Honour.”

„Y quién, decid por Dios, ha comprado entónces esta finca?”

„Eso, dijo el Coronel, os lo debe explicar este caballero, á quien toca por su oficio.”



El Bailío, que era el personaje mencionado, y durante la conversacion habia manifestado grandisima impaciencia, parándose, ya sobre un pié ya sobre otro, [„como una gallina sobre un nido caliente, segun dijo él despues, y pudo haber añadido que estaba hinchado, como dicha gallina con toda la gloria de poner un huevo,] salió al frente, apénas pronunció el Coronel sus últimas palabras: „Yo lo haré, señor, yo lo haré, dijo sacando de la bolsa una rollo de papeles, y desatando con manos trémulas de gozo la cinta roja que los sujetaba. Aquí está la disposicion y asignacion otorgada por Malcolm Bradwardine de Inch-Grabbit, firmada y testificada regularmente, segun los términos del estatuto, en cuya virtud, por cierta suma de dinero acuñado y corriente, que se le ha pagado y ha recibido á su satisfaccion, enagena, cede y traspasa toda la finca y baronia de Bradwardine, Tully-Veolun &c.; con su fortaleza y quinta....”

„Por Dios, mi amigo, al grano, ya sé todo eso de memoria, dijo el Coronel.

„A Cosme Comyne Bradwardine, Escudero, prosiguió el Bailío, y sus herederos y sucesores, para que la posean y disfruten llana é irrevocablemente, *à me vel de me*....”

„Led pronto, y acabad, señor mio.”

„A fe de hombre honrado, Coronel, os aseguro que leo con la mayor prontitud que permite el estilo forense.— Siempre con el gravámen y reservacion....”

„Mr. Macwheeble, esto va mas largo que un invierno de Rusia. Permittedme que os supla.—

En resumidas cuentas, Mr. Bradwardine, habeis recobrado ya vuestra hacienda en plena propiedad, y la teneis á vuestra libre disposicion, aunque solo gravada con la cantidad exhibida por ella, que segun creo es muy desproporcionada á su legitimo valor."

„Esos son cuentos, esos son cuentos, clamó el Bailio, estregándose las manos; véase el libro de la renta."

„Cuya cantidad, adelantada por Mr. Eduardo Waverley, y que procede principalmente del precio de la quinta de su padre, que yo le compré, queda por este matrimonio asegurada á su esposa vuestra hija, y á sus descendientes."

„Es una seguridad católica, prosiguió el Bailio, á Rosa Conynne Bradwardine, *alias* Waverley, en clase de vitalicia, y á sus hijos de dicho matrimonio, en propiedad; y yo tengo hecha aquí la minutita de un contrato antenupcial, *intuitu matrimonii*, y por lo mismo irrevocable, como donacion *inter virum et uxorem*."

No es fácil decidir si causó mas gusto al honrado Baron el recobro de su patrimonio, ó la delicadeza y generosidad con que se le dejaba libre para llevar adelante su antiguo proyecto despues de su muerte, y que evitaba en lo posible aun la apariencia de sujetarlo á obligaciones pecuniarias. Cuando hubo pasado su primer éxtasis de júbilo y asombro, recordó á su vil heredero masculino, quien afirmó habia vendido, como Esau, su derecho de primogenitura por un plato de potage.

„Pero, ¿quién le ha guisado ese potage? exclamó el Bailio; Eso querria yo saber.— ¿Quién pu-

do hacerlo, sino el antiguo servidor de Vuesamerced, Duncan Macwheeble? Su merced, el joven Mr. Waverley, lo dejó todo á mi cargo, desde las primeras citaciones, pudiera decirse. Yo los anduve pastoreando de mil maneras, los espanté, los adulé, como podrán decirlo Inch-Grabbit y Jamie Howie. No los dejé verse con el joven novio, porque de él hubieran sacado mucha ventaja, sino los azoré con nuestro vecindario feroz, y con los Mac Ivors, que todavía están medio alborotados, y les impuse tal miedo, que por ningún motivo salían de puertas afuera despues de metido el sol, temerosos de que Juan Heatherblutter, ú otro diablo semejante, les fuese á deserrajar un tiro. Luego los espanté con el Coronel Talbot: les dije que cómo se atrevían á regatear con el amigo del Duque? ¿Cómo no sabían quien era hoy el amo? ¿No tenían visto ya lo bastante para escarmentar con el triste ejemplo de tantos pobres mal aconsejados?.....

„Que fueron á Derby, por ejemplo Mr. Macwheeble, le dijo al oído Talbot.”

„Chitó, Coronel, por amor de Dios! No recordeis ahora eso.— En Derby estuvieron muchos hombres honrados, y no se debe mentar la sogá &c., radió guiñando ligeramente el ojo hácia el Baron, que estaba sepultado en una cavilacion profunda.

Repentinamente salió de ella, y agarrando á Macwbeeble por uno de los enormes botones que guarnecían su casaca, sé lo llevó al hueco de una ventana, de modo que solo pudieron oirse algunos fragmentos de su conversacion. Es-

ta se refería ciertamente á papel sellado y pergaminos, pues ningun otro asunto, aun saliendo de la boca de su patron, y hallándose ya este restaurado en sus derechos, pudo haber excitado por tan largo rato la atencion reverente del Bailío.

„Entiendo perfectamente á Vuesamerced; es cosa tan fácil como sacar un mandamiento en ausencia.”

„A ella y á él despues de mi muerte, y á sus herederos masculinos, prefiriendo al hijo segundo, si Dios les concede mas de uno, el cual usará el nombre y las armas de Bradwardine, con exclusiva de cualquiera otro nombre y armas, sean las que fueren.”

„Muy bien, señor, basta con eso. Yo haré en la mañana una minutita, y solo costará lo que una carta de renunciacion *in favorem*.”

Terminada esta conversacion secreta, se halló el Baron en el caso de hacer los honores de Tully Veolan á nuevos huéspedes. Estos eran el Mayor Melville de Cairnwreckan, y el Reverendo Mr. Morton, seguidos por dos ó tres sujetos conocidos del Baron, á quienes se habia comunicado lo que pasaba, y venian á felicitarlo por el recobro de los bienes poseidos por sus mayores. Al mismo tiempo resonaron en el patio las aclamaciones de los aldeanos y arrendatarios; pues Saunders Saunderson, que por algunos dias habia guardado el secreto con laudable prudencia, se descosió al ver llegar los coches.

Pero mientras Eduardo recibia con atencion al Mayor Melville, y abrazaba á Mr. Morton con la más viva y afectuosa gratitud, el Baron es-

ría algo confuso, pues no sabia cómo llenar sus deberes hospitalarios con las visitas, y fomentar el gozo de sus dependientes, dándoles de comer y beber. Lady Emilia lo sacó de la duda, manifestándole, que si bien bajo muchos aspectos no se juzgaba capaz de substituir á Mrs. Waverley, esperaba que el Baron aprobase la comida que habia dispuesto para tantos huéspedes, los cuales hallarian todas las comodidades necesarias para sostener en algun modo el crédito merecido por la hospitalidad antigua de Tully-Veolan. Es imposible describir el placer que tuvo el Baron con aquella noticia. Revistiéndose al punto de un aire galante y jovial, en que se combinaban el finchado Laird escoces y el oficial al servicio de Francia, ofreció su brazo á la bella Emilia, y con pasos algo parecidos á los de un minué, la condujo al comedor, siguiéndole todos los demas concurrentes.

En virtud de los esfuerzos y disposiciones de Saunderson, se habia conseguido que tanto el comedor como las otras piezas estuvieran en lo posible como ántes: y donde se habian necesitado nuevos muebles, se habian escogido semejantes á los antiguos. Sin embargo, en el comedor habia un adorno, que sacó lágrimas á los ojos del Baron. Era un cuadro grande y hermoso, que representaba á Fergus Mac-Ivor y á Waverley en su traje montañés, bajando á la cabeza de su clan por un paso áspero y peñascoso de una montaña. Estaba tomado de un bosquejo animado que hizo en Edimburgo un jóven de mucho talento, y pintado en escala ma-

vor por un artista eminente de Lóndres. Aun Raeburn, (á cuyos caudillos montañoses no falta mas que salirse del lienzo,) no habria podido hacerlo mejor; y el carácter fogoso, ardiente, impetuoso del caudillo de Glennaquoich, formaba un bello contraste con la expresion contemplativa, meditabunda y entusiasta de su amigo mas venturoso. Junto al cuadro pendian las armas que habia usado Waverley durante la infausta guerra civil, y todo mereció la admiracion general de los concurrentes.

Sin embargo, los hombres necesitan comer por sentimentales que sean; y el Baron, que tomó en la mesa el último lugar, insistió en que Lady Emilia hiciese los honores de la cabezera, para que ambos, dijo, dieran buen ejemplo á los jóvenes. Despues de una pausa deliberativa, empleada en arreglar en su mente la precedencia entre las iglesias episcopaliana y presbiteriana, rogó á Mr. Morton, que como forastero, echase la bendicion, añadiendo que Mr. Rubrick, por ser de casa, daria despues gracias á Dios por las señaladas mercedes que les habia dispensado. La comida fué espléndida. Saunderson asistió en trage de gala, con todos los demas criados inferiores, que ya se habian reunido, ménos dos ó tres, de quienes no volvio á saberse despues de la batalla de Culloden. Las bodegas estaban habilitadas con vinos superiores, y se habia dispuesto que el oso de la fuente situada en el patio despidiera (por aquella prima noche no mas) excelente ponche de aguardiente, para refrigerio de las clases inferiores.

Cuando concluyó la comida, se dispuso el Baron á echar un brindis, y dirigió una mirada algo triste al aparador, que, sin embargo, desplegaba mucha parte de su plata labrada, que estuvo escondida ó comprada á los soldados por los caballeros vecinos, quienes la restituyeron gustosos á su legítimo dueño.

„En los últimos tiempos, dijo el Baron, deben dar muchas gracias á Dios los que han salvado su vida y sus tierras; con todo, al pronunciar este brindis, no puedo ménos, Lady Emilia, de echar ménos una prenda antigua de mi casa,— *un poculum potatorium*, Coronel Talbot.”

Aquí llegaba el Baron, cuando su mayordomo le tocó suavemente el hombro, y volviéndose, vió en manos de Alexander ab Alexandro, la célebre copa de San Duthac, el Oso Bendito de Bradwardine!— Dudo que el recobro de su quinta le hubiera causado mas gozo. „Por mi honor, dijo, que cuando estais presente, Lady Emilia, pudiera uno creer en magas y hechiceras!”

„Me alegro sinceramente, dijo el Coronel Talbot, que el recobro de esta prenda antigua de familia me haya proporcionado el daros una prueba del profundo interés que tomo en todo lo relativo á mi jóven amigo Eduardo. Mas porque no sospecheis que Lady Emilia es maga, ó yo brujo, lo que no es bufonada en Escocia, debo explicaros que vuestro amigo Francisco Stanley, habiéndose vuelto medio loco por los cuentos de Eduardo sobre las costumbres escocesas, nos describió de segunda mano esta venerable copa. Mi asistente Spontoon, que como soldado viejo to-

do lo observa y habla poco, me dijo despues que habia visto el mueble descrito por Mr. Stanley, ú otro semejante, en manos de una tal Mrs. Nosenhag, que habiendo sido esposa de un prendero, resucitó su antiguo giro durante la última guerra, y vino á quedarse con el mejor botín de medio ejército. Ya podeis suponer que al instante se rescató la copa, y tendré muchísimo gusto en saber que nada pierde su valor porque yo os la haya recuperado.

Mezclóse una lágrima con el vino que vertió el Baron, al proponer un brindis de gratitud al Coronel Talbot, y á la prosperidad de las casas unidas de Waverley-Honour y Bradwardine!"

Réstame solo decir, que como pocos deseos se pronunciaron con sinceridad mas afectuosa, pocos se han cumplido mas entera y felizmente, én quanto lo permite la necesaria mutabilidad de los acontecimientos humanos.

## CAPITULO XXIV.

*Posdata, que debió ser prólogo.*

**T**ERMINOSE ya nuestro viaje, lector amigo; y si me has acompañado con paciencia en el curso de los volúmenes anteriores, queda, por tu parte, cumplido el contracto estrictamente. Sin embargo, yo, semejante al cochero que ha recibido su alquifer, aun no me separo de tí, y con la debida timidez, dirijo nueva pretension á tu benevolencia generosa. Con todo, quedas en tan plena libertad para cerrar aquí mi libro, como para



dejar sin propina al cochero que te la demande.

Este capítulo debió ser preliminar, ó por mejor decir, un prólogo hecho y derecho, y no lo fué por dos razones: Primera, que los mas lectores de novelas, segun me lo recuerda mi conciencia propia, suelen incurrir en pecado de omision, respecto de dichos prólogos. Segunda, que esta clase de estudiantes tiene por general costumbre la de empezar á leer por el último capítulo de la obra; de manera que, despues de todo, las observaciones siguientes, aunque van á lo último, tienen por la misma razon mayor probabilidad de ser leidas en el orden y lugar que les corresponde.

No hay en Europa nacion alguna que en poco mas de medio siglo haya experimentado una mudanza tan completa como Escocia. Los efectos de la insurreccion de 1745 empezaron esta innovacion, y fueron la destruccion del poder patriarcal de los caudillos montañeses, la abolicion de la jurisdiccion hereditaria de los nobles y barones, y la extirpacion total del partido jacobita, que no queriendo tratar con los ingleses ni adoptar sus usos, se preció por mucho tiempo de mantener las costumbres antiguas de Escocia. El influjo gradual de la riqueza y la extension del comercio se han combinado posteriormente para hacer al pueblo actual de Escocia tan distinto de sus abuelos, como los ingleses de hoy lo son respecto de los que existian en tiempo de la reina Isabel. Empero este cambio ha sido gradual, aunque seguro y rápido en sus progresos; como los que se dejan

llevar por la corriente de un río tranquilo y profundo, no conocen lo que han avanzado, hasta que fijan la vista en el punto, lejano ya, de que partieron. Los pocos individuos de la generación presente que puedan recordar los veinte ó veinte y cinco años últimos del siglo pasado, reconocerán la certidumbre de esta asercion, especialmente si han tenido relaciones con los que en mis primeros años todavía se llamaban hombres á la antigua, y aun conservaban un afecto inútil á la familia de los Estuardos. Esta raza ha desaparecido ya casi enteramente, y sin duda han perecido con ella muchas preocupaciones políticas absurdas, pero tambien muchos ejemplos vivos de singular y desinteresado afecto á los principios de lealtad que recibieron de sus padres, y de antigua fe, honor y hospitalidad escocesa.

Durante mi niñez y juventud residí casualmente entre personas de esta clase, y con el objeto de conservar alguna idea de las costumbres antiguas, cuya casi total extincion he presenciado, quise mezclar en escenas imaginarias y atribuir á personajes ficticios una parte de los incidentes que entónces me contaron sus mismos actores. Las partes mas novelescas de la historia presente son sin duda las mas verdaderas. El cambio de proteccion mutua entre un caballero montañés y un oficial de graduacion en el ejército real, y el tono decisivo con que el último sostuvo su derecho á pagar el favor que habia recibido, son literalmente ciertos. El accidente del tiro de fusil y la heroica expresion

que se atribuye á Flora, pasaron á una señora distinguida, que falleció ha poco tiempo. Apenas habria un caballero entre los que anduvieron ocultos despues de la batalla de Culloden, que no pudiera contar escondrijos tan extraños y escapadas tan singulares, como las que atribuyo á mis héroes. El ejemplo mas notable de esta verdad por ser el mas distinguido, es el modo con que se escapó de sus perseguidores el mismo Carlos Eduardo. Las narraciones de la batalla de Preston y escaramuza de Clifton, se fundan en el testimonio de personas fidedignas que las presenciaron, y están corregidas de la Historia de la Rebelion, escrita por el venerable autor de Douglas. Los caballeros escoceses de los llanos, y los caracteres inferiores, no se dan como retratos individuales, sino se han formado segun los hábitos generales de aquel periodo, de los cuales alcancé algunos restos en mis primeros años, y lo demas lo he sabido por la tradicion.

Ha sido mi objeto describir esas personas no usando con exageracion burlesca el dialecto nacional, sino bosquejando sus hábitos, costumbres y sentimientos; para emular, aunque muy de lejos, los admirables retratos irlandeses de Miss Edgeworth, muy distintos de los „caros guces” tan parecidos unos á otros, que por tanto tiempo han ocupado las novelas y el drama.

Sin embargo, tengo poquísima confianza en el modo con que he desempeñado mi objeto; y á la verdad, quedé tan poco satisfecho de mi produccion, que la dejé sin concluir, y algunos

años despues la encontré por casualidad entre otros papeles inútiles.

Sin embargo, quisiera persuadirme hoy que la precedente obra pueda excitar algun interes. En ella recordarán los ancianos ciertas escenas y caracteres que les fueron familiares en su juventud, y la nueva generacion podrá formar alguna idea de las costumbres de sus mayores.

Sin embargo, desearia que la empresa de bosquejar las costumbres espirantes de su pais, se hubiera confiado á la pluma del único hombre que en Escocia pudo haberles hecho la justicia debida, del sabio tan eminentemente distinguido por sus progresos en la bella literatura, y en cuyos bosquejos del Coronel Cáustico y de Umphriaville resaltan los rasgos mas nobles del carácter nacional. En este caso hubiera yo disfrutado como lector mas gusto que el que puede proporcionarme el orgullo de autor feliz, si las páginas anteriores me confieren esa distincion tan envidiada. Y así como he invertido el orden comun, colocando estas observaciones al fin del libro á que se refieren, arriesgaré otra violacion de forma concluyendo con una dedicatoria de estos volúmenes.

AL ADDISON ESCOCES,  
HENRIQUE MACKENZIE,  
POR  
UN ADMIRADOR INCOGNITO  
DE  
SU TALENTO.



FIN DE WAVERLEY.